

David **Hume**

# Historia natural

Introducción de Sergio Rábade Traducción de Concha Cogolludo

# de la religión

Edición bilingüe

CLÁSICOS  
DE LA CULTURA

EDITORIAL TROTTA



## Historia natural de la religión



Historia natural de la religión

David Hume

Introducción de Sergio Rábade  
Traducción de Concha Cogolludo

Edición bilingüe

Esta obra es una coedición con la Facultad de Filosofía  
de la Universidad Complutense de Madrid



© Editorial Trotta, S.A., 2003  
Ferraz, 55. 28008 Madrid  
Teléfono: 91 543 03 61  
Fax: 91 543 14 88  
E-mail: [trotta@infornet.es](mailto:trotta@infornet.es)  
<http://www.trotta.es>

© Sergio Rábade, 2003

© Concha Cogolludo, 2003

ISBN: 84-8164-610-5  
Depósito Legal: M-15.519-2003

Impresión  
Marfa Impresión, S.L.

## CONTENIDO

<i>Nota preliminar</i> .....	9
<i>Introducción. Hume y la religión: Sergio Rábade</i> .....	11
THE NATURAL HISTORY OF RELIGION / HISTORIA NATURAL DE LA RELIGIÓN .....	37
Introduction .....	38
Introducción .....	39
Sect. I. That polytheism was the primary religion of men .....	40
Sección I. Que el politeísmo fue la religión primera de los seres humanos .....	41
Sect. II. Origin of polytheism .....	46
Sección II. Origen del politeísmo .....	47
Sect. III. The same subject continued .....	52
Sección III. Continuación del mismo tema .....	53
Sect. IV. Deities not considered as creators or formers of the world Sección IV. Las deidades no se consideran como creadoras o for- madoras del mundo .....	60
Sect. V. Various forms of polytheism: allegory, hero-worship .....	61
Sección V. Diversas formas de politeísmo: alegoría, adoración de los héroes .....	70
Sect. VI. Origin of theism from polytheism .....	71
Sección VI. Origen del teísmo a partir del politeísmo .....	78
Sect. VII. Confirmation of this doctrine .....	79
Sección VII. Confirmación de esta doctrina .....	86
Sect. VIII. Flux and reflux of polytheism and theism .....	87
Sección VIII. Flujo y reflujo del politeísmo y del teísmo .....	89
	90
	91

Sect. IX. Comparison of these religions, with regard to persecution and toleration .....	92
Sección IX. Comparación de estas religiones en lo referente a la persecución y a la tolerancia .....	93
Sect. X. With regard to courage or abasement .....	100
Sección X. [Comparación de estas religiones] por lo que al valor o a la humillación se refiere .....	101
Sect. XI. With regard to reason or absurdity .....	102
Sección XI. [Comparación de estas religiones] respecto de lo racional o lo absurdo .....	103
Sect. XII. With regard to doubt or conviction .....	106
Sección XII. [Comparación de estas religiones] en lo referente a la duda o a la convicción .....	107
Sect. XIII. Impious conceptions of the divine nature in popular religions of both kinds.....	128
Sección XIII. Concepciones impías de la naturaleza divina en las religiones populares de ambos tipos .....	129
Sect. XIV. Bad influence of popular religions on morality .....	138
Sección XIV. La mala influencia de las religiones populares en la moralidad .....	139
Sect. XV. General corollary .....	146
Sección XV. Corolario general .....	147

La publicación de una obra en edición bilingüe cumple, en principio, dos funciones: poner al especialista y al investigador en contacto con el texto original de un autor, y, al mismo tiempo, poner a disposición de otros lectores de filosofía ese mismo texto en castellano. A esta doble función intenta atender la presente edición de *Historia natural de la religión* de Hume.

El texto inglés está tomado de la conocida edición de las obras filosóficas de Hume de Th. H. Green y Th. H. Grose *David Hume. The philosophical works*, en 4 volúmenes. Se publica inicialmente en Londres en 1886 y se reimprime por Scientia Verlag Aalen en 1964. *The natural history of religion* está contenida en volumen IV, páginas 309-363. En nuestra transcripción del texto, no obstante, se han introducido pequeñas modificaciones de carácter exclusivamente tipográfico, que en ningún caso afectan al contenido de la obra.

Contando con que Hume realizó diversas correcciones en el texto de la obra, Green y Grose aceptan la redacción definitiva de la misma, tal como aparece en la edición póstuma de 1777. Las pequeñas matizaciones que pudieran aparecer en redacciones anteriores son incorporadas o indicadas en notas.

Nos parece importante observar que se ha hecho preciso completar y corregir bastantes notas en la obra. Como conocen los lectores de Hume, con frecuencia sus notas carecen de precisión y de exactitud. Por ello se hace necesario en bastantes de ellas completarlas y corregirlas. En esto seguimos los pasos de editores contemporáneos de la *Historia natural de la religión*, como, por ejem-

plo, J. C. A. Gaskin, *David Hume. Principal writings on religion including Dialogues concerning natural religion and The natural history of religion* (OUP, Oxford, 1993). Y muy especialmente se ha tenido en cuenta *The natural history of religion*, editada por A. Wayne Colver, y *Dialogues concerning natural religion*, editada por John Valdimir Price (Clarendon Press, Oxford, 1976). La labor llevada a cabo por A. Wayne Colver nos ha sido de gran utilidad.

En el texto castellano hemos creído innecesario reproducir las citas en latín y en griego aduciendo únicamente la traducción de las mismas. Al completar las referencias de Hume a las obras de diversos autores clásicos, además de tener en cuenta la edición de A. Wayne Colver, agradecemos al doctor don Juan M. Lorenzo Lorenzo, catedrático de Filología Latina, la adaptación de los nombres de autores y de los títulos de las diversas obras citadas por Hume al modo habitual con el que suelen figurar en las traducciones españolas o en los manuales en uso de las historias de la literatura clásica.

Por último, indicar que las notas que aparecen entre paréntesis cuadrados son de los autores de la presente edición.

## Introducción

### HUME Y LA RELIGIÓN

*Sergio Rábade*

#### PLANTEAMIENTO GENERAL

Cualquier persona atenta a los problemas que tienen presencia en la cultura actual no puede menos de reparar en que uno de esos problemas es el referente a cuestiones diversas en relación con la religión. Pudiera resultar paradójica esta afirmación si se acepta, como parece indudable, que la cultura actual está sometida a un innegable proceso de secularización. Pero la paradoja pierde fuerza si se tiene en cuenta que la incidencia principal de la secularización afecta a las prácticas religiosas e incluso a gran parte de las normas morales que vienen propuestas desde las religiones institucionales. Pero de ello no se deriva, al menos necesariamente, la pérdida de importancia de cuestiones que podríamos considerar englobadas en el amplio campo de filosofía de la religión, si este campo se entiende en un sentido suficientemente amplio que abarque perspectivas filosóficas, psicológicas e históricas.

En la generosa bibliografía que se sigue produciendo sobre filosofía de la religión suelen, en mayor o menor grado, estar presentes estas tres perspectivas: se reflexiona sobre el hecho religioso desde diversas posturas filosóficas, se estudian las distintas actitudes psicológicas frente a la religión, y se acude a autores y a momentos de la historia pasada en los que la religión se convirtió en problema.

En este marco general nos situamos. Creemos que basta como justificación para sacar a luz una edición bilingüe de una obra de un filósofo para el que la religión constituyó uno de los campos temáticos a los que dedicó mayor atención. Éste es el caso de Hume y de

una de sus obras, *Historia natural de la religión*. Como veremos, se trata de una obra donde la religión se somete a análisis filosófico y se estudia la psicología que, a juicio del autor, conduce a las creencias religiosas. Y todo ello se hace desde una consideración histórica.

Ahora bien, para valorar en sus justos términos el papel de Hume en la filosofía de la religión, parece procedente esbozar las coordenadas histórico-filosóficas que nos permitan comprender desde ellas tanto la filosofía general de Hume como la incardinación, dentro de ella, de su filosofía de la religión. Para ello hay que empezar por recordar que Hume es un filósofo ilustrado y que es un filósofo ilustrado del empirismo inglés. Como todo filósofo integrado en la mentalidad ilustrada, Hume desarrollará una filosofía de clara vocación crítica. Esta característica queda puesta de relieve desde su primera gran obra, el *Tratado de la naturaleza humana*. Y sigue presente en todos los escritos posteriores, ya se trate de moral, de política, de religión, de historia, o de los múltiples temas de que se ocupa en sus numerosos ensayos de menor extensión.

Pero es un ilustrado empirista. Y se trata del empirista que llevó a sus últimas consecuencias las premisas del empirismo sentadas por Locke, de modo muy especial en el libro II del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. La afirmación básica que sienta en ese libro es que todos nuestros contenidos mentales proceden de la experiencia<sup>1</sup>. Esta afirmación, convertida en dogma básico del empirismo, hace de la experiencia el origen, fundamento y criterio de validación de los conocimientos humanos. En este contexto se debe situar y comprender la filosofía de Hume. Ahora bien, en este momento cae fuera de nuestro propósito, como es obvio, ocuparnos de la filosofía de Hume en general. Nos interesamos por su pensamiento respecto de la religión. Y esto nos obliga a asomarnos al ambiente religioso en el mundo británico de la época de Hume. Y, desde esta perspectiva, nos vemos inevitablemente remitidos al deísmo.

#### CARACTERES DEL DEÍSMO EN EL MUNDO INGLÉS

Si, como habremos de ver, Hume concede gran importancia a las cuestiones religiosas, según se pone de manifiesto tanto por el volumen de páginas que les dedica como por el rigor con que trata dichas cuestiones, resulta inevitable preguntarse el porqué de este

1. *Ensayo sobre el entendimiento humano*, lib. II, c. I, par. 2.

interés. En principio, resulta sorprendente que un filósofo de actitud personal y de convicciones alejadas de cualesquiera prácticas propias de la religión dedique tanto tiempo y esfuerzo a reflexionar sobre este campo temático. Esta situación paradójica obliga a pensar —y así se manifiesta en muchos estudiosos de nuestro filósofo— que se trata, al menos en gran medida, de una especie de presión que el ambiente religioso de la Gran Bretaña de aquel momento ejerció sobre él.

Pudiera parecer que la Ilustración, dado el intenso grado de secularización, volvió las espaldas a la religión. Pero, como es evidente para cualquier conocedor de esta época cultural, no es esto lo que sucede, muy concretamente de forma específica en el ámbito de la filosofía. Damos por descontado que descendieron las prácticas religiosas y, en consecuencia, la presión social de la religión. Pierden influencia las religiones institucionales. Sin embargo, nada de esto impedirá el reconocimiento cultural y filosófico de la importancia de la religión. Ello conducirá a la búsqueda de nuevos cauces de reflexión sobre la religión al margen de tradiciones dogmáticas y de códigos disciplinares enraizados en tales tradiciones. Uno de esos cauces es, sin duda alguna, el deísmo. Aunque esta corriente está también presente en la Europa continental, concretamente en Francia con ejemplos tan destacados como el de Voltaire, sin embargo su foco fundamental se encuentra en el mundo británico. A él vamos a referirnos.

Podemos empezar señalando esquemáticamente los rasgos fundamentales del deísmo. Comencemos por destacar que el deísmo fue concebido y explicado como una religión natural y una religión de la razón. Es religión natural, porque es un fenómeno y un producto humano como resultado del ejercicio de determinadas capacidades humanas<sup>2</sup>. Y, por supuesto, religión de la razón. Para el deísmo no hay otro fundamento de la religión que el de la naturaleza humana. Ni hay más justificación que la aportada por la razón humana. El núcleo de la religión deísta, según la noción de Charles Blount recogida por Gaskin, podría expresarse así:

Religión natural es la creencia que tenemos en un ser inteligente eterno y en el respeto que le debemos, que se nos manifiesta por la razón al margen de la revelación o de la ley positiva<sup>3</sup>.

2. P. Byrne, *Natural religion and the nature of religion. The legacy of deism*, Routledge, London, 1989, especialmente pp. 8-10.

3. *Apud* J. C. A. Gaskin, *Hume's philosophy of religion*, Macmillan, London, 1978, p. 145.

Pocas actitudes más recurrentes en los textos de los deístas que el rechazo de todo lo que está más allá o por encima de la razón (*above reason*). Esta expresión se encuentra ya claramente destacada por Boyle, tanto en la obra de 1681, *Discourse of things above reason*, como en el apéndice a *The Christian Virtuoso* de 1690, aunque acaso sin el sentido radical que adquirirá posteriormente en los deístas, ya que Boyle contrapone el *above reason* al *against reason*, lo contrario a la razón<sup>4</sup>. En los deístas, por ejemplo en J. Toland, el rechazo de lo *above reason* exigirá la estricta atención a la razón, ya que ésta tiene la misma e incluso superior dignidad que la propia revelación, dado que también proviene de Dios<sup>5</sup>. En esta línea, identificando los misterios con lo que está por encima de la razón, afirmará que en el Evangelio no hay nada misterioso o superior a la razón<sup>6</sup>. Nada extraño, pues, en que este destacado deísta cierre la obra con la expresa conclusión de que no se dan misterios en el cristianismo, al que considera la religión más perfecta<sup>7</sup>. Estas afirmaciones de Toland encuentran claros paralelos en otros deístas significados, como sucede, por ejemplo, en el libro de A. Collins *A discourse of free-thinking*<sup>8</sup>. Esta obra fue traducida pronto a otros idiomas y tuvo amplia difusión en la Ilustración continental, tanto en Francia como en Alemania.

El imperativo del librepensamiento como ejercicio de la razón del hombre se ordena básicamente a un pensar libre de la razón en cuestiones religiosas, con aplicaciones constantes a pasajes bíblicos, a dogmas, a misterios, etc. Y defiende Collins esta actitud con una abundante batería de argumentos de razón, así como con el recurso a un generoso acopio de testimonios de autores favorables a su actitud, ya sea de autores clásicos, ya de figuras destacadas de la iglesia y de la cultura inglesas.

La religión de los deístas, al cerrarse a la admisión de lo que esté *above reason*, lleva a cabo necesariamente un barrido de dogmas, de misterios y de milagros. Conduce asimismo a una lectura racional de los textos bíblicos, interpretando en clave simbólica

4. Cf. M. Sinca, «L'avvento della ragione. Reason e above reason, dal razionalismo teologico inglese al deismo», en *Vita e Pensiero*, Milano, 1976, pp. 267 ss.

5. J. Toland, *Christianity not mysterious*. Edición facsímil de la edición de 1696 en Londres, Friedrich Frommann, Stuttgart, 1964, p. 146.

6. *Ibid.*, p. 67.

7. *Ibid.* p. 174.

8. Remitimos a la edición facsímil de Friedrich Frommann, Stuttgart, 1965. Se trata también de una edición bilingüe realizada por G. Gawlick. El inglés reproduce la edición inglesa de 1713 en Londres.

aquellos pasajes cuya literalidad desborde los límites de la simple razón humana<sup>9</sup>. Con ello se obtiene una religión que, de hecho, se contenta con admitir la existencia de un Dios creador. A partir de ahí, la religión se va a convertir fundamentalmente en un discurso moral sobre los deberes de la conducta del hombre. Un dato curioso es la inquina de los deístas contra los clérigos y predicadores, ya que, según ellos, los clérigos con sus sermones y exhortaciones subyugan y esclavizan las mentes de los fieles, a fin de conservar un efectivo poder dentro de la sociedad<sup>10</sup>.

En esta somera exposición del deísmo estamos dejando de lado una pregunta que, sin embargo, nos parece fundamental: ¿qué factores conducen a la eclosión del deísmo en la cultura inglesa? Nos parece que la respuesta debe iniciarse con una afirmación de absoluta obviedad, pero que es necesario tenerla presente para enfrentarse con el problema: el deísmo es un movimiento religioso-racional que se produce en la segunda mitad del siglo XVII y en la primera del XVIII. Pero esta obviedad histórica nos sitúa de paso en el contexto que posibilita la religión deísta como religión natural. Estamos apuntando a que hay que situarse en la modernidad exaltadora de la naturaleza y de la razón y de sus prerrogativas para tener la audacia no sólo de liberar la razón de la autoridad de la revelación, sino de anteponerla a cualquier revelación que pretenda presentarse como fuente religiosa superior a ella.

Esto es básico. Pero hay más: la religión, en formas muy diversas, sigue siendo, como ya dejamos dicho, algo importante en la cultura de esos siglos. Ahora bien, en muchas personas de alto nivel cultural se produce una crisis de las formas de religión institucional, como es el caso, por ejemplo, de la rebeldía contra la imposición de un cierto calvinismo en el mundo inglés. Se va abriendo paso la tendencia a liberarse de esas formas «autoritarias» de religiosidad, para no admitir más autoridad y guía que la de la razón. Recordemos el rechazo de todo lo que esté *above reason*, por encima de la razón.

Y resulta de especial importancia tener en cuenta cómo este movimiento se desarrolla patrocinado por la filosofía. Desde esta perspectiva, dentro del mundo inglés hay que destacar a filósofos tan relevantes como H. de Cherbury y J. Locke, quienes, aparte de

9. La defensa del carácter simbólico y alegórico de la Biblia aparece, por ejemplo, en la obra ya citada de Toland, pp. 107, 119, etc.

10. En la obra de Collins aparecen duras críticas a los clérigos, por ejemplo, en las pp. 108, 109, 110, etc.

sus posiciones personales, participaron, en mayor o menor grado, del movimiento latitudinario, al que cabría calificar como un movimiento liberal y muy tolerante de actitudes religiosas distintas y, con frecuencia, en desviación de lo que cabría considerar como posición religiosa del estado de clara inspiración calvinista.

Subrayar la influencia de Locke y el reconocimiento de su autoridad es absolutamente imprescindible. Volviendo de nuevo al *Christianity not mysterious* de J. Toland, resulta evidente, desde la más superficial lectura, que esta obra está construida totalmente sobre la base de la teoría del conocimiento de Locke. Esto se hace manifiesto desde los primeros capítulos. Parte de una desportillada noción de la razón, a la que entiende de este modo: «el uso correcto de todas las facultades es lo que llamamos sentido común (*common sense*) o razón en general»<sup>11</sup>. A continuación, sobre la huella de Locke, acepta la sensación y la reflexión como fuente de nuestros conocimientos<sup>12</sup>. Poco después repite casi literalmente la definición de conocimiento propuesta por Locke en el párrafo 2 del capítulo I del libro IV del *Ensayo*. En efecto, lo hace consistir «en la percepción del acuerdo o desacuerdo de nuestras ideas»<sup>13</sup>. Podríamos multiplicar los textos que certifican la fidelidad a Locke. Añadamos sólo un último ejemplo: concretamente el concepto de esencia está calcado en el libro III del *Ensayo*<sup>14</sup>. Locke es también citado por Collins como un antecedente en su defensa del librepensamiento<sup>15</sup>.

Pero ¿se acaba el papel de Locke con la aceptación básica de su teoría del conocimiento? Indudablemente, no. Se hace preciso hacer referencia a las reflexiones de Locke sobre las relaciones entre razón y revelación, ya que, a nuestro juicio, están, aunque tímidamente, abriendo el camino al deísmo. Éste es el tema nuclear de los capítulos XVIII y XIX del libro IV de su obra fundamental. Aducimos algunos textos. El tema es introducido ya en el párrafo 24 del capítulo XVII. Allí se nos dice que la fe no es otra cosa que el firme asentimiento de la mente, que, si se realiza correctamente, no puede oponerse a la razón. De no proceder así, caemos en fantasías. Reparemos: no podemos entregarnos a la fe al margen de la razón. A su vez, el capítulo XVIII tiene por título «Sobre la fe y la razón y sobre sus ámbitos distintos». Siendo todo el capítulo muy

11. *Christianity not mysterious*, p. 9.

12. O. c., p. 10.

13. O. c., p. 11.

14. O. c., p. 83.

15. *A discourse of free-thinking*, p. 177.

pertinente a nuestro propósito, debemos reducirnos a recoger algunas afirmaciones especialmente relevantes. Así, por ejemplo: «no se puede aceptar como revelación divina, ni se le puede conceder el asentimiento debido a tales proposiciones, si son contradictorias con nuestro claro conocimiento intuitivo»<sup>16</sup>. No se pueden imponer cuestiones de fe que sean contrarias a la percepción clara del acuerdo o desacuerdo entre nuestras ideas. Pero, a pesar de esto y contra lo que va a suceder en los deístas, según dejamos apuntado, Locke admite todavía que puede haber cuestiones *above reason*<sup>17</sup>. Y ello es así porque hay cosas que exceden nuestras capacidades cognitivas y, si nos son reveladas, se convierten en objeto de fe (*matter of faith*).

En ese capítulo XVIII se establecen las relaciones entre la razón y la fe-revelación. La primera impresión es de una cierta ambigüedad, ya que si, por una parte, admite la necesidad de la revelación en algunos casos, por otra se le reserva a la razón una función de vigilancia. Cuando pasamos al capítulo XIX, encontramos que en él se establece una especie de equilibrio entre la razón y la revelación. Véase, por ejemplo, este texto:

La razón es una revelación natural, por medio de la cual el Padre eterno de la luz y fuente de todo conocimiento comunica a la humanidad aquella parte de verdad que ha puesto al alcance de sus facultades naturales. La revelación es una razón natural enriquecida por un nuevo conjunto de descubrimientos comunicados inmediatamente por Dios, y cuya verdad la razón certifica, mediante testimonios y pruebas, que procede de Dios<sup>18</sup>.

En esta línea de asimilar la revelación y la razón llegamos al parágrafo 14, donde se nos llega a decir que la razón debe ser nuestro último juez y guía en cualquier cosa. O sea, no se niega la revelación, pero, como dice enseguida, debe ser la razón la que nos diga si se trata de una auténtica revelación. En conclusión, no se cierran las puertas al *above reason*, pero se trataría de una revelación que debe estar muy atenta al control de la razón. De ahí que los deístas pudieran ver en Locke un predecesor en el proceso hacia una religión natural racional.

Sería, sin embargo, una postura reduccionista centrar en exceso en Locke los antecedentes del deísmo. Ya dejamos apuntado que no

16. *An essay concerning human understanding*, lib. IV, c. XVIII, par. 5.

17. *L. c.*, par. 7.

18. *O. c.*, c., XIX, par. 4.

es así. Aparte de Lord Cherbury<sup>19</sup> y de Boyle, los deístas no dudan en remitirse a otros autores ingleses anteriores, e incluso a autores no ingleses, como padrinos más o menos remotos de su postura ante la religión. Por eso no debe extrañarnos que Collins en su libro ya citado, cuando al final del mismo cita antecesores, nombre a Erasmo, a Descartes y a Gassendi entre otros. Y tampoco debe extrañarnos que entre estos antecesores se reserve un puesto destacado a Espinosa. No cabe olvidar que el *Tractatus theologico-politicus* es el primer ejemplo de una interpretación racional de los textos bíblicos.

#### LA FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN EN HUME

Las páginas anteriores han intentado bosquejar el contexto de la actitud filosófica de Hume frente a la religión. Y lo hemos hecho así porque, a nuestro juicio, el marco de comprensión de la actitud humeana es básicamente el deísmo, que adquirió amplia difusión y disfrutó de notable aceptación en los ámbitos intelectuales británicos de aquella época.

Ahora bien, lo que estamos diciendo parece que nos hace inevitable la pregunta: ¿es Hume un deísta? La respuesta, en coincidencia con la mayoría de sus estudiosos, es negativa. Pero esta negación necesita de algunas matizaciones. Y las vamos a hacer de la mano de G. Gawlick siguiendo la línea de un artículo suyo muy pertinente a este propósito, *Hume and the deists: a reconsideration*<sup>20</sup>. Primero, cabe hacer referencia, desde el contexto histórico, a cómo lo vieron sus contemporáneos y a cómo se vio el propio Hume en relación al deísmo. Gawlick afirma, contando con la documentación pertinente, que para muchos de sus contemporáneos Hume era un deísta. Y, si tenemos en cuenta también que para muchos de los contemporáneos de Hume deísmo era sinónimo de ateísmo, por muy injusta que tal asimilación resulte, entonces comprenderemos que la acusación de deísmo se hubiera convertido en una acusación muy grave frente a la aspiración de Hume de acceder

19. Un resumen de las tesis de Cherbury que se pueden considerar como precedentes del deísmo puede verse en C. Fabro, *Introduzione all'ateismo moderno* (Studium, Roma, 1964), concretamente en II, 2, cuyo título es «La formazione del deísmo (Herbert de Cherbury-Hobbes)», pp. 223-231.

20. Este artículo está publicado en *David Hume. Bicentenary Papers*, Edinburg University Press, 1977, pp. 128-159.

a una cátedra universitaria. Afortunadamente las consecuencias de tal acusación no llegaron a impedir su acceso al cargo de bibliotecario de la biblioteca de los abogados de Edimburgo.

Pero ¿qué hace Hume ante la acusación de deísmo? Si nos atenemos a los textos no muy generosos en que alude a esto, da la impresión de que no le hizo demasiado caso. Sabe perfectamente que entre su pensamiento sobre la religión y el de los deístas hay innegables semejanzas en algunos puntos, cosa que explicaría que llegasen a considerarlo deísta. Pero hay también fundamentales diferencias que lo alejan del deísmo. Se da una coincidencia innegable en fundar la religión en el hombre y no en la revelación, eliminando de paso los dogmas y los milagros; también hay coincidencia básica en rechazar todo lo que esté *above reason*. Y nos parece que aquí acaban las coincidencias para dejar paso a las diferencias. Así, coincidiendo en poner el fundamento de la religión en el hombre, ese fundamento para Hume no será la razón, sino, como habremos de ver en su *Historia natural de la religión*, el ámbito de las pasiones. La religión deja de ser camino de salvación del hombre, como deja también de ser fuente de principios y reglas morales para la conducta del hombre. La conclusión es que, más que considerarlo un continuador de los deístas, es el filósofo que cambia el rumbo de los planteamientos religiosos en el mundo inglés.

Pero ¿cuál es la actitud de Hume frente a la religión? La respuesta dista mucho de ser fácil. En modo alguno cabe considerarlo un ignorante en cuestiones religiosas, aunque haya que reconocer que sus conocimientos teológicos parecen estar lejos de los que poseían la mayoría de los deístas. Como él mismo reconoce, en la casa familiar de Ninewells fue educado en las prácticas y enseñanzas calvinistas<sup>21</sup>. La evolución de su personalidad, así como la temprana lectura de diversas obras literarias y filosóficas, permiten afirmar que ya en la adolescencia, hacia los dieciséis años, se hacía claro su alejamiento de la religión. En las páginas de sus obras, incluidas las expresamente dedicadas a temas religiosos, tampoco cabe encontrar una respuesta absolutamente clara a la pregunta. Lo que sí se destaca con claridad es la persistente preocupación intelectual por el tema. Se ha convertido en tópico repetir lo que le costó desistir de incluir en el *Treatise* un capítulo sobre los milagros, trabajo que figurará posteriormente como la sección X de la *Enquiry concerning human understanding*.

21. Para completar estos datos, cf. R. Wollheim, *Hume on religion*, Collins-The Fontana Library, London, 1963, Introducción, pp. 14 ss.

Los consejos que le disuadieron de entrar en polémicas con la religión en su primera obra fueron prudentemente seguidos. De ahí que las alusiones a la religión sean escasas y no especialmente llamativas, aunque algunas son curiosas, como, por ejemplo, ésta: «Hablando de modo general, los errores en religión son peligrosos, mientras que en filosofía son simplemente ridículos»<sup>22</sup>. No sé si es pecar de sutileza ver tras la afirmación de la peligrosidad de los errores en religión una actitud de cautela que Hume, en mayor o menor medida, no abandonará nunca. Posiblemente no hay mejor testimonio de esta cautela que la dilación en la publicación de los *Dialogues concerning natural religion*, que no vieron la luz hasta varios años después de su muerte. No se trata, por supuesto, de una cautela en sus prácticas religiosas, ya que sabemos que, si asistía a algún oficio religioso, ello se debía a la atracción que podía producir el buen inglés de algún predicador. Su interés por la religión es un interés filosófico. No en vano dejó escrito en la *Enquiry* un texto tan ilustrativo como éste:

Por tanto, toda filosofía en el mundo, y toda religión, que no es sino una especie de filosofía, nunca serán capaces de llevarnos más allá del curso habitual de la experiencia, o de proporcionarnos unas pautas de conducta y comportamiento diferentes de las que nos son suministradas por las reflexiones sobre la vida común<sup>23</sup>.

Nos parece que cabe resumir la actitud de Hume ante la religión como la actitud propia de un espectador muy interesado filosóficamente en el tema. La textualidad de sus obras demuestra que su interés era sincero, aunque ese interés estuviera moderado por una prudencia que le aconsejaba evitar polémicas innecesarias, ya que tales polémicas, como se vio en su intento de acceder a cátedras, redundaban en claro perjuicio personal. Esta prudencia cautelar tuvo, a juicio de los estudiosos, dos excepciones. Una de ellas tiene que ver con los ataques contra el cristianismo, muy especialmente contra el catolicismo romano. Con frecuencia ve en esas formas de religión expresiones de fanatismo y superstición. La otra excepción es su inquina no disimulada contra el estamento clerical. A pesar de su amistad con algunos teólogos y clérigos moderados, no hay duda de que Hume tuvo razones suficientes para sentirse víctima de frecuentes ataques por parte de los representantes de la

22. *Treatise*, lib. I, parte IV, sec. 7.

23. *Enquiry*, sec. XI.

iglesia local de Escocia<sup>24</sup>. La respuesta de Hume fue la de una animosidad manifiesta, convirtiendo a los clérigos en destinatarios frecuentes de críticas y burlas<sup>25</sup>.

Entre ellas destaca por su dureza la nota 3 que aparece en un ensayo aparentemente inocuo, titulado *Of national characters*. Casi al comienzo del mismo, hablando de las diversas profesiones, se refiere a los soldados como generosos, honestos y desinteresados, en contraposición a la profesión de los clérigos (con independencia de su confesión religiosa), a la que considera poco atractiva. Y es entonces cuando entra en juego la larga y durísima nota 3. En ella no se ahorran censuras al estamento clerical. Se tacha a sus miembros de promotores de supersticiones, de hipócritas, de ambiciosos, de explotar la ignorancia de los creyentes; los acusa de enfatuados, de ejercer el *odium theologicum* y de sucumbir a la venganza<sup>26</sup>.

#### OBRAS DE HUME SOBRE LA RELIGIÓN

Antes de centrar nuestra atención en la *Historia natural de la religión*, procede una breve referencia a las otras obras que se centran en este campo temático. Y vamos a empezar por las obras menores. El primer enfrentamiento con dogmas de la fe y de las tradiciones religiosas lo tenemos en las secciones X y XI de la *Enquiry*, tituladas respectivamente *Of miracles* y *Of a particular providence and of a future state*. En la primera se somete a crítica, desde los presupuestos de la filosofía del autor, el valor de los milagros como argumento de la fe religiosa. Teniendo en cuenta que los milagros son una violación de las leyes naturales y que su aceptación está manifiestamente en contra de las enseñanzas de la experiencia, encontramos afirmaciones tan tajantes como ésta:

Podemos, por tanto, establecer como una máxima que ningún testimonio humano puede tener fuerza suficiente como para probar un milagro y para convertirlo en justo fundamento de cualquier sistema de religión<sup>27</sup>.

24. Cf. a este respecto E. C. Mossner, *The life of David Hume*, Clarendon Press, Oxford, 1954, pp. 336 ss.

25. *O. c.*, pp. 272 ss.

26. *David Hume. The philosophical works*. Edición de T. H. Green y T. G. Grose, vol. III, pp. 245-247.

27. *David Hume. The philosophical works*. Edición citada, vol. IV, p. 105.

La crítica de los milagros se cierra con este irónico párrafo:

De esta suerte, en conjunto podemos concluir que la *religión cristiana* no sólo estuvo acompañada desde el principio por milagros, sino que incluso hoy no puede ser creída por cualquier persona razonable sin contar con un milagro. La simple razón es insuficiente para convencernos de su veracidad; y quien se vea por *fe* movido a asentir a ella, es consciente en su propia persona de un milagro continuado, el cual subvierte todos los principios de su inteligencia y le confiere la determinación de creer lo que es más contrario a la costumbre (*custom*) y a la experiencia<sup>28</sup>.

La sección XI está propuesta en forma de diálogo, y en ella el personaje del escéptico representa al propio Hume. El tema nuclear es el argumento del designio, cuyo valor se socava desde la concepción humeana de la causalidad. Dado que se trata de un tema reiterativo en nuestro autor y que habremos de volver sobre él, no nos detenemos ahora en su exposición.

Hay también dos ensayos relativamente breves, cuyo contenido tiene que ver con temas de filosofía de la religión. Nos referimos a *Of the immortality of the soul* y a *Of suicide*, dos ensayos de publicación un tanto azarosa. El simple título es clara indicación de su contenido. Por lo que se refiere a la inmortalidad del alma, hay que partir del hecho de que el Hume adulto no admitió nunca ninguna forma de vida personal tras la muerte, según cabe afirmar por diversos pasajes de sus obras, por la correspondencia y por el testimonio de sus contemporáneos<sup>29</sup>. En consecuencia, hay que contar con que todo el ensayo sea una refutación de la creencia en la inmortalidad del alma. Esta refutación se lleva a cabo, tal como se nos dice al comienzo del ensayo, rechazando el valor de los argumentos metafísicos, físicos y morales en apoyo de la doctrina de la inmortalidad. Al final del ensayo hay una exigua referencia al recurso a la revelación divina, pero ya sabemos que la revelación nos llevaría al *above reason*, a lo que supera a la razón, recurso que nuestro autor rechaza en coincidencia, en este punto, con los deístas.

El tema del suicidio, en cuyo tratamiento no es difícil reconocer resonancias del estoicismo, lo plantea en el correspondiente

28. O. c., p. 108.

29. A este respecto recomendamos la lectura del capítulo 6 de la obra de J. C. A. Gaskin *Hume's philosophy of religion*, Macmillan, London, 1978. Todo el capítulo constituye un excelente comentario del ensayo de Hume.

ensayo, con toda claridad, de la siguiente manera: si el suicidio debe calificarse como un acto criminal, ello tiene que deberse a que es una transgresión de nuestro deber o para con Dios, o para con la sociedad, o para con nosotros mismos<sup>30</sup>. Pues bien, el hombre es demasiado insignificante para que ningún acto suyo pueda afectar el orden y la omnipotencia de Dios. Que el suicidio signifique un perjuicio para la sociedad es hasta tal punto discutible, que en muchos casos la eliminación de algunos miembros de la sociedad, más que perjudicar a ésta, la favorece. Además, el suicida puede encontrarse en circunstancias tales que considere legítimamente que su vida es más un estorbo que un beneficio para la sociedad. Por lo que se refiere al bien personal, teniendo en cuenta el horror natural hacia la muerte, indudablemente el suicida tiene que encontrarse en circunstancias muy graves para tomar la decisión de acabar con su vida; sería liberarse de un peso que se le hace insoportable.

Los *Dialogues concerning natural religion* son, sin duda alguna, la obra más importante de Hume en el ámbito de la filosofía de la religión. Para muchos estudiosos del escocés constituye, juntamente con el *Treatise*, la mejor expresión de su pensamiento filosófico. Acaso con cierta exageración, aunque no sin fundamento, cabe considerar a Hume como uno de los iniciadores, si no el primero, de la filosofía y de la historia de la religión. Si la historia de la religión la encontramos en la *Historia natural de la religión*, la filosofía de la religión de Hume, sin desprestigiar las otras obras a que nos hemos referido, está desarrollada en los *Dialogues*.

Estamos ante una obra que consumió muchas horas de la reflexión filosófica de Hume a lo largo de su vida. Prácticamente hasta la fecha de su muerte estuvo haciendo diversos retoques del texto. La prudencia cautelar que él se impone en la manifestación de sus ideas religiosas, así como los consejos disuasorios de amigos intelectuales por los que sentía sincero respeto, dilataron la publicación de la obra, que no vio la luz hasta el año 1779, tres años después de su muerte<sup>31</sup>. Se trata de una obra amplia estructurada en

30. *David Hume. The philosophical works*, vol. IV, p. 407.

31. No es nuestro propósito entrar en el complejo tema de la redacción y publicación de los *Dialogues*. De la abundante bibliografía sobre el tema recomendamos: E. C. Mossner, *The life of David Hume*, cit., concretamente el capítulo 24; del mismo autor, «Hume and the legacy of the *Dialogues*», en *David Hume. Bicentenary papers*, edición de G. Morice, Edinburg University Press, 1977, pp. 1-22; J. V. Price, «David Hume's *Dialogues concerning natural religion*: composition and publication», en la edición de *Natural history of religion* y *Dialogues concerning natural religion*, obra del propio Price y de A. Wayne Colver, Clarendon Press, Oxford, 1976, pp. 105-128.

una introducción y doce capítulos. Escrita en forma dialogal, está cargada de profundos ecos del generoso conocimiento que tiene Hume sobre obras de los clásicos, especialmente de los libros *De natura deorum* y *Academica* de Cicerón.

Tres son los dialogantes: Demea, Cleantes y Philo. Se ha discutido mucho sobre cuál de los tres representa al propio Hume. Se descarta Demea, quien tiene a su cargo la defensa de posturas que cabría calificar de ortodoxas respecto de la tradición religiosa. Las dudas se plantean entre Cleantes y Philo. A favor de Cleantes está su actitud moderada entre la posición tradicional de Demea y la posición escéptica de Philo. Sin embargo, hoy es prácticamente unánime la opinión de que es el escéptico Philo quien realmente representa a Hume, aunque haya que reconocer que muchas de las opiniones de Cleantes son también compartidas por Hume. Esto simplemente significa aceptar que Hume llevó, como no podía ser menos, su escepticismo moderado a las cuestiones religiosas. Tenemos conciencia de que es discutible lo que acabamos de afirmar, ya que la última frase de la obra abogaría por hacer de Cleantes el representante de Hume. Acaso incluso convenga también recoger que para algunos comentaristas ninguno de los tres dialogantes representa genuinamente a Hume, sino que ese representante es Panfilio, cuyo papel se limita al del narrador que introduce y cierra la obra. Esta posición nos parece absolutamente injustificada, pues convierte a Hume en mero espectador del diálogo.

Como es obvio, no vamos a entrar en el análisis de esta interesantísima obra. Unas mínimas observaciones serán suficientes para poner de relieve la seriedad filosófica con que se tratan en ella temas nucleares teológico-religiosos. Ésta es una obra claramente teórica en contraposición al planteamiento básicamente histórico de la *Historia natural de la religión*. Son dos obras a las que cabe considerar como complementarias.

Si se nos permite un esquema, que corre el peligro de quedarse en caricatura, diremos que los temas alrededor de los cuales se vertebran los doce capítulos de los *Dialogues* son básicamente el argumento del designio y el problema del mal; les siguen en importancia la discusión de argumentos que él llama *a priori* y el análisis del escepticismo en el campo de la religión. El argumento del designio, al que, con matices, se puede considerar semejante al argumento teleológico, era, sobre todo después de Newton, el argumento que contaba con más favor para probar la existencia de Dios. Hume, que no es un ateo, parte en esta obra, según consta en lo que podríamos llamar la introducción de Panfilio, de la aceptación de

la existencia de Dios como una verdad obvia e importante para el hombre. Pero ¿qué fundamento tiene esta verdad? ¿Qué implicaciones se derivan de ella? El argumento del designio como fundamento de esa verdad recorre prácticamente toda la obra, especialmente en los capítulos II, III, V, VIII, IX, XII. A su vez, el problema del mal se trata especialmente en los capítulos X y XI. La referencia a posibles argumentos *a priori* se encuentra básicamente en el capítulo IX, mientras que el escepticismo, en su aplicación a temas religiosos, tiene, en grado mayor o menor, presencia a lo largo de toda la obra, muy especialmente en las intervenciones de Philo.

La riqueza de contenido y la finura de análisis se ponen de relieve en todos los capítulos, pero, a nuestro juicio, destaca la riqueza de perspectivas del capítulo XII que, como capítulo final, recoge de alguna manera las conclusiones de los anteriores. No nos resistimos a recoger algunas afirmaciones de este capítulo. Por ejemplo, cuando Cleantes afirma que una religión, incluso corrompida, es mejor que la carencia de religión<sup>32</sup>. Asimismo, destacar como función de la religión ordenar nuestro corazón, hacer humana nuestra conducta impregnándola de un espíritu de moderación<sup>33</sup>. Bien es verdad que, en la página siguiente, Philo afirma que la experiencia nos enseña que el más pequeño grano de honestidad y benevolencia natural influye más sobre la conducta del hombre que los más pomposos sistemas y teorías teológicas. Aparece también aquí el rechazo de los excesos de autoridad de los clérigos, recomendando a los poderes políticos que los reduzcan a los límites estrechos en que deben mantenerse<sup>34</sup>. Y se cierra el capítulo con estas expresiones de Philo: «En un hombre de letras ser un filósofo escéptico es el paso primero y esencial para ser un cabal creyente cristiano».

#### CONSIDERACIÓN DE LA HISTORIA NATURAL DE LA RELIGIÓN

Debemos, por fin, ocuparnos de la obra cuya edición bilingüe presentamos. Pues bien, si los *Dialogues* es la obra fundamental de Hume sobre la religión, pero de publicación diferida hasta después de su muerte, la *Historia natural de la religión*, a su vez, es la obra más importante sobre el mismo tema que vio la luz en vida del

32. *David Hume. The philosophical works*, cit., vol. IV, p. 460.

33. *Ibíd.*

34. *L. c.*, p. 463.

autor. Publicada por primera vez en 1757, la elaboración y redacción del texto se lleva a cabo aproximadamente en las mismas fechas en que escribe los *Dialogues*, concretamente entre 1751 y 1755. En efecto, en este año le comunica a su editor que la obra está dispuesta para la publicación.

Si, como se dice a veces, la madurez del pensamiento filosófico suele coincidir con la cuarentena de edad de cada filósofo, esto se cumpliría en Hume respecto de sus dos obras sobre cuestiones religiosas. Sin embargo, antes de que se imprimiera la primera edición, surgieron diversas complicaciones debidas a la inclusión en el mismo volumen de otros ensayos que, finalmente, por diversos motivos, no llegaron a ver la luz en aquel momento, porque se hicieron públicos más tarde, o que incluso no llegaron a publicarse<sup>35</sup>. El hecho de que, en un determinado momento, se planteara publicar esta obra en un mismo volumen con los ensayos sobre la inmortalidad del alma y el suicidio atrajo sobre la *La historia natural de la religión* una ácida polémica provocada por lo expuesto en ambos ensayos que, al final, fueron dejados de lado, aunque, sin que esté muy claro por qué, circularon fraudulentamente varias copias de los mismos. La obra que presentamos tuvo un indiscutible éxito en cuanto al número de lectores, ya que en vida de Hume se produjeron varias ediciones más, en publicación conjunta con otros ensayos o tratados diversos.

La obra apareció, por fin, en un volumen con el título *Four dissertations*. El título alude a que, aparte de esta obra, aparecen otras tres «disertaciones» o ensayos breves: *Of the passions*, *Of tragedy*, *Of the standard of taste*. Salta a la vista que es *Historia natural de la religión* la más importante y la que, básicamente, merecerá las sucesivas ediciones a que hemos hecho referencia.

La obra consta de una introducción y quince secciones, de las que la última, con el título de «Corolario general», viene a ser como un resumen de conclusiones. En cuanto al texto inglés, seguimos el de la primera edición, según está recogido en el IV volumen de la edición de Green y Grose. Es sabido, según dejamos reseñado,

35. La accidentada historia hasta la publicación de la primera edición se encuentra documentalmente expuesta por E. C. Mossner, *The life of David Hume*, cit., pp. 321 ss. Puede consultarse asimismo en la edición de Green y Grose, vol. III, pp. 65 ss. En la correspondencia encontramos reflejados algunos motivos de esta historia, por ejemplo, la polémica suscitada por los ensayos sobre el suicidio y sobre la inmortalidad del alma, lo que le decidió a retirarlos de la publicación. Así consta en la carta a William Strahan de 1772 (*The letters of David Hume*, edición de J. Y. T. Greig, Clarendon Press, Oxford, 1932, vol. II, pp. 252-253).

que Hume siguió, prácticamente hasta los días finales de su vida, haciendo correcciones en sus obras. Los analistas del texto de las diversas ediciones convienen en que no se trata de correcciones de importancia, sino de modificaciones estilísticas que no afectan en absoluto al contenido<sup>36</sup>. El propio Hume resta importancia a estas correcciones cuando, un mes antes de su muerte, escribe:

Se admirará usted de que, en mi situación presente, me esté dedicando a tales bagatelas, y me puede comparar con los griegos modernos, los cuales, mientras Constantinopla estaba asediada por los turcos y ellos mismos estaban amenazados de total destrucción, se entregaban completamente a disputas concernientes a la procesión del Espíritu Santo<sup>37</sup>.

#### CONTENIDO BÁSICO DE LA OBRA

Nos parece que el mejor procedimiento para introducirnos en la obra y el más fiel al pensamiento de Hume es seguir el orden de las quince secciones. Por eso vamos a resumir el contenido de cada una de ellas con el único propósito de ayudar en su lectura, especialmente a aquellos que no están familiarizados con el pensamiento de Hume.

Y hay que empezar recogiendo el planteamiento que hace en la Introducción. Partiendo de la afirmación de que la investigación sobre la religión es de la máxima importancia, centra esta investigación en dos problemas: la razón como fundamento de la religión y la naturaleza como origen de la misma. El primer problema lo despacha con una referencia al argumento del designio, por cuanto la estructura de la naturaleza muestra la existencia de un autor inteligente. El otro problema sobre el origen de la religión en la naturaleza reviste mayores dificultades. No parece deberse a un instinto original, sino que la religión surge de principios de la naturaleza humana, pero de principios secundarios. El tema de la presente obra es precisamente investigar cuáles sean esos principios.

36. Véanse las observaciones de A. Wayne Colbert en la «Note on the text» en la edición de la *Natural history of religion* en el libro en que publica esta obra juntamente con la edición que de los *Dialogues* hace J. V. Price, *op. cit.*, pp. 10 ss.

37. *The Letters of David Hume*, cit., vol. II, p. 329. En el mismo volumen aparecen otros textos sobre la nimiedad de las correcciones que hacía habitualmente, por ejemplo, pp. 235, 243, 246. En estos textos subraya, además, que, en general, las correcciones tienen que ver simplemente con el estilo, no con el contenido.

Sección I: El politeísmo ha sido la religión primera de la humanidad. Esto se hace patente acudiendo a la historia y nos es confirmado por los testimonios que nos llegan de otras partes del mundo. No parece aceptable atribuir a pueblos de incipiente o escasa cultura la adquisición de un concepto correcto de la divinidad que luego, por corrupción, degenera en politeísmo.

Sección II: Aunque la contemplación del universo como un todo armónicamente estructurado pueda conducir la mente al reconocimiento de un único autor, sin embargo la diversidad de eventos contrarios, llenos de incertidumbre, por los que se ve afectada la vida humana, conducen al politeísmo. No nos conduce a esto la reflexión sino las pasiones por las que nos sentimos afectados: esperanza, temor a la miseria y a la muerte, ansia de felicidad.

Sección III: Continúa el mismo tema. En este complejo teatro del mundo donde se desarrolla nuestra vida, al vernos zarandeados por acontecimientos opuestos, los atribuimos a *causas desconocidas*, a las que hacemos objeto de nuestras esperanzas y temores. El pueblo simple personaliza antropomórficamente estas causas en una pluralidad de dioses, atribuyéndoles poderes superiores y ámbitos distintos en que ejercerlos: dioses de la guerra, del mar, de los bosques... Les conferimos también nuestras virtudes y nuestros vicios.

Sección IV: El único punto de la teología que tiene una aceptación general es la admisión de un poder invisible e inteligente en el mundo, pero ya no hay acuerdo sobre si se trata de un ser único o de una pluralidad de seres. En pueblos antiguos o de cultura religiosa popular se creía que la naturaleza estaba poblada de diversos poderes invisibles: hadas, duendes, fantasmas... Se elevaban a la categoría de dioses los objetos más extraños, con formas de culto también muy extrañas. Se confirma esto haciendo mención de expresiones religiosas en muy distintos pueblos: chinos, griegos, germánicos... No se atribuía a tales dioses, sin embargo, el origen del mundo, problema en el que tampoco los filósofos se aclaraban, como se echa de ver con el ejemplo de algunos pensadores, por ejemplo los presocráticos.

Sección V: Está dedicada al análisis del politeísmo vulgar en sus diversas formas y el análisis se hace atendiendo a su derivación de los principios de la naturaleza humana. El politeísmo vulgar convierte en divinidades a partes del universo, así como a diversos productos de la naturaleza. Tiende a configurar los poderes invisibles convirtiéndolos en objetos visibles. Dos son los procedimientos fundamentales: la alegoría y el culto a los héroes. La alegoría se

ilustra con ejemplos tomados básicamente de la cultura clásica. A su vez, personajes merecedores de veneración y de gratitud por las obras que llevaron a cabo son elevados a la categoría de dioses. A todo esto ha colaborado el arte escultórico realizando representaciones visibles de todo este mundo plural de divinidades.

Sección VI: Del politeísmo se llega el teísmo henoteísta o monoteísta no por virtud de un esfuerzo de reflexión, sino por los sentimientos producidos por acontecimientos siniestros de la naturaleza, o por nuestras pasiones reforzadas por la imaginación. Lo normal es comenzar en el politeísmo por elevar un dios por encima de los demás, como rey que domina a los otros dioses. Exagerando las alabanzas y encomios a este dios, se llega a la infinitud como tope último, es decir, a un ser perfecto. En este punto se produce un encuentro con la filosofía, aunque religiosamente no se haya llegado aquí por un proceso racional, sino por adulación y por el temor propio de la superstición.

Sección VII: Esta breve sección se plantea como una confirmación de lo expuesto en la anterior. Se hace aduciendo ejemplos de diversas religiones, como los mahometanos o los católicos romanos.

Sección VIII: Desde el título se deja claro el tema: flujo y reflujo entre el politeísmo y el deísmo. Se va del politeísmo al teísmo y de éste al politeísmo. Elevando algún dios al más alto grado de perfección, se llega a una divinidad única, infinita, simple y espiritual. Pero, como esta concepción sobrepasa la comprensión vulgar, se vuelve a adorar a seres intermedios, recayendo en el politeísmo. Mas, dado que, a su vez, estas formas de religión acaban degenerando, se reinicia el camino hacia el teísmo, en un proceso reiterativo.

Sección IX: Una de las secciones más características: ventajas y desventajas del politeísmo y del teísmo. El politeísmo, al no defender un solo dios ni una verdad única, es tolerante con otros dioses y con otros ritos, como se demuestra con el ejemplo de los romanos en su aceptación de los dioses de los pueblos conquistados. Lo contrario sucede con el teísmo: es más rígido y más intolerante. Ejemplo destacado son las persecuciones de Roma y de Madrid (Inquisición).

Sección X: Continúa la comparación entre politeísmo y deísmo, concretamente desde las perspectivas del valor y de la humildad. Así, cuando se representa a la divinidad como infinitamente superior a la humanidad, si se le suman terrores supersticiosos, esto lleva la mente humana a los niveles más bajos de sumisión y humildad, que con-

ducen, por ejemplo, a la práctica de las virtudes monacales: mortificación, penitencia, humildad, sufrimiento. En cambio, cuando se concibe a los dioses sólo como un poco superiores a los hombres, se abren caminos a la actividad, el valor, el amor de la libertad. Este contraste se pone de manifiesto comparando los héroes de la cultura clásica con los santos del islamismo y del catolicismo.

Sección XI: Sigue la comparación entre politeísmo y teísmo frente a la razón o el absurdo. La mitología pagana, tal como la encontramos en los poetas, puede no resultar tan absurda como podíamos sospechar. Se puede pensar fácilmente que nos pone ante seres viciosos, vengativos, apasionados..., pudiendo verse esto como un resultado de desenfreno de autoridad. Pero puede verse también como algo natural y que pudiera acontecer en alguna parte del universo. Lo que sucede es que se trata de algo que carece de fundamento y que se transmite en narraciones contradictorias, que hacen imposible una razonable elección entre ellas. En cambio, cuando el teísmo es el principio fundamental de una religión popular, estamos ante una creencia hasta tal punto acorde con la razón, que la filosofía se suma a este sistema de teología. En tales casos se suele contar, además, con la autoridad de un libro sagrado o con una autoridad visible, por ejemplo el Papa. Pero, como todo esto puede ser engañoso, la filosofía acaba disociándose de su compañía. Llega a la conclusión de que toda teología, especialmente la escolástica, se inclina por el absurdo y la contradicción. La historia eclesiástica es testimonio de esto. Es decir, lo que tiene un principio razonable termina en el absurdo.

Sección XII: En esta larga sección sigue comparando diversas formas de religión desde las dudas o la convicción frente a ellas. El núcleo fundamental se centra en las referencias al catolicismo y a las diversas formas de religión de las que nos dan cuenta los historiadores antiguos y otros autores clásicos. El catolicismo sale francamente malparado. En efecto, partiendo de la afirmación elogiosa de que la «secta» de los católicos romanos es muy ilustrada y de que, salvo la iglesia de Inglaterra, ninguna otra comunión puede discutirle el ser la más ilustrada de las iglesias cristianas», la hace objeto de críticas muy rigurosas: crítica despiadada de la presencia real en la eucaristía, poniéndola en ridículo a partir de dos anécdotas que la hacen risible; crítica de los hábitos religiosos, concretamente de los capuchinos; crítica del culto a las reliquias. Una religión con estas lacras no se ve muy merecedora de crédito. Pero, en principio, tampoco van a quedar bien las formas de religión con que nos encontramos en los libros de los antiguos, de las que se

empieza diciendo que están llenas de absurdos y de superstición. Se suceden diversos ejemplos y testimonios de historiadores, poetas y filósofos. Sus fieles oscilan entre la increencia y la convicción, pero con más inclinación a la primera que a la segunda. De nuevo aparece aquí la mayor flexibilidad y libertad de las religiones antiguas. Ello se puede deber también a que las religiones antiguas carecían de rigidez por ser *tradicionales*, mientras que las religiones modernas son *escriturales*, fijadas en documentos escritos. Como las tradiciones antiguas son contradictorias, vaporosas, llenas de fábulas, con frecuencia nos producen una sonrisa cuando se nos presentan en su exposición poética. En el párrafo final de la sección se acaba mostrando la preferencia por la religión tradicional y mitológica frente a la religión sistemática y escolástica, debido a que precisamente su falta de rigor no atenaza nuestros sentimientos y nuestra inteligencia.

Sección XIII: Estamos, a nuestro juicio, ante una de las secciones más interesantes y más reveladoras del pensamiento de Hume sobre cualquier religión. Empieza recordando que la religión primitiva surge del temor ante acontecimientos futuros frente a poderes ocultos e invisibles. Esos poderes aparecen vestidos de propiedades crueles que incrementan el terror y nos presentan a la divinidad con las más terribles apariencias. Ésta es sólo una perspectiva de la religión. Pero hay que contar también con otra, que es el espíritu de alabanza que se da en todas las religiones, consecuencia de ese terror, pero que puede llevar a otra forma de religión, en la cual hay que atribuir a la divinidad toda forma de virtud y de excelencia hasta la exageración, sin necesidad de contar con argumentos para ello. Parece que estamos ante una especie de contradicción: los temores nos enfrentan con una deidad diabólica y maliciosa, mientras que la tendencia a la adulación nos conduce a reconocerla como algo excelente. La influencia de estos principios opuestos produce situaciones muy distintas. A continuación se aducen ejemplos de religiones del temor en ámbitos distintos. Posteriormente se pasa a las religiones de la adulación y de la alabanza. Lo curioso es que se consideran como virtudes de la divinidad cualidades y actos de conducta que se juzgan como criminales en los hombres. Esto pasa con las religiones antiguas, pero tampoco están exentas de estos defectos las religiones modernas. Por eso hay que defender que los principios de la moralidad se deben a las exigencias que la sociedad tiene de ellos y no a la religión. De esta durísima crítica no se libran ni la religión judía ni la religión cristiana, tal como se explica en una amplísima nota.

Sección XIV: Esta sección profundiza en el tema de la relación entre religión y moral que apareció en la sección anterior. La afirmación de partida es que en cualquier religión, por muy bien que se la califique, la mayoría de sus devotos buscan el favor divino no por las vías de la moral, sino mediante prácticas frívolas. Y ello a pesar de que los libros de las religiones destaquen los aspectos morales. De nuevo se aducen ejemplos históricos. Incluso en el caso en que los predicadores de una religión se dedican a exaltar la virtud, resulta que los fieles reducirán su deber a escuchar tales sermones sin llevarlos a la práctica. Y no cabe justificar esto diciendo que la práctica de la moral se hace difícil, ya que más difícil es cumplir determinadas imposiciones religiosas como el Ramadán, o las cuaresmas y ayunos. Es decir, sería más fácil ejercer la virtud que la superstición. Por consiguiente, no acudamos a la religión para establecer la moral. Por el contrario, nuestra conducta virtuosa es algo que debemos a la sociedad y a nosotros mismos. Hasta tal punto esto es así, que muchas veces los mayores crímenes se han cometido a la sombra de la religión, situación que en algunos casos cuenta con la aprobación y el estímulo de los clérigos.

Sección XV: Esta última sección o «Corolario general» parece una especie de escudo tras el que se defiende Hume de las posibles críticas que esta obra le va acarrear. Está escarmentado por las críticas surgidas a raíz de los ensayos anteriormente publicados sobre temas afines. A esto se debe, sin duda, el que inicie este corolario con una referencia, de nuevo elogiosa, al argumento del designio que nos lleva a la idea de una causa o autor inteligente. Y esto es así, aun contando con las contrariedades en que nos vemos envueltos, ya que no hay nada puro y de una sola pieza. Incluso hay que contar con que al lado de lo más excelente y agradable nos encontremos con lo malo y desagradable. Así, si en el teísmo encontramos unos principios sublimes, hay que esperar o temer que en otras formas de religión nos vamos a encontrar con ficciones y quimeras. Creer en un poder invisible es una especie de marca que el divino hacedor nos ha impuesto para ser portadores de su imagen. Pero en las formas populares de religión esta imagen queda desfigurada y degradada. Frente al privilegio de conocer al ser supremo, están las formas de religión que parecen sueños de un hombre enfermo. Los mayores absurdos teológicos han sido aceptados por personas inteligentes, igual que hombres desenfrenados pueden aceptar los preceptos más rigurosos de su religión. Según confirma la experiencia, *la ignorancia es la madre de la devoción*. Ello no impide afirmar que un pueblo sin religión se encuentra muy

cerca de los animales. Así como hay elementos puros de moral en algunos sistemas teológicos, también hay en otros prácticas totalmente corrompidas.

¿Cuál es la conclusión de todo esto? Tan poco clara vio la respuesta, que el párrafo final empieza diciendo que esto, en conjunto, es un acertijo, un enigma, un misterio inexplicable. Por eso acojámosnos a la duda y a la incertidumbre en este tema, dada la fragilidad de la razón humana, y refugiémonos en la región tranquila, aunque oscura, de la filosofía.

#### VALORACIÓN GLOBAL

¿Qué valor tiene la *Historia natural de la religión*? Esta pregunta puede y debe tener respuestas distintas si el planteamiento se hace en el contexto en el que Hume la publica, o si se hace en el momento actual. Por supuesto, en uno y otro caso estamos ante una obra importante, tanto en sí misma como en su proyección histórica. Esta importancia se pone de relieve cuando se reconoce que a Hume corresponde el honor de haber sido el primer filósofo importante que ha acometido la empresa de plantear expresamente y de una forma relativamente sistemática la historia de la religión, convirtiéndose así en una de las fuentes de buena parte del pensamiento moderno sobre el tema<sup>38</sup>. Este reconocimiento de la obra que presentamos lo extienden algunos a todo el conjunto de los escritos del escocés sobre filosofía de la religión, haciéndolo por ello acreedor, como dejamos dicho, al título de fundador del tratamiento de estos temas en su forma moderna<sup>39</sup>.

En cuanto al contexto histórico en el que escribe y publica Hume, basta recordar que gran parte de sus obras se convirtieron en objeto de polémica entre sus contemporáneos en el mundo británico. Es obvio que en un ambiente religioso como era de hecho el de aquel ambiente, la polémica se acentuó frente a sus publicaciones sobre la religión. Por lo que se refiere a la obra de la que nos estamos ocupando, hay bastantes testimonios de las reacciones encontradas que suscitó<sup>40</sup>. Hume se encontró tanto con el rechazo de

38. E. C. Mossner, *The life of David Hume*, cit., p. 333.

39. J. C. A. Gaskin, en *David Hume. Dialogues and Natural history of religion*, OUP, Oxford, 1993, Introduction, p. IX.

40. Cf. S. Tweyman, *Hume on natural religion*, Thoemmes Press, Bristol, 1996, pp. 201 ss.

los defensores de la religión del estado, como con el rechazo de los ambientes deístas. Si coincidía con éstos en la negación del *above reason*, se alejaba totalmente de ellos en rechazar la razón como fundamento de la religión, buscando, como hemos tratado de subrayar, el origen de la misma en el ámbito pasional. Sólo algunos intelectuales, más o menos amigos de Hume, dieron la bienvenida a su obra. En cierta medida tuvo mejor recepción en el mundo continental, concretamente en Francia, con muchos de cuyos intelectuales mantenía Hume relación filosófica y de amistad. Entre ellos se encontraba J.-Ch. Trudaine de Montigny que asumió la tarea de traducir la *Natural history of religion*, según consta en la correspondencia del propio Hume.

Desde nuestro mundo de hoy, en el que proliferan los libros sobre filosofía e historia de la religión, esta obra de Hume puede considerarse ampliamente superada. Ello no quiere decir que no siga mereciendo la atención no sólo como un indiscutible precedente de los estudios históricos sobre la religión, sino también —y acaso en mayor grado— por la finura y rigor de los análisis psicoantropológicos con que se va entreverando la historia.

Estamos, en efecto, ante una obra que es ciertamente de carácter histórico. Y no se puede negar que, dentro de lo que cabía hacer en aquel momento, la obra es merecedora de elogio, tanto por la abundante documentación de que hace uso, como, en general, por el rigor en ese uso. La cultura clásica de Hume tiene en esta obra una de sus mejores manifestaciones. Ahora bien, hace historia y la documenta, cuenta diversas historias, incluso se entretiene con anécdotas diversas, pero no se atiene al curso lineal de la historia, sino que echa mano de los hechos y de los documentos según lo exige el tema que trata en cada sección.

Sin embargo, reducir esta obra a una historia de la religión natural es empobrecerla y despojarla de algunas de sus características más relevantes. Estamos apuntando a la variedad y riqueza de análisis que enriquecen y adensan sus páginas. Indudablemente destacan los análisis psicológicos que explican y justifican el origen de la religión en la naturaleza humana. Hay secciones donde estos análisis son de especial relevancia. Así las secciones I, VI, VIII, XIV, por destacar algunas. Estos análisis psicológicos se completan con aspectos antropológicos y sociológicos, ya que, al estudiar distintas formas de religiosidad, hace hincapié en las diversas situaciones de la sociedad y de los hombres que la componen. Todo esto se lleva a cabo dentro de un estricto planteamiento y método académico, en clara diferencia de los *Dialogues*, en los que, por su forma

dialogal, parece dejarse espacio a la espontaneidad y a la iniciativa de los dialogantes.

Al lado de todo esto es de rigor destacar que, en principio, Hume escribe esta obra dejando de lado su actitud religiosa personal: no plantea ni enjuicia desde su particular posición personal. Esto parece que debe aceptarse, pero sin olvidar que, a través de las diversas secciones de la obra, se pone de manifiesto que estamos ante un adversario del cristianismo, especialmente del catolicismo romano.

Como conclusión, nos parece oportuno destacar algunas ideas que vienen a ser como los goznes sobre los que gira toda la obra. Escogemos dos fundamentales. Hay que comenzar por subrayar, tal como se hace desde la sección II, que la religión nace de un conjunto de pasiones que surgen ante la imprevisión en que nos encontramos frente a los acontecimientos naturales que no podemos controlar. Son básicamente el temor y la esperanza que surgen en la mente de los hombres. Acaso convenga apuntar que estas pasiones que, a su vez, provocan miedo y angustia, son pasiones negativas. Es curioso que pasiones positivas, por ejemplo la alegría, la sensación de bienestar, etc., no tengan nada que ver con el origen de la religión. Se podría barruntar por esto, ya desde su punto de partida, un cierto descrédito de la religión. Una segunda idea que está presente en casi toda la obra es la atención que dedica al politeísmo, atención que delata una clara simpatía por esta forma de religión. Si en la sección II se plantea el politeísmo como la forma original de religión, más adelante (sec. IX, X, XI, XII) se apuntan las ventajas del politeísmo sobre otras formas de religión. Cabría destacar una ventaja por encima de todas las demás: el politeísmo es, por su propia naturaleza, una religión de tolerancia.

¿Cuál es la situación del argumento del designio? Tiene una presencia bastante importante. Pero es una presencia ambigua. En efecto, si, por una parte, es el único argumento al que nos vemos llevados por la observación del orden del mundo, por otra, dado que sólo cabría concederle auténtica fuerza probativa considerando a Dios como causa de ese orden, al no tener experiencia alguna de tal causalidad, el argumento queda desprovisto de fuerza probativa.



HISTORIA NATURAL DE LA RELIGIÓN  
THE NATURAL HISTORY OF RELIGION

David Hume

## INTRODUCTION

As every enquiry, which regards religion, is of the utmost importance, there are two questions in particular, which challenge our attention, to wit, that concerning its foundation in reason, and that concerning its origin in human nature. Happily, the first question, which is the most important, admits of the most obvious, at least, the clearest solution. The whole frame of nature bespeaks an intelligent author; and no rational enquirer can, after serious reflection, suspend his belief a moment with regard to the primary principles of genuine Theism and Religion. But the other question, concerning the origin of religion in human nature, is exposed to some more difficulty. The belief of invisible, intelligent power has been very generally diffused over the human race, in all places and in all ages; but it has neither perhaps been so universal as to admit of no exception, nor has it been, in any degree, uniform in the ideas, which it has suggested. Some nations have been discovered, who entertained no sentiments of Religion, if travellers and historians may be credited; and no two nations, and scarce any two men, have ever agreed precisely in the same sentiments. It would appear, therefore, that this preconception springs not from an original instinct or primary impression of nature, such as gives rise to self-love, affection between the sexes, love of progeny, gratitude, resentment; since every instinct of this kind has been found absolutely universal in all nations and ages, and has always a precise determinate object,

Dado que toda investigación concerniente a la religión es de la máxima importancia, existen dos temas en particular que reclaman nuestra atención, a saber, el que se refiere a su fundamento en la razón y el que tiene que ver con su origen en la naturaleza humana. Afortunadamente, el primer tema, que es el más importante, permite la solución más obvia o, al menos, la más clara. Todo el entramado de la naturaleza indica la existencia de un autor inteligente y ningún investigador sensato puede, después de una seria reflexión, suspender ni siquiera por un momento su creencia en los primeros principios del verdadero teísmo\* y de la religión. Pero el otro tema, que tiene que ver con el origen de la religión en la naturaleza humana, presenta una mayor dificultad. La creencia en un poder invisible inteligente ha estado generalmente muy difundida entre la especie humana en todo tiempo y lugar, pero acaso no ha sido tan universal como para no admitir excepción alguna, ni ha existido uniformidad en ningún grado respecto de las ideas que ha originado. Se han descubierto algunos pueblos que no tenían sentimientos religiosos, si damos crédito a viajeros e historiadores; y no existen dos pueblos, ni siquiera dos seres humanos, que hayan coincidido en los mismos sentimientos. Parecería, pues, que este concepto previo surge no de un instinto original o de una impresión primaria de la naturaleza, como la que origina el amor propio, la inclinación entre los sexos, el amor a la desdendencia, la gratitud o el resentimiento, pues cualquier instinto de esta clase se ha encontrado en todas las naciones y épocas de forma universal y tiene siempre un objeto preciso determinado

\* [Doctrina que admite la existencia de un Dios personal, causa del mundo.]

which it inflexibly pursues. The first religious principles must be secondary; such as may easily be perverted by various accidents and causes, and whose operation too, in some cases, may, by an extraordinary concurrence of circumstances, be altogether prevented. What those principles are, which give rise to the original belief, and what those accidents and causes are, which direct its operation, is the subject of our present enquiry.

## Sect. I

### THAT POLYTHEISM WAS THE PRIMARY RELIGION OF MEN

It appears to me, that, if we consider the improvement of human society, from rude beginnings to a state of greater perfection, polytheism or idolatry was, and necessarily must have been, the first and most ancient religion of mankind. This opinion I shall endeavour to confirm by the following arguments.

It is a matter of fact incontestable, that about 1,700 years ago all mankind were polytheists. The doubtful and sceptical principles of a few philosophers, or the theism, and that too not entirely pure, of one or two nations, form no objection worth regarding. Behold then the clear testimony of history. The farther we mount up into antiquity, the more do we find mankind plunged into polytheism. No marks, no symptoms of any more perfect religion. The most ancient records of human race still present us with that system as the popular and established creed. The north, the south, the east, the west, give their unanimous testimony to the same fact. What can be opposed to so full an evidence?

As far as writing or history reaches, mankind, in ancient times, appear universally to have been polytheists. Shall we assert, that, in more ancient times, before the knowledge of letters, or the discovery of any art or science, men entertained the principles of pure theism? That is, while they were ignorant and barbarous, they discovered truth: But fell into error, as soon as they acquired learning and politeness.

But in this assertion you not only contradict all appearance of probability, but also our present experience concerning the

que persigue inflexiblemente. Los primeros principios religiosos tienen que ser secundarios, de modo que pueden ser fácilmente tergiversados por accidentes y causas diversos y cuya operación, en algunos casos y debido a una concurrencia extraordinaria de circunstancias, puede ser totalmente impedida. Averiguar cuáles son esos principios, qué produce la creencia original y cuáles son esos accidentes y causas que dirigen su actuación es el tema de nuestra presente investigación.

## Sección 1

### QUE EL POLITEÍSMO FUE LA RELIGIÓN PRIMERA DE LOS SERES HUMANOS

Me parece que si consideramos el progreso de la sociedad humana desde sus toscos orígenes hasta un estado de mayor perfección, el politeísmo o la idolatría fue, y necesariamente tuvo que haber sido, la primera y más antigua religión de la humanidad. Trataré de confirmar esta opinión con los argumentos siguientes.

Es una cuestión de hecho incontestable que hace unos mil setecientos años la humanidad en su conjunto era politeísta. Los principios dudosos y escépticos de unos pocos filósofos, o el teísmo, y no del todo puro, de una o dos naciones no son una objeción que merezca considerarse. Éste es, por tanto, el testimonio claro de la historia. Cuanto más atrás nos remontamos en la antigüedad, más nos encontramos a la humanidad inmersa en el politeísmo. No existen señales ni indicios de ninguna otra religión más perfecta. Los documentos más antiguos del género humano nos muestran dicho sistema como el credo popular y establecido. El Norte, el Sur, el Este y el Oeste nos dan su testimonio unánime del mismo hecho. ¿Qué puede objetarse a tan plena evidencia?

Hasta donde los documentos escritos o la historia alcanzan, parece que la humanidad ha sido universalmente politeísta en tiempos remotos. ¿Afirmaremos que en épocas aún más remotas, antes del conocimiento de la escritura o del descubrimiento de cualquier arte o ciencia, los hombres mantuvieron los principios del teísmo puro, es decir, que mientras fueron ignorantes y bárbaros descubrieron la verdad, pero que cayeron en el error tan pronto como adquirieron cultura y civilización?

Pero este aserto no sólo va en contra de toda apariencia de probabilidad, sino incluso en contra de nuestra experiencia presente res-

principles and opinions of barbarous nations. The savage tribes of America, Africa, and Asia are all idolaters. Not a single exception to this rule. Insomuch, that, were a traveller to transport himself into any unknown region; if he found inhabitants cultivated with arts and science, though even upon that supposition there are odds against their being theists, yet could he not safely, till farther inquiry, pronounce any thing on that head: But if he found them ignorant and barbarous, he might beforehand declare them idolaters; and there scarcely is a possibility of his being mistaken.

It seems certain, that, according to the natural progress of human thought, the ignorant multitude must first entertain some groveling and familiar notion of superior powers, before they stretch their conception to that perfect Being, who bestowed order on the whole frame of nature. We may as reasonably imagine, that men inhabited palaces before huts and cottages, or studied geometry before agriculture; as assert that the Deity appeared to them a pure spirit, omniscient, omnipotent, and omnipresent, before he was apprehended to be a powerful, though limited being, with human passions and appetites, limbs and organs. The mind rises gradually, from inferior to superior: By abstracting from what is imperfect, it forms an idea of perfection: And slowly distinguishing the nobler parts of its own frame from the grosser, it learns to transfer only the former, much elevated and refined, to its divinity. Nothing could disturb this natural progress of thought, but some obvious and invincible argument, which might immediately lead the mind into the pure principles of theism, and make it overleap, at one bound, the vast interval which is interposed between the human and the divine nature. But though I allow, that the order and frame of the universe, when accurately examined, affords such an argument; yet I can never think, that this consideration could have an influence on mankind, when they formed their first rude notions of religion.

The causes of such objects, as are quite familiar to us, never strike our attention or curiosity; and however extraordinary or surprising these objects in themselves, they are passed over, by the raw and ignorant multitude, without much examination or enquiry. Adam, rising at once, in paradise, and in the full perfection of his faculties, would naturally, as represented by Milton, be astonished at the glorious appearances of nature, the heavens, the air, the earth, his own organs and members; and would be led to ask, whence this wonderful scene arose. But a barbarous, necessitous

pecto de los principios y opiniones de las naciones bárbaras. Las tribus salvajes de América, África y Asia son todas idólatras. No existe una sola excepción a esta regla. Hasta tal punto que si un viajero se desplazase a una región desconocida y si encontrase allí habitantes cultos poseedores de arte y ciencia, aunque cabe la probabilidad de que no sean teístas, no podría pronunciarse con seguridad en ese asunto hasta no haberlo investigado; pero si se encontrase con que son ignorantes y bárbaros, podría de antemano declararles idólatras sin apenas posibilidad de equivocarse.

Parece cierto que, de acuerdo con el progreso natural del pensamiento humano, la muchedumbre ignorante debe primero sostener una noción pobre y familiar de los poderes superiores, antes de llegar a la concepción de ese Ser perfecto que puso orden en la estructura global de la naturaleza. Sería tan razonable imaginar que los hombres habitaron en palacios antes que en cabañas o chozas, o que estudiaron geometría antes que agricultura, como afirmar que concibieron la Deidad como un espíritu puro, omnisciente, omnipotente y omnipresente antes de representársela como un ser poderoso aunque limitado, con pasiones y apetitos humanos, dotado de miembros y órganos. La mente se eleva gradualmente de lo inferior a lo superior; partiendo de lo imperfecto forma, por abstracción, la idea de perfección. Distingue, poco a poco, las partes nobles de su propia estructura de aquellas que son más groseras y aprende a atribuir sólo las primeras, más elevadas y refinadas, a la divinidad. Nada puede alterar este progreso natural del pensamiento, excepto algún argumento obvio e invencible que podría llevar de un modo inmediato a la mente a los principios puros del teísmo y permitirle salvar de un salto el profundo abismo que se interpone entre la naturaleza divina y la humana. Pero, aunque admito que el orden y la estructura del universo cuando se examinan con precisión dan pie a un argumento de tal clase, con todo no creo en absoluto que esta consideración pudiera tener una influencia en la humanidad cuando se formó las primeras toscas nociones de la religión.

Las causas de tales objetos, como nos son bastante familiares, nunca atraen nuestra atención o curiosidad; y por muy extraordinarios o sorprendentes que esos objetos sean en sí mismos, pasan desapercibidos para la muchedumbre tosca e ignorante, sin mucho examen ni investigación. Adán, al ser puesto en el paraíso, dotado de facultades absolutamente perfectas, se asombraría, desde luego, de la manifestación gloriosa de la naturaleza, los cielos, el aire, la tierra, sus propios órganos y miembros, tal como nos lo representa Milton, y se vería llevado a preguntarse por el origen de tan maravilloso espectáculo. Pero

animal (such as a man is on the first origin of society), pressed by such numerous wants and passions, has no leisure to admire the regular face of nature, or make enquiries concerning the cause of those objects, to which from his infancy he has been gradually accustomed. On the contrary, the more regular and uniform, that is, the more perfect nature appears, the more is he familiarized to it, and the less inclined to scrutinize and examine it. A monstrous birth excites his curiosity, and is deemed a prodigy. It alarms him from its novelty; and immediately sets him a trembling, and sacrificing, and praying. But an animal, compleat in all its limbs and organs, is to him an ordinary spectacle, and produces no religious opinion or affection. Ask him, whence that animal arose; he will tell you, from the copulation of its parents. And these, whence? From the copulation of theirs. A few removes satisfy his curiosity, and set the objects at such a distance, that he entirely loses sight of them. Imagine not, that he will so much as start the question, whence the first animal; much less, whence the whole system or united fabric of the universe arose. Or, if you start such a question to him, expect not, that he will employ his mind with any anxiety about a subject, so remote, so uninteresting, and which so much exceeds the bounds of his capacity.

But farther, if men were at first led into the belief of one Supreme Being, by reasoning from the frame of nature, they could never possibly leave that belief, in order to embrace polytheism; but the same principles of reason, which at first produced and diffused over mankind, so magnificent an opinion, must be able, with greater facility, to preserve it. The first invention and proof of any doctrine is much more difficult than the supporting and retaining of it.

There is a great difference between historical facts and speculative opinions; nor is the knowledge of the one propagated in the same manner with that of the other. An historical fact, while it passes by oral tradition from eyewitnesses and contemporaries, is disguised in every successive narration, and may at last retain but very small, if any, resemblance of the original truth, on which it was founded. The frail memories of men, their love of exaggeration, their supine carelessness; these principles, if not corrected by books and writing, soon pervert the account of historical events; where argument or reasoning has little or no place, nor can ever recal the truth, which has once escaped those narrations. It is thus

un animal bárbaro e indigente (como lo es el hombre en el comienzo mismo de la sociedad), apremiado por numerosos deseos y pasiones, no dispone de tiempo suficiente para admirar la regularidad de la naturaleza ni para hacer investigaciones sobre la causa de esos objetos a los que desde su infancia se ha ido acostumbrando gradualmente. Por el contrario, cuanto más regular y uniforme, es decir, cuanto más perfecta se muestra la naturaleza, más familiarizado se encuentra con ella y menos inclinado a escrutarla y examinarla. Un nacimiento monstruoso provoca su curiosidad y lo considera un prodigio. Le produce alarma por su novedad, e inmediatamente se pone a temblar, a hacer sacrificios y a rezar. Pero un animal que posea todos sus miembros y órganos le resulta un espectáculo ordinario y no produce en él una opinión o sentimiento religioso. Pregúntele cuál es el origen de ese animal y le contestará que nace de la cópula de sus padres. Y ¿cuál es el origen de éstos? La cópula de los suyos. En cuanto nos alejamos un poco, queda satisfecha su curiosidad y los objetos quedan a tal distancia que los pierde totalmente de vista. No cabe imaginar siquiera que se preguntará por el origen del primer animal, ni mucho menos de dónde ha surgido la totalidad del sistema o fábrica del universo. O, en caso de que se le sugiera tal pregunta, no esperen que se ocupe con ansiedad de un asunto tan lejano, tan poco interesante y que excede con mucho los límites de su capacidad.

Pero, aún más: si al principio los hombres fueron llevados a la creencia en un Ser Supremo por sus razonamientos basados en la estructura de la naturaleza, posiblemente nunca hubieran abandonado tal creencia para abrazar el politeísmo; pues los mismos principios de la razón que en un principio produjeron y difundieron entre la humanidad tan estupenda opinión deberían ser capaces, con mayor facilidad, de conservarla. Es más difícil descubrir y probar cualquier doctrina que confirmarla y mantenerla.

Existe una gran diferencia entre los hechos históricos y las opiniones especulativas; y no se propaga de la misma manera el conocimiento de los unos como el de las otras. Un hecho histórico, al transmitirse por tradición oral desde los testigos presenciales y contemporáneos, se va alterando en cada una de las narraciones sucesivas y puede que al final quede muy poco, si es que queda algo, de la verdad original en la que se basaba. La frágil memoria de los hombres, su amor por la exageración, su descuido indolente: si estos principios no se corrigen con ayuda de libros y documentos escritos pronto distorsionan el relato de los acontecimientos históricos, donde la argumentación y el razonamiento juegan escaso o nulo papel, y no es posible recuperar la verdad una vez que huyó de

the fables of Hercules, Theseus, Bacchus are supposed to have been originally founded in true history, corrupted by tradition. But with regard to speculative opinions, the case is far otherwise. If these opinions be founded on arguments so clear and obvious as to carry conviction with the generality of mankind, the same arguments, which at first diffused the opinions, will still preserve them in their original purity. If the arguments be more abstruse, and more remote from vulgar apprehension, the opinions will always be confined to a few persons; and as soon as men leave the contemplation of the arguments, the opinions will immediately be lost and be buried in oblivion. Whichever side of this dilemma we take, it must appear impossible, that theism could, from reasoning, have been the primary religion of human race, and have afterwards, by its corruption, given birth to polytheism and to all the various superstitions of the heathen world. Reason, when obvious, prevents these corruptions: When abstruse, it keeps the principles entirely from the knowledge of the vulgar, who are alone liable to corrupt any principle or opinion.

## Sect. II

### ORIGIN OF POLYTHEISM

If we would, therefore, indulge our curiosity, in enquiring concerning the origin of religion, we must turn our thoughts towards polytheism, the primitive religion of uninstructed mankind.

Were men led into the apprehension of invisible, intelligent power by a contemplation of the works of nature, they could never possibly entertain any conception but of one single being, who bestowed existence and order on this vast machine, and adjusted all its parts, according to one regular plan or connected system. For though, to persons of a certain turn of mind, it may not appear altogether absurd, that several independent beings, endowed with superior wisdom, might conspire in the contrivance and execution of one regular plan; yet is this a merely arbitrary supposition, which, even if allowed possible, must be confessed neither to be supported by probability nor necessity. All things in the universe are evidently

esas narraciones. Las fábulas de Hércules, de Teseo, de Baco, se supone que tuvieron su origen en una historia verdadera distorsionada por la tradición. Pero en lo referente a las opiniones especulativas, la situación es muy diferente. Si esas opiniones se fundan en argumentos tan claros y obvios como para convencer a la generalidad de los hombres, los mismos argumentos que al principio permitieron la difusión de las teorías las conservarán en su pureza original. Si los argumentos son más abstrusos y están muy lejos de ser captados por el vulgo, las opiniones quedarán siempre limitadas a pocas personas. Y, tan pronto como los hombres abandonen la consideración de los argumentos, se perderán inmediatamente las opiniones y quedarán condenadas al olvido. Cualquiera de las dos alternativas del dilema que elijamos nos lleva necesariamente a considerar imposible que el teísmo pudiera, partiendo de razonamientos, haber sido la religión primera del género humano y que hubiera dado lugar, posteriormente, al corromperse, al surgimiento del politeísmo y a toda esa variedad de supersticiones del mundo pagano. La razón, cuando es obvia, impide esas corrupciones; cuando es abstrusa, mantiene esos principios completamente fuera del alcance del vulgo, que es el único inclinado a corromper cualquier principio u opinión.

## Sección II

### ORIGEN DEL POLITEÍSMO

Si, por tanto, queremos satisfacer nuestra curiosidad investigando el origen de la religión, tenemos que dirigir nuestros pensamientos hacia el politeísmo, la primitiva religión de la humanidad inculta.

Si los seres humanos fueran llevados a la captación de un poder invisible e inteligente por la contemplación de las obras de la naturaleza, posiblemente nunca hubieran podido sostener otra idea como no fuese la de un ser único que dotó de existencia y orden a esta gran máquina y ajustó todas sus partes de acuerdo con un plan regular o sistema conexionado. Porque aunque a personas que piensan de una cierta forma pueda no parecerles por completo absurdo que varios seres independientes, dotados de una sabiduría superior, pudieran confabularse para inventar y ejecutar un plan regular, no deja de ser una suposición meramente arbitraria, que incluso pudiendo admitirse como posible, debemos confesar que no tiene ningún fundamento, ni probable, ni necesario. Todas las cosas del universo tienen consis-

of a piece. Every thing is adjusted to every thing. One design prevails throughout the whole. And this uniformity leads the mind to acknowledge one author; because the conception of different authors, without any distinction of attributes or operations, serves only to give perplexity to the imagination, without bestowing any satisfaction on the understanding. The statue of Laocoon, as we learn from Pliny, was the work of three artists: But it is certain, that, were we not told so, we should never have imagined, that a groupe of figures, cut from one stone, and united in one plan, was not the work and contrivance of one statuary. To ascribe any single effect to the combination of several causes, is not surely a natural and obvious supposition.

On the other hand, if, leaving the works of nature, we trace the footsteps of invisible power in the various and contrary events of human life, we are necessarily led into polytheism and to the acknowledgment of several limited and imperfect deities. Storms and tempests ruin what is nourished by the sun. The sun destroys what is fostered by the moisture of dews and rains. War may be favourable to a nation, whom the inclemency of the seasons afflicts with famine. Sickness and pestilence may depopulate a kingdom, amidst the most profuse plenty. The same nation is not, at the same time, equally successful by sea and by land. And a nation, which now triumphs over its enemies, may anon submit to their more prosperous arms. In short, the conduct of events, or what we call the plan of a particular providence, is so full of variety and uncertainty, that, if we suppose it immediately ordered by any intelligent beings, we must acknowledge a contrariety in their designs and intentions, a constant combat of opposite powers, and a repentance or change of intention in the same power, from impotence or levity. Each nation has its tutelar deity: Each element is subjected to its invisible power or agent. The province of each god is separate from that of another. Nor are the operations of the same god always certain and invariable. Today he protects: Tomorrow he abandons us. Prayers and sacrifices, rites and ceremonies, well or ill performed, are the sources of his favour or enmity, and produce all the good or ill fortune, which are to be found amongst mankind.

We may conclude, therefore, that, in all nations, which have embraced polytheism, the first ideas of religion arose not from a contemplation of the works of nature, but from a concern with

tencia. Todo está en consonancia con todo. Un solo designio prevalece sobre todo. Y esta uniformidad lleva a la mente al reconocimiento de un único autor, porque la idea de autores diferentes, sin distinción de atributos u operaciones, sólo sirve para producir perplejidad en la imaginación, sin ofrecer satisfacción alguna al entendimiento. La estatua de Laoconte, como nos enseña Plinio, fue obra de tres artistas. Pero es cierto que si eso no se nos hubiera dicho, nunca hubiéramos imaginado que un grupo de figuras cinceladas a partir de una sola piedra y unidas formando un único conjunto no fuera obra e invención de un solo escultor. Atribuir un efecto único a la combinación de causas diversas no es, con seguridad, una suposición natural ni obvia.

Por otra parte, si dejando de lado las obras de la naturaleza, seguimos las huellas de ese poder invisible en los variados y opuestos acontecimientos de la vida humana, nos vemos necesariamente llevados al politeísmo y al reconocimiento de diversas deidades limitadas e imperfectas. Las tormentas y las tempestades devastan lo que el sol alimenta. El sol destruye lo que se ha beneficiado de la humedad del rocío y de la lluvia. La guerra puede ser favorable a una nación que, a causa de las inclemencias del tiempo, se ve afligida por el hambre. La enfermedad y la peste pueden despoblar un reino en medio de la más profusa abundancia. Una misma nación no tiene éxito a la vez por mar y por tierra. Y una nación que en un momento dado triunfa sobre sus enemigos puede, poco después, someterse a las armas triunfadoras de éstos. En resumen, la dirección de los acontecimientos, o lo que denominamos el plan de una providencia particular, está tan lleno de diversidad e inseguridad que, si suponemos que ha sido ordenado inmediatamente por seres inteligentes, deberemos reconocer una inconsistencia en sus designios e intenciones, un combate permanente entre poderes opuestos y un arrepentimiento o cambio de intenciones en un mismo poder, fruto de la impotencia o la volubilidad. Cada nación tiene su deidad tutelar. Cada elemento está sometido a su correspondiente poder o agente invisible. El dominio de cada divinidad está deslindado del de otra y no son seguras e invariables las actuaciones de un mismo dios: hoy nos protege, mañana nos abandona. Las súplicas y los sacrificios, los ritos y las ceremonias, según se realicen bien o mal, son el origen de su favor o enemistad y producen toda la buena o la mala fortuna que encontramos en la humanidad.

Podemos, pues, concluir que, en todas las naciones que han abrazado el politeísmo, las primeras ideas religiosas surgieron no de la contemplación de las obras de la naturaleza, sino de un interés por

regard to the events of life, and from the incessant hopes and fears, which actuate the human mind. Accordingly, we find, that all idolaters, having separated the provinces of their deities, have recourse to that invisible agent, to whose authority they are immediately subjected, and whose province it is to superintend that course of actions, in which they are, at any time, engaged. Juno is invoked at marriages; Lucina at births, Neptune receives the prayers of seamen; and Mars of warriors. The husbandman cultivates his field under the protection of Ceres; and the merchant acknowledges the authority of Mercury. Each natural event is supposed to be governed by some intelligent agent; and nothing prosperous or adverse can happen in life, which may not be the subject of peculiar prayers or thanksgivings<sup>1</sup>.

It must necessarily, indeed, be allowed, that, in order to carry men's intention beyond the present course of things, or lead them into any inference concerning invisible intelligent power, they must be actuated by some passion, which prompts their thought and reflection; some motive, which urges their first enquiry. But what passion shall we here have recourse to, for explaining an effect of such mighty consequence? Not speculative curiosity surely, or the pure love of truth. That motive is too refined for such gross apprehensions; and would lead men into enquiries concerning the frame of nature, a subject too large and comprehensive for their narrow capacities. No passions, therefore, can be supposed to work upon such barbarians, but the ordinary affections of human life; the anxious concern for happiness, the dread of future misery, the terror of death, the thirst of revenge, the appetite for food and other necessaries. Agitated by hopes and fears of this nature, especially the latter, men scrutinize, with a trembling curiosity, the course of future causes, and examine the various and contrary events of human life. And in this disordered scene, with eyes still more disordered and astonished, they see the first obscure traces of divinity.

1. «Fragilis & laboriosa mortalitas in partes ista digessit, infirmitatis suae memor, ut portionibus coleret quisque, quo maxime indigeret» (Plin. lib. ii, cap. 5). So early as Hesiod's time there were 30,000 deities (*Oper. & Dier.* lib. i, ver. 250). But the task to be performed by these seems still too great for their number. The provinces of the deities were so subdivided, that there was even a God of *Sneezing*. See Arist. *Probl.* Sect. 33. cap. 7. The province of copulation, suitably to the importance and dignity of it, was divided among several deities.

los acontecimientos de la vida y de las incesantes esperanzas y miedos que actúan sobre la mente humana. De acuerdo con lo anterior, encontramos que todos los idólatras, después de haber delimitado los dominios de sus deidades, han recurrido a ese agente invisible a cuya autoridad se hallan inmediatamente sometidos y de cuyo dominio depende la dirección de las acciones en las que están ocupados en cada momento. Se invoca a Juno en los matrimonios, a Lucina en los nacimientos; Neptuno recibe las súplicas de los marineros, y Marte, las de los guerreros. El labrador cultiva su campo bajo la protección de Ceres y el comerciante reconoce la autoridad de Mercurio. Cada acontecimiento natural se supone gobernado por un agente inteligente. Y no puede acontecer nada favorable o adverso en la vida que no pueda ser objeto de súplicas o acciones de gracias determinadas<sup>1</sup>.

Debe, ciertamente, admitirse que, con el fin de llevar la mira de los hombres más allá del presente curso de los acontecimientos e inducirles a inferir ese poder invisible e inteligente, deben ser afectados por alguna pasión que mueva su pensamiento y reflexión, por algún motivo que les impulse a ponerse a indagar. Pero ¿a qué pasión tendríamos que recurrir en este caso para explicar un efecto de tan poderosos resultados? Seguro que no a la curiosidad intelectual o al amor desinteresado por la verdad. Ese motivo es demasiado refinado para su tosca comprensión y conduciría a los hombres a investigar la estructura de la naturaleza, un tema demasiado extenso y amplio para sus estrechas capacidades. Por tanto no puede suponerse que sobre tales bárbaros actúen otras pasiones como no sean las afecciones corrientes en la vida humana: la ansiosa preocupación por la felicidad, el temor a la desdicha futura, el terror a la muerte, la sed de venganza, el apetito por la comida y otras cosas necesarias. Agitados por esperanzas y temores de esta naturaleza, especialmente por los últimos, los hombres escrutan, con una curiosidad temblorosa, el curso de las futuras causas y examinan los sucesos diversos y contrapuestos de la vida humana. Y en este escenario confuso ven, con ojos aún más confusos y atónitos, las primeras y oscuras huellas de la divinidad.

1. «La frágil y fatigada humanidad mortal, habida cuenta de su propia debilidad, dividió esas divinidades en grupos a fin de que cada uno rindiese culto a la divinidad que más necesitase en los diversos ámbitos» (Plinio, *Historia natural*, II, 5, 15). Ya en época tan antigua como la de Hesíodo existían 30.000 deidades (*Los trabajos y los días*, I, v. 250). Pero las tareas que tenían que realizar parecen demasiadas para dicho número. Los dominios de las deidades estaban tan subdivididos que incluso existía un Dios del estornudo. Véase Aristóteles, *Problemas*, lib. 33, cap. 7. El dominio de la copulación, en conformidad con la importancia y dignidad del mismo, estaba dividido entre varias deidades.

## Sect. III

## THE SAME SUBJECT CONTINUED

We are placed in this world, as in a great theatre, where the true springs and causes of every event are entirely concealed from us; nor have we either sufficient wisdom to foresee, or power to prevent those ills, with which we are continually threatened. We hang in perpetual suspense between life and death, health and sickness, plenty and want; which are distributed amongst the human species by secret and unknown causes, whose operation is oft unexpected, and always unaccountable. These *unknown causes*, then, become the constant object of our hope and fear; and while the passions are kept in perpetual alarm by an anxious expectation of the events, the imagination is equally employed in forming ideas of those powers, on which we have so entire a dependance. Could men anatomize nature, according to the most probable, at least the most intelligible philosophy, they would find, that these causes are nothing but the particular fabric and structure of the minute parts of their own bodies and of external objects; and that, by a regular and constant machinery, all the events are produced, about which they are so much concerned. But this philosophy exceeds the comprehension of the ignorant multitude, who can only conceive the *unknown causes* in a general and confused manner; though their imagination, perpetually employed on the same subject, must labour to form some particular and distinct idea of them. The more they consider these causes themselves, and the uncertainty of their operation, the less satisfaction do they meet with in their researches; and, however unwilling, they must at last have abandoned so arduous an attempt, were it not for a propensity in human nature, which leads into a system, that gives them some satisfaction.

There is an universal tendency among mankind to conceive all beings like themselves, and to transfer to every object, those qualities, with which they are familiarly acquainted, and of which they are intimately conscious. We find human faces in the moon, armies in the clouds; and by a natural propensity, if not corrected by experience and reflection, ascribe malice or goodwill to every thing, that hurts or pleases us. Hence the frequency and beauty of the *prosopopoeia* in poetry; where trees, mountains and streams are personified,

## Sección III

## CONTINUACIÓN DEL MISMO TEMA

Estamos en este mundo como en un gran teatro donde se nos ocultan por completo los verdaderos principios y causas de cualquier acontecimiento y tampoco tenemos sabiduría suficiente para prever, o capacidad para evitar, esos males que continuamente nos amenazan. Estamos permanentemente suspendidos entre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la abundancia y la carencia, que se distribuyen entre la especie humana debido a causas secretas y desconocidas, cuya operación es a menudo inesperada y siempre inexplicable. Estas *causas desconocidas* se convierten, pues, en objeto permanente de nuestra esperanza y temor; y mientras las pasiones se mantienen en perpetua alarma por la expectativa angustiada de los acontecimientos, la imaginación se dedica a su vez a formarse ideas de estos poderes de los que por completo dependemos. Si los hombres pudiesen anatomizar la naturaleza conforme a la filosofía, si no la más probable, al menos la más inteligible, encontrarían que esas causas no son sino la hechura particular y la estructura de las diminutas partes de sus propios cuerpos y de los objetos externos y que todos los acontecimientos por los que están tan interesados se producen por un mecanismo regular y constante. Pero esta filosofía sobrepasa la comprensión de la muchedumbre ignorante, que sólo puede concebir las *causas desconocidas* de una manera general y confusa, aunque su imaginación, dedicada permanentemente a este asunto, tiene que esforzarse para concebir una idea determinada y distinta de ellas. Cuanto más consideran esas causas en sí mismas y la incertidumbre sobre su forma de actuar, menor es la satisfacción que encuentran en sus investigaciones, y, aun sin querer, tendrían que haber finalmente abandonado tan arduo intento si no fuera por la propensión existente en la naturaleza humana a llegar a un sistema, que es lo que les produce alguna satisfacción.

Existe en los humanos una tendencia universal a concebir todos los seres igual que ellos y a transferir a cualquier objeto aquellas cualidades con las que están familiarizados y de las que son íntimamente conscientes. Encontramos caras humanas en la Luna, ejércitos en las nubes; y, debido a una propensión natural, atribuimos malicia o buena voluntad a cualquier cosa que nos haga daño o nos agrade, a no ser que dicha propensión sea corregida por la experiencia y la reflexión. De ahí la frecuencia y la belleza de la *prosopopoeia* en la poesía, donde los árboles, montañas y arroyos son personificados y

and the inanimate parts of nature acquire sentiment and passion. And though these poetical figures and expressions gain not on the belief, they may serve, at least, to prove a certain tendency in the imagination, without which they could neither be beautiful nor natural. Nor is a river-god or hamadryad always taken for a mere poetical or imaginary personage; but may sometimes enter into the real creed of the ignorant vulgar; while each grove or field is represented as possessed of a particular *genius* or invisible power, which inhabits and protects it. Nay, philosophers cannot entirely exempt themselves from this natural frailty; but have oft ascribed to inanimate matter the horror of a *vacuum*, sympathies, antipathies, and other affections of human nature. The absurdity is not less, while we cast our eyes upwards; and transferring, as is too usual, human passions and infirmities to the deity, represent him as jealous and revengeful, capricious and partial, and, in short, a wicked and foolish man, in every respect but his superior power and authority. No wonder, then, that mankind, being placed in such an absolute ignorance of causes, and being at the same time so anxious concerning their future fortune, should immediately acknowledge a dependence on invisible powers, possessed of sentiment and intelligence. The *unknown causes*, which continually employ their thought, appearing always in the same aspect, are all apprehended to be of the same kind or species. Nor is it long before we ascribe to them thought and reason and passion, and sometimes even the limbs and figures of men, in order to bring them nearer to a resemblance with ourselves.

In proportion as any man's course of life is governed by accident, we always find, that he encreases in superstition; as may particularly be observed of gamesters and sailors, who, though, of all mankind, the least capable of serious reflection, abound most in frivolous and superstitious apprehensions. The gods, says Coriolanus in Dionysius<sup>2</sup>, have an influence in every affair; but above all, in war; where the event is so uncertain. All human life, especially before the institution of order and good government, being subject to fortuitous accidents; it is natural, that superstition should prevail every where in barbarous ages, and put men on the most earnest enquiry concerning those invisible powers, who dispose of their happiness or misery. Ignorant of astronomy and the anatomy of

2. Lib. viii. 3.

donde las partes inanimadas de la naturaleza adquieren sentimientos y pasiones. Y aunque estas figuras y expresiones poéticas no lleguen a producir una creencia, pueden servir, al menos, para probar la existencia de una cierta tendencia en la imaginación sin la cual no podrían ser ni bellas ni naturales. No siempre se considera a un dios-río o a una ninfa de los bosques como un personaje meramente poético o imaginario, sino que a veces forma parte del credo real del vulgo ignorante, mientras que cada bosquecillo o campo se representa como poseído por un *genio* particular o poder invisible, que habita en él y lo protege. Ni siquiera los filósofos pueden estar totalmente libres de esta debilidad natural, sino que a menudo han atribuido a la materia inanimada el horror al vacío, simpatías, antipatías y otros sentimientos propios de la naturaleza humana. No es menor el absurdo cuando dirigimos nuestros ojos a las alturas y, como ocurre con demasiada frecuencia, atribuimos pasiones y flaquezas humanas a la deidad, representándola como celosa y vengativa, caprichosa y parcial, y, en resumen, como un ser humano malvado y necio en todos los aspectos, pero con un poder y una autoridad superiores. No es extraño, pues, que la humanidad, que se encuentra en tan absoluta ignorancia de las causas y a la vez tan inquieta por lo que a su suerte futura se refiere, reconozca de inmediato una dependencia de esos poderes invisibles, dotados de sentimientos e inteligencia. Las *causas desconocidas*, que de forma continua ocupan su pensamiento, al mostrarse siempre de la misma manera, se captan como si fueran todas de la misma clase o especie. Y en seguida les atribuimos pensamiento, razón y pasiones, y a veces incluso los miembros y el aspecto físico de seres humanos, con el fin de hacerlas más semejantes a nosotros mismos.

Siempre encontramos que la superstición es tanto mayor en un individuo cuanto más rige el azar el curso de su vida, como puede observarse, en concreto, entre los jugadores y los marineros, quienes, a pesar de ser los menos capaces de reflexión seria en el conjunto de la humanidad, abundan al máximo en ideas frívolas y supersticiosas. Los dioses—dice Coriolano en Dionisio<sup>2</sup>— influyen en todos los asuntos, pero sobre todo en la guerra, donde el resultado es tan imprevisible. Toda la vida humana, especialmente antes de que se establezcan el orden y el buen gobierno, está sujeta a accidentes fortuitos; es natural que la superstición prevalezca por doquier en las épocas bárbaras y lleve a los hombres a investigar fervorosamente esos poderes invisibles que disponen de su felicidad o su desgracia. Ignorantes de la astrono-

2. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, VIII, 2, 2.

plants and animals, and too little curious to observe the admirable adjustment of final causes; they remain still unacquainted with a first and supreme creator, and with that infinitely perfect spirit, who alone, by his almighty will, bestowed order on the whole frame of nature. Such a magnificent idea is too big for their narrow conceptions, which can neither observe the beauty of the work, nor comprehend the grandeur of its author. They suppose their deities, however potent and invisible, to be nothing but a species of human creatures, perhaps raised from among mankind, and retaining all human passions and appetites, together with corporeal limbs and organs. Such limited beings, though masters of human fate, being, each of them, incapable of extending his influence every where, must be vastly multiplied, in order to answer that variety of events, which happen over the whole face of nature. Thus every place is stored with a crowd of local deities; and thus polytheism has prevailed, and still prevails, among the greatest part of uninstructed mankind<sup>3</sup>.

Any of the human affections may lead us into the notion of invisible, intelligent power; hope as well as fear, gratitude as well as affliction: But if we examine our own hearts, or observe what passes around us, we shall find, that men are much oftener thrown on their knees by the melancholy than by the agreeable passions. Prosperity is easily received as our due, and few questions are asked concerning its cause or author. It begets cheerfulness and activity and alacrity and a lively enjoyment of every social and sensual pleasure: And during this state of mind, men have little leisure or inclination to think of the unknown invisible regions. On the other hand, every

3. The following lines of Euripides are so much to the present purpose, that I cannot forbear quoting them:

Οὐκ ἔστιν οὐδὲν πιστὸν, οὔτ' εὐδοξία,  
 Οὔτ' αὖ καλῶς πράσσοντα μὴ πράξειν κακῶς.  
 Φύρουσι δ' αὔθ' οἱ θεοὶ πάλιν τε καὶ πρόσω,  
 Ταραγμὸν ἐντιθέντες, ὡς ἀγνωσίᾳ  
 Σέβωμεν αὐτούς.

(*Hecuba*, 956). «There is nothing secure in the world; no glory, no prosperity. The gods toss all life into confusion; mix every thing with its reverse; that all of us, from our ignorance and uncertainty, may pay them the more worship and reverence».

mía y de la anatomía de plantas y animales y con poca curiosidad por observar la adaptación admirable de las causas finales, permanecen todavía en la ignorancia de un creador primero y supremo, de un espíritu infinitamente perfecto que, él solo, por medio de su voluntad todopoderosa, puso orden en todo el entramado de la naturaleza. Tan magnífica idea es demasiado grande para su limitado entendimiento, que ni puede observar la belleza de la obra, ni comprender la grandiosidad de su autor. Suponen que sus deidades, aunque poderosas e invisibles, no son más que una especie de criaturas humanas, quizás surgidas de entre los hombres y que conservan todas las pasiones y apetitos humanos, juntamente con los miembros y órganos corporales. Tales seres limitados, aunque dueños del destino humano, son, por separado, incapaces de extender su influencia por todas partes y tienen que multiplicarse enormemente con el fin de atender a la variedad de acontecimientos que ocurren en la naturaleza en toda su extensión. Por eso todo lugar se halla provisto de una multitud de deidades locales y por eso el politeísmo ha prevalecido y prevalece aún entre la mayor parte de la humanidad inculta<sup>3</sup>.

Cualquiera de los sentimientos humanos puede conducirnos a la noción de un poder invisible e inteligente, tanto la esperanza como el temor, la gratitud lo mismo que la aflicción. Pero, si examinamos nuestros corazones u observamos lo que pasa a nuestro alrededor, encontraremos que los hombres se ponen de rodillas con mucha mayor frecuencia llevados más por la melancolía que por pasiones agradables. La prosperidad se acepta fácilmente como algo que se nos debe y nos hacemos pocas preguntas por lo que a su causa o autor se refiere. Engendra alegría, actividad y presteza y un animado disfrute de todos los placeres sociales y sensuales. Y mientras dura ese estado mental, los hombres apenas tienen tiempo o inclinación a pensar en los desconocidos ámbitos invisibles. Por el contrario, todo

3. Las siguientes líneas de Eurípides vienen de tal manera al caso que no puedo por menos que citarlas:

Οὐκ ἔστιν οὐδὲν πιστόν, οὔτ' εὐδοξία,  
 Οὔτ' αὖ καλῶς πράσσουντα μὴ πράξειν κακῶς.  
 φύρουσι δ' αὖθ' δι θεοί πάλιν τε καὶ πρόσω,  
 Παραγμὸν ἐντιθέντες, ὡς ἀγνωσίᾳ  
 Σέβωμεν αὐτούς.

«No existe nada seguro en el mundo, ni gloria ni prosperidad. Los dioses arrojan toda forma de vida a un estado de confusión; mezclan todo con su contrario y de manera que todos nosotros desde nuestra ignorancia y desconocimiento les profesamos una mayor adoración y reverencia» (*Hécuba*, 956).

disastrous accident alarms us, and sets us on enquiries concerning the principles whence it arose: Apprehensions spring up with regard to futurity: And the mind, sunk into diffidence, terror, and melancholy, has recourse to every method of appeasing those secret intelligent powers, on whom our fortune is supposed entirely to depend.

No topic is more usual with all popular divines than to display the advantages of affliction, in bringing men to a due sense of religion; by subduing their confidence and sensuality, which, in times of prosperity, make them forgetful of a divine providence. Nor is this topic confined merely to modern religions. The ancients have also employed it. *Fortune has never liberally, without envy, says a Greek historian<sup>4</sup>, bestowed an unmixed happiness on mankind; but with all her gifts has ever conjoined some disastrous circumstance, in order to chastize men into a reverence for the gods, whom, in a continued course of prosperity, they are apt to neglect and forget.*

What age or period of life is the most addicted to superstition? The weakest and most timid. What sex? The same answer must be given. *The leaders and examples of every kind of superstition, says Strabo<sup>5</sup>, are the women. These excite the men to devotion and the observance of religious days. It is rare to meet one that lives apart from the females, and yet is addicted to such practices. And nothing can, for this reason, be more improbable, than the account given of an order of men among the Getes, who practised celibacy, and were notwithstanding the most religious fanatics.* A method of reasoning, which would lead us to entertain a bad idea of the devotion of monks; did we not know by an experience, not so common, perhaps, in Strabo's days, that one may practise celibacy, and profess chastity; and yet maintain the closest connexions and most entire sympathy with that timorous and pious sex.

4. Diod. Sic. lib. III, 47.

5. Lib. vi. 297.

suceso catastrófico nos alarma y nos lleva a investigar los principios que lo han originado; surgen aprensiones con respecto al futuro. Y la mente, hundida en la desconfianza, el terror y la melancolía, recurre a cualquier procedimiento para aplacar a esos poderes inteligentes secretos de los que se supone que nuestra fortuna depende por completo.

No existe un tópico más frecuente entre todos los teólogos populares para llevar a los hombres a la idea debida de la religión que poner de manifiesto las ventajas de la aflicción, ya que disminuye la confianza y la sensualidad que, en épocas de prosperidad, les hacen olvidadizos de la providencia divina. Y este tópico no se limita sólo a las religiones modernas. Los antiguos lo emplearon también. Dice un historiador griego<sup>4</sup> que *la fortuna nunca ha otorgado generosamente a la humanidad una felicidad pura, sin envidia, pues a todos sus dones siempre ha unido alguna circunstancia calamitosa con el fin de castigar a los hombres para que reverencien a los dioses, a quienes en el curso ininterrumpido de la prosperidad son muy capaces de descuidar y olvidar.*

¿Qué época o periodo de la vida es el más inclinado a la superstición? El más débil y el más timorato. ¿Qué sexo? Hay que dar la misma respuesta. Dice Estrabón<sup>5</sup> que *los líderes y ejemplos de cualquier forma de superstición son las mujeres. Son ellas las que inducen a los hombres a la devoción y a las oraciones y a la observancia de las fiestas religiosas. Es raro encontrar a alguno que viva apartado de las mujeres y que, sin embargo, sea adicto a tales prácticas. Y, por esta razón, nada puede ser más improbable que el relato que nos habla de la existencia de una orden masculina entre los getas\* [cuyos miembros] practicaban el celibato y eran, no obstante, los mayores fanáticos religiosos.* Una forma de razonamiento que nos llevaría a formarnos una idea equivocada de la devoción de los monjes si no supiéramos por experiencia (no tan frecuente, quizá, en la época de Estrabón) que uno puede practicar el celibato y hacer profesión de castidad y, con todo, mantener las más estrechas relaciones y la más completa simpatía con ese temeroso y piadoso sexo.

4. Diodoro Sículo, *La biblioteca de la Historia*, III, 47.

5. *Geografía*, VII, 4.

\* [Pueblo tracio de Europa. Los getas tuvieron por legislador a Zalmoxis (esclavo, primero, y discípulo, después, de Pitágoras), rey filósofo al que divinizaron.]

## Sect. IV

DEITIES NOT CONSIDERED  
AS CREATORS OR FORMERS OF THE WORLD

The only point of theology, in which we shall find a consent of mankind almost universal, is, that there is invisible, intelligent power in the world: But whether this power be supreme or subordinate, whether confined to one being, or distributed among several, what attributes, qualities, connexions, or principles of action ought to be ascribed to those beings; concerning all these points, there is the widest difference in the popular systems of theology. Our ancestors in Europe, before the revival of letters, believed, as we do at present, that there was one supreme God, the author of nature, whose power, though in itself uncontrollable, was yet often exerted by the interposition of his angels and subordinate ministers, who executed his sacred purposes. But they also believed, that all nature was full of other invisible powers; fairies, goblins, elves, sprites; beings, stronger and mightier than men, but much inferior to the celestial natures, who surround the throne of God. Now, suppose, that any one, in those ages, had denied the existence of God and of his angels; would not his impiety justly have deserved the appellation of atheism, even though he had still allowed, by some odd capricious reasoning, that the popular stories of elves and fairies were just and well-grounded? The difference, on the one hand, between such a person and a genuine theist is infinitely greater than that, on the other, between him and one that absolutely excludes all invisible intelligent power. And it is a fallacy, merely from the casual resemblance of names, without any conformity of meaning, to rank such opposite opinions under the same denomination.

To any one, who considers justly of the matter, it will appear, that the gods of all polytheists are no better than the elves or fairies of our ancestors, and merit as little any pious worship or veneration. These pretended religionists are really a kind of superstitious atheists, and acknowledge no being, that corresponds to our idea of a deity. No first principle of mind or thought: No supreme government and administration: No divine contrivance or intention in the fabric of the world.

## Sección IV

LAS DEIDADES NO SE CONSIDERAN  
COMO CREADORAS O FORMADORAS DEL MUNDO

El único punto de la teología en el que encontraremos un consentimiento casi universal por parte de la humanidad es aquel en el que se afirma que existe un poder invisible e inteligente en el mundo. Pero existen unas diferencias enormes en los sistemas populares de teología acerca de si este poder es supremo o subordinado, de si se trata de un solo ser o se halla distribuido entre varios, y sobre qué atributos, cualidades, conexiones o principios de acción deben atribuirse a esos seres. Nuestros antepasados europeos, antes del renacimiento de las letras, creían, como nosotros en la actualidad, que existía un Dios supremo, autor de la naturaleza, cuyo poder, aunque en sí mismo incontrolable, con todo se ejercía a menudo por mediación de sus ángeles y ministros subordinados, quienes ejecutaban sus sagrados designios. Pero también creían que toda la naturaleza estaba llena de otros poderes invisibles: hadas, trasgos, duendes, espíritus; seres más fuertes y poderosos que los hombres, pero muy inferiores a las naturalezas celestiales que rodean el trono de Dios. Supongamos ahora que alguien, en aquellas épocas, hubiese negado la existencia de Dios y de sus ángeles. ¿No habría merecido justamente su impiedad la denominación de ateísmo, aunque hubiera admitido, por algún extraño razonamiento caprichoso, que las narraciones populares sobre duendes y hadas eran lógicas y bien fundamentadas? La diferencia entre tal persona y un auténtico teísta es infinitamente mayor que la que existe entre él y alguien que niega absolutamente todo poder invisible inteligente. Y es una falacia, simple resultado de la semejanza casual entre los términos sin que exista acuerdo en el significado, el reunir opiniones tan opuestas bajo una misma denominación.

A cualquiera que examine el tema debidamente le parecerá que los dioses de todos los politeístas no son mejores que los duendes y hadas de nuestros antepasados y merecen tan poca devoción o veneración piadosa como ellos. Esos que se pretenden en extremo religiosos son en realidad una especie de ateos supersticiosos y no reconocen la existencia de ningún ser que se corresponda con nuestra idea de la divinidad, ni con la de un primer principio de la mente o del pensamiento, ni con la de un gobierno o administración supremas, ni con la de un plan o intención divinos en la fabricación del mundo.

The Chinese, when<sup>6</sup> their prayers are not answered, beat their idols. The deities of the Laplanders are any large stone which they meet with of an extraordinary shape<sup>7</sup>. The Egyptian mythologists, in order to account for animal worship, said, that the gods, pursued by the violence of earth-born men, who were their enemies, had formerly been obliged to disguise themselves under the semblance of beasts<sup>8</sup>. The Caunii, a nation in the Lesser Asia, resolving to admit no strange gods among them, regularly, at certain seasons, assembled themselves compleatly armed, beat the air with their lances, and proceeded in that manner to their frontiers; in order, as they said, to expel the foreign deities<sup>9</sup>. *Not even the immortal gods*, said some German nations to Caesar, *are a match for the Suevi*<sup>10</sup>.

Many ills, says Dione in Homer to Venus wounded by Diomedes, many ills, my daughter, have the gods inflicted on men: And many ills, in return, have men inflicted on the gods<sup>11</sup>. We need but open any classic author to meet with these gross representations of the deities; and Longinus<sup>12</sup> with reason observes, that such ideas of the divine nature, if literally taken, contain a true atheism.

Some writers<sup>13</sup> have been surprized, that the impieties of Aristophanes should have been tolerated, nay publicly acted and applauded by the Athenians; a people so superstitious and so jealous of the public religion, that, at that very time, they put Socrates to death for his imagined incredulity. But these writers do not consi-

6. Pere le Compte.

7. Regnard, *Voyage de Laponie*.

8. Diod. Sic. lib. i. 86. Lucian. *de Sacrificiis* 14. Ovid alludes to the same tradition, *Metam.* lib. v. l. 321. So also Manilius, lib. iv. 800.

9. Herodot. lib. i. 172.

10. Caes. *Comment. de bello Gallico*, lib. iv. 7.

11. Lib. v. 382.

12. Cap. ix.

13. Pere Brumoy, *Theatre des Grecs & Fontenelle, Histoire des Oracles*.

Los chinos<sup>6</sup>, cuando sus oraciones no son atendidas, golpean a sus ídolos. Las deidades de los lapones son cualquier piedra grande que encuentren y que tenga una forma fuera de lo común<sup>7</sup>. Los mitólogos egipcios, para explicar por qué adoran a los animales, dicen que los dioses, perseguidos por la violencia de los hombres nacidos de la tierra, que eran enemigos suyos, se vieron en un principio obligados a disfrazarse bajo la apariencia de animales<sup>8</sup>. Los caunos, un pueblo de Asia Menor, resueltos a no admitir dioses extraños entre ellos, se reunían con regularidad en ciertas épocas, y completamente armados golpeaban el aire con sus lanzas y avanzaban de este modo hasta sus fronteras, con el fin, como decían, de expulsar a las deidades foráneas<sup>9</sup>. Algunos pueblos germanos dijeron a César que *ni siquiera los dioses inmortales podían competir en pie de igualdad con los suevos*<sup>10</sup>. Leemos en Homero que Dión dice a Venus, herida por Diomedes: «Muchos males, muchos males, hija mía, han infligido los dioses a los hombres; y muchos males, en respuesta, han infligido los hombres a los dioses»<sup>11</sup>. Basta con abrir la obra de un autor clásico para encontrarnos con estas representaciones groseras de las divinidades. Y Longino<sup>12</sup> observa con razón que tales ideas de la naturaleza divina, si se toman literalmente, contienen un verdadero ateísmo.

Algunos escritores<sup>13</sup> se han sorprendido de que se hayan tolerado las impiedades de Aristófanes y de que incluso se hayan representado públicamente con el aplauso de los atenienses, un pueblo tan supersticioso y tan celoso de la religión pública que, en esa misma época, hizo morir a Sócrates por su supuesta incredulidad. Pero esos

6. Louis Daniel Leconte, *Nouveaux mémoires sur l'état présent de la Chine*, vol. II, Amsterdam, 1698.

[Leconte fue un jesuita enviado como misionero a China en 1685. Su narración sobre la civilización china se publicó por primera vez en París en 1696, obteniendo un gran éxito. Se tradujo, poco después, a diversas lenguas, entre ellas el inglés.]

7. Jean-François Regnard, *Voilage de Laponie*, en *Les Oeuvres*, París, 1731, vol. I. [Es probable que Hume tuviera conocimiento de esta obra mientras trabajaba su *Treatise* en Francia.]

8. Diodoro Sículo, *o. c.*, I, 86. Luciano, *Sobre los sacrificios*, 14. Ovidio alude a la misma tradición (*Metamorfosis*, V, vv. 321-231). Igualmente Manilio (*Astrología*, IV, 800, vv. 793-794).

9. Herodoto, *Historia*, I, 172.

10. César, *La guerra de las Galias*, IV, 7, 5.

11. *Ilíada*, V, vv. 381-384.

12. Longino, *Sobre lo sublime*, IX, 7 (en la *Poética* de Aristóteles).

13. Pierre Brumoy, *Théâtre des Grecs*, vol. V, París, 1763. Fontenelle, *Histoire des Oracles*, París, 1687.

der, that the ludicrous, familiar images, under which the gods are represented by that comic poet, instead of appearing impious, were the genuine lights in which the ancients conceived their divinities. What conduct can be more criminal or mean, than that of Jupiter in the *Amphitruon*? Yet that play, which represented his gallante exploits, was supposed so agreeable to him, that it was always acted in Rome by public authority, when the state was threatened with pestilence, famine, or any general calamity<sup>14</sup>. The Romans supposed, that, like all old lechers, he would be highly pleased with the recital of his former feats of prowess and vigour, and that no topic was so proper, upon which to flatter his vanity.

The Lacedemonians, says Xenophon<sup>15</sup>, always, during war, put up their petitions very early in the morning, in order to be beforehand with their enemies, and, by being the first solicitors, pre-engage the gods in their favour. We may gather from Seneca<sup>16</sup>, that it was usual, for the votaries in the temples, to make interest with the beadle or sexton, that they might have a seat near the image of the deity, in order to be the best heard in their prayers and applications to him. The Tyrians, when besieged by Alexander, threw chains on the statue of Hercules, to prevent that deity from deserting to the enemy<sup>17</sup>. Augustus, having twice lost his fleet by storms, forbad Neptune to be carried in procession along with the other gods; and fancied, that he had sufficiently revenged himself by that expedient<sup>18</sup>. After Germanicus's death, the people were so enraged at their gods, that they stoned them in their temples; and openly renounced all allegiance to them<sup>19</sup>.

To ascribe the origin and fabric of the universe to these imperfect beings never enters into the imagination of any polytheist or idolater. Hesiod, whose writings, with those of Homer, contained the canonical system of the heavens<sup>20</sup>; Hesiod, I say, supposes gods and men to have sprung equally from the unknown powers of

14. Arnob. lib. vii. 507 H.

15. *De Laced.* Rep. 13.

16. *Epist.* xli.

17. Quint. Curtius, lib. iv. cap. 3. Diod. Sic. lib. xvii. 41.

18. Suet. *in vita Aug.* cap. 16.

19. Id. *in vita Cal.* cap. v.

20. Herodot. lib. ii. 53. Lucian, *Jupiter confutatus, De luctu, Saturn, &c.*

escritores no consideran que, en vez de parecerles impías las imágenes ridículas y familiares bajo las que ese poeta cómico representaba a los dioses, constituyeran las auténticas imágenes mediante las que los antiguos concebían a sus divinidades. ¿Qué conducta puede ser más criminal o mezquina que la de Júpiter en *Anfitrión*? Sin embargo se suponía que esa obra que representa sus proezas galantes le era tan grata que siempre se ponía en escena en Roma por orden de la autoridad oficial cuando el Estado se encontraba amenazado por la peste, el hambre o cualquier calamidad pública<sup>14</sup>. Los romanos suponían que, como todo viejo verde, se sentiría muy satisfecho con la relación de sus antiguas proezas de habilidad y vigor y que ningún otro asunto era más adecuado para halagar su vanidad.

Los lacedemonios, dice Jenofonte<sup>15</sup>, cuando estaban en guerra hacían siempre sus peticiones por la mañana muy temprano, con el fin de adelantarse a sus enemigos y, al ser los primeros solicitantes, comprometer a los dioses en favor suyo. Podemos inferir de lo que Séneca<sup>16</sup> nos dice que era costumbre entre los devotos en los templos congraciarse con el pertiguero o sacristán para poder tener un asiento próximo a la imagen de la divinidad con el fin de que se oyeran mejor sus oraciones y peticiones. Los tirios, cuando fueron asediados por Alejandro, encadenaron la estatua de Hércules para evitar que dicha deidad se pasara al enemigo<sup>17</sup>. Augusto, habiendo perdido dos veces su flota a causa de las tormentas, prohibió que Neptuno fuera llevado en procesión junto con los demás dioses. Y se imaginaba que con ese procedimiento se había vengado de modo suficiente<sup>18</sup>. Después de la muerte de Germánico, el pueblo estaba tan irritado con sus dioses que les lapidaron en los templos y renunciaron abiertamente a cualquier alianza con ellos<sup>19</sup>.

Atribuir el origen o la formación del universo a estos seres imperfectos es algo que no cabe en la imaginación de ningún politeísta o idólatra. Hesíodo, cuyos escritos, juntamente con los de Homero, contienen el sistema canónico de los cielos<sup>20</sup>, supone que tanto los dioses como los hombres han surgido igualmente de los poderes des-

14. Arnobio, *Los siete libros de Arnobio contra los paganos*, VII, 33.

15. Jenofonte, *La constitución de los lacedemonios*, 13, 3.

16. *Cartas morales a Lucilio*, 41.

17. Quinto Curcio Rufus, *Historia de Alejandro Magno*, IV, 3, 21-22. Diodoro Sículo, XVII, 41.

18. Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Augusto», 16.

19. *Ibíd.*, «Calígula», 5.

20. Herodoto, II, 53. Luciano, *Jupiter confutatus*, *De luctu, Saturni*, etc.

nature<sup>21</sup>. And throughout the whole theogony of that author, Pandora is the only instance of creation or a voluntary production; and she too was formed by the gods merely from despatch to Prometheus, who had furnished men with stolen fire from the celestial regions<sup>22</sup>. The ancient mythologists, indeed, seem throughout to have rather embraced the idea of generation than that of creation or formation; and to have thence accounted for the origin of this universe.

Ovid, who lived in a learned age, and had been instructed by philosophers in the principles of a divine creation or formation of the world; finding, that such an idea would not agree with the popular mythology, which he delivers, leaves it in a manner, loose and detached from his system. *Quisquis fuit ille Deorum?*<sup>23</sup>. Whichever of the gods it was, says he, that dissipated the chaos, and introduced order into the universe. It could neither be Saturn, he knew, nor Jupiter, nor Neptune, nor any of the received deities of paganism. His theological system had taught him nothing upon that head; and he leaves the matter equally undetermined.

Diodorus Siculus<sup>24</sup>, beginning his work with an enumeration of the most reasonable opinions concerning the origin of the world, makes no mention of a deity or intelligent mind; though it is evident from his history, that he was much more prone to superstition than to irreligion. And in another passage<sup>25</sup>, talking of the Ichthyophagi, a nation in India, he says, that, there being so great difficulty in accounting for their descent, we must conclude them to be *aborigines*, without any beginning of their generation, propagating their race from all eternity; as some of the physiologers, in treating of the origin of nature, have justly observed. «But in such subjects as these», adds the historian, «which exceed all human capacity, it may well happen, that those, who discourse the most, know the least; reaching a specious appearance of truth, in their reasonings, while extremely wide of the real truth and matter of fact».

A strange sentiment in our eyes, to be embraced by a professed and zealous religionist!<sup>26</sup>. But it was merely by accident, that the

21. Ὡς ἰδέσθαι γενέσθαι θεοὶ θνητοὶ τ' ἄνθρωποι. Hes. *Opera & Dies*. l. 108.

22. *Theog.* l. 570.

23. *Metamorph.* lib. I. l. 32.

24. Lib. i. 6 et seq.

25. Lib. iii. 20.

26. The same author, who can thus account for the origin of the world without a Deity, esteems it impious to explain from physical causes, the common accidents of

conocidos de la naturaleza<sup>21</sup>. Y a lo largo de toda la *Teogonía* de Hesíodo, Pandora es el único ejemplo de creación o producción voluntaria; y también ella fue formada por los dioses con el único fin de perjudicar a Prometeo, quien había proporcionado el fuego a los hombres después de robarlo en las regiones celestiales<sup>22</sup>. Los antiguos mitólogos siempre prefirieron la idea de generación a la de creación o formación y explicaron a partir de aquélla el origen del universo.

Ovidio, que vivió en una época ilustrada y había sido instruido por los filósofos en los principios de una creación o formación divina del mundo, al encontrar que tal idea no concordaría con la mitología popular que él nos da a conocer, la deja de lado en cierto modo, como desligada de su sistema. *¿Quién de los dioses fue?*<sup>23</sup>. Fue uno cualquiera de los dioses el que dispó el caos e introdujo el orden en el Universo, dice. Sabía que no pudieron ser ni Saturno, ni Júpiter, ni Neptuno, ni ninguna otra de las divinidades recibidas del paganismo. Su sistema teológico no le había enseñado nada sobre este asunto capital. Y él deja el tema igualmente indeterminado.

Diodoro Sículo<sup>24</sup>, que empieza su obra con una enumeración de las opiniones más razonables respecto al origen del mundo, no hace mención de una deidad o mente inteligente, aunque resulta evidente por su relato que estaba mucho más inclinado a la superstición que a la irreligión. Y en otro pasaje<sup>25</sup>, al hablar de los ictiófagos, un pueblo de la India, dice que siendo tan enorme la dificultad para dar una explicación sobre su origen, debemos concluir que son *aborígenes*, sin principio alguno en su generación, propagándose su raza desde toda la eternidad, de la misma forma en que algunos fisiólogos, al tratar sobre el origen de la naturaleza, han observado con acierto. «Pero, añade el historiador, en temas como éstos que sobrepasan toda capacidad humana puede muy bien ocurrir que aquellos que más hablan sean los que menos saben, logrando en sus razonamientos una grata apariencia de verdad, aunque estén muy alejados de la pura verdad y de los hechos».

¡Una extraña opinión, a nuestro modo de ver, para ser adoptada por alguien que mantuvo un celo fanático por la religión!<sup>26</sup>. Pero fue

21. 'Ὡς ἑμὸθεν γεγάσι θεοὶ θνητοὶ τ' ἄνθρωποι: «Que los dioses y los hombres se originaron de lo mismo» (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, v. 108).

22. Hesíodo, *Teogonía*, vv. 570 ss.

23. *Metamorfosis*, I, v. 32.

24. I, 6-7.

25. *Ibíd.*, III, 20.

26. El mismo autor que nos explica de este modo el origen del mundo sin la existencia de una deidad, considera impío explicar los sucesos corrientes de la vida,

question concerning the origin of the world did ever in ancient times enter into religious systems, or was treated of by theologers. The philosophers alone made profession of delivering systems of this kind; and it was pretty late too before these bethought themselves of having recourse to a mind or supreme intelligence, as the first cause of all. So far was it from being esteemed profane in those days to account for the origin of things without a deity, that Thales, Anaximenes, Heraclitus, and other, who embraced that system of cosmogony, past unquestioned; while Anaxagoras, the first undoubted theist among the philosophers, was perhaps the first that ever was accused of atheism<sup>27</sup>.

We are told by Sextus Empiricus<sup>28</sup>, that Epicurus, when a boy, reading with his preceptor these verses of Hesiod,

Eldest of beings, *chaos* first arose;  
Next *earth*, wide-stretch'd, the *seat* of all:

the young scholar first betrayed his inquisitive genius, by asking, *And chaos whence?* But was told by his preceptor, that he must have recourse to the philosophers for a solution of such questions. And from this hint Epicurus left philology and all other studies, in order to betake himself to that science, whence alone he expected satisfaction with regard to these sublime subjects.

The common people were never likely to push their researches so far, or derive from reasoning their systems of religion; when philologers and mythologists, we see, scarcely ever discovered so much penetration. And even the philosophers, who discoursed of

life, earthquakes, inundations, and tempests; and devoutly ascribes these to the anger of Jupiter or Neptune. A plain proof, whence he derived his ideas of religion. See lib. xv. c. 48. p. 364.

27. It will be easy to give a reason why Thales, Anaximander, and those early philosophers, who really were atheists, might be very orthodox in the pagan creed; and why Anaxagoras and Socrates, though real theists, must naturally, in ancient times, be esteemed impious. The blind, unguided powers of nature, if they could produce men, might also produce such beings as Jupiter and Neptune, who being the most powerful, intelligent existences in the world, would be proper objects of worship. But where a supreme intelligence, the first cause of all, is admitted, these capricious beings, if they exist at all, must appear very subordinate and dependent, and consequently be excluded from the rank of deities. Plato (*de leg.* lib. x. 886 D) assigns this reason for the imputation thrown on Anaxagoras, namely, his denying the divinity of the stars, planets, and other created objects.

28. *Adversus Mathem.*, lib. 480.

meramente de forma accidental como la cuestión del origen del mundo formó parte de los sistemas religiosos de la antigüedad o fue tratada por los teólogos. Los filósofos son los únicos que hicieron profesión de exponer sistemas de esta clase; y pasó bastante tiempo antes de que se les pasase por la cabeza la idea de recurrir a una mente o inteligencia suprema como causa primera de todo. Tan lejos se estaba en esa época de considerar irreverente la explicación del origen de las cosas sin recurrir a una divinidad que Tales, Anaxímenes, Heráclito y otros que adoptaron esa forma de cosmogonía no tuvieron problemas, mientras que Anaxágoras, el primer teísta indiscutible entre los filósofos, fue quizás el primero en ser acusado de ateísmo<sup>27</sup>.

Sexto Empírico<sup>28</sup> nos dice que Epicuro, de niño, leía con su preceptor estos versos de Hesíodo:

Surgió primero el *caos*, el más antiguo de los seres;  
después, la *tierra*, extensa, *sede* de todo.

El joven alumno dio muestras por primera vez de su carácter curioso preguntando: *y el caos ¿de dónde surgió?* Mas su preceptor le contestó que debería recurrir a los filósofos para encontrar la solución a tales cuestiones. Y, a partir de esta indicación, Epicuro abandonó la filología y todos los demás estudios para dedicarse a esa única ciencia de la que podía esperar satisfacción por lo que a esos temas sublimes se refiere.

La gente corriente probablemente nunca se vio impulsada a llevar las investigaciones tan lejos, ni a obtener sus sistemas religiosos basándose en razonamientos, cuando los filólogos y mitólogos, como vemos, apenas llegaron a tal nivel de profundidad. E incluso los

terremotos, inundaciones y tempestades recurriendo a causas físicas; y devotamente los atribuye a la ira de Júpiter o Neptuno. Una clara prueba sobre el origen de sus ideas religiosas. Véase XV, 48.

27. Será fácil dar una razón de por qué Tales, Anaximandro y otros primeros filósofos que fueron realmente ateos pudieron ser considerados muy ortodoxos en el credo pagano, y por qué a Anaxágoras y a Sócrates, aunque fueron realmente teístas, se les consideró en esas épocas antiguas naturalmente impíos. Si los poderes ciegos y sin rumbo de la naturaleza podían dar origen a los hombres, podrían igualmente producir seres como Júpiter y Neptuno, quienes por ser los más poderosos e inteligentes en el mundo, serían los objetos adecuados de veneración. Pero si se admitiese la existencia de una inteligencia suprema, causa primera de todo, esos seres caprichosos resultarían, en caso de que existiesen, totalmente subordinados y dependientes y en consecuencia quedarían excluidos del escalafón de las deidades. Platón (*Leyes*, X, 886 A-E) considera que ésta es la razón por la que se lanzó una acusación contra Anaxágoras, a saber, porque negaba el carácter divino de las estrellas, planetas y otros objetos creados.

28. Sexto Empírico, *Adversus Mathematicos*, II, 18 y 19.

such topics, readily assented to the grossest theory, and admitted the joint origin of gods and men from night and chaos; from fire, water, air, or whatever they established to be the ruling element.

Nor was it only on their first origin, that the gods were supposed dependent on the powers of nature. Throughout the whole period of their existence they were subjected to the dominion of fate or destiny. *Think of the force of necessity*, says Agrippa to the Roman people, *that force, to which even the gods must submit*<sup>29</sup>. And the Younger Pliny<sup>30</sup>, agreeably to this way of thinking, tell us, that amidst the darkness, horror, and confusion, which ensued upon the first eruption of Vesuvius, several concluded, that all nature was going to wrack, and that gods and men were perishing in one common ruin.

It is great complaisance, indeed, if we dignify with the name of religion such an imperfect system of theology, and put it on a level with later systems, which are founded on principles more just and more sublime. For my part, I can scarcely allow the principles even of Marcus Aurelius, Plutarch, and some other *Stoics* and *Academics*, though much more refined than the pagan superstition, to be worthy of the honourable appellation of theism. For if the mythology of the heathens resemble the ancient European system of spiritual beings, excluding God and angels, and leaving only fairies and sprites; the creed of these philosophers may justly be said to exclude a deity, and to leave only angels and fairies.

## Sect. V

### VARIOUS FORMS OF POLYTHEISM: ALLEGORY, HERO-WORSHIP

But it is chiefly our present business to consider the gross polytheism of the vulgar, and to trace all its various appearances, in the principles of human nature, whence they are derived.

Whoever learns by argument, the existence of invisible intelligent power, must reason from the admirable contrivance of natural

29. Dionys. Halic. lib. vi. 54.

30. *Epist.* lib. vi.

filósofos que trataban de tales tópicos en seguida daban su aprobación a la teoría más vulgar y admitían el origen común de dioses y hombres a partir de la noche y del caos, o del fuego, del agua, del aire o de cualquier otra cosa que establecieran como el elemento dominante.

No sólo existía la suposición de que los dioses dependían de los poderes de la naturaleza en lo referente a su origen primero. Durante toda su existencia estaban sometidos al dominio del hado o destino. *Pensad en la fuerza de la necesidad* —dice Agripa al pueblo romano—, *esa fuerza a la que incluso los dioses deben someterse*<sup>29</sup>. Y Plinio el Joven<sup>30</sup>, siguiendo este modo de pensar, nos dice que en medio de la oscuridad, el horror y la confusión que siguieron a la primera erupción del Vesubio, algunos llegaron a la conclusión de que toda la naturaleza iba a ser destruida y que los dioses y los hombres iban a perecer en una ruina común.

Sería una gran deferencia, en verdad, el dignificar con el nombre de religión tan imperfecto sistema de teología y situarlo al nivel de los sistemas ulteriores que se fundan en principios más justos y más sublimes. Por mi parte, apenas puedo aceptar que incluso los principios de Marco Aurelio, Plutarco y algunos otros filósofos *estoicos* y *académicos* merezcan la honorable denominación de teísmo, aunque sean mucho más refinados que la superstición pagana. Pues si la mitología de los paganos se parece al antiguo sistema europeo de seres espirituales, que excluía a Dios y a los ángeles, quedándose sólo con hadas y duendes, puede con rigor decirse que el credo de estos filósofos excluye la deidad y se queda sólo con los ángeles y las hadas.

## Sección V

### DIVERSAS FORMAS DE POLITEÍSMO: ALEGORÍA, ADORACIÓN DE LOS HÉROES

Pero nuestra principal ocupación ahora es la de considerar el politeísmo tosco de la gente vulgar y seguir la pista de sus distintas manifestaciones hasta llegar a los principios de la naturaleza humana de los que deriva.

Quienquiera que descubra por medio de un razonamiento la existencia de un poder invisible e inteligente, debe hacerlo basándose

29. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, VI, 54.

30. *Cartas*, VI, 20, 15.

objects, and must suppose the world to be the workmanship of that divine being, the original cause of all things. But the vulgar polytheist, so far from admitting that idea, deifies every part of the universe, and conceives all the conspicuous productions of nature, to be themselves so many real divinities. The sun, moon, and stars, are all gods according to his system: Fountains are inhabited by nymphs, and trees by hamadryads: Even monkeys, dogs, cats, and other animals often become sacred in his eyes, and strike him with a religious veneration. And thus, however strong men's propensity to believe invisible, intelligent power in nature, their propensity is equally strong to rest their attention on sensible, visible objects; and in order to reconcile these opposite inclinations, they are led to unite the invisible power with some visible object.

The distribution also of distinct provinces to the several deities is apt to cause some allegory, both physical and moral, to enter into the vulgar systems of polytheism. The god of war will naturally be represented as furious, cruel, and impetuous: The god of poetry as elegant, polite, and amiable: The god of merchandise, especially in early times, as thievish and deceitful. The allegories, supposed in Homer and other mythologists, I allow, have often been so attained, that men of sense are apt entirely to reject them, and to consider them as the production merely of the fancy and conceit of critics and commentators. But that allegory really has place in the heathen mythology is undeniable even on the least reflection. Cupid the son of Venus; the Muses the daughters of Memory; Prometheus, the wise brother, and Epimetheus the foolish; Hygieia or the goddess of health descended from Aesculapius or the god of Physic. Who sees not, in these, and in many other instances, the plain traces of allegory? When a god is supposed to preside over any passion, event, or system of actions, it is almost unavoidable to give him a genealogy, attributes, and adventures, suitable to his supposed powers and influence; and to carry on that similitude and comparison, which is naturally so agreeable to the mind of man.

Allegories, indeed, entirely perfect, we ought not to expect as the productions of ignorance and superstition; there being no work of genius that requires a nicer hand, or has been more rarely exe-

en la admirable disposición de los objetos naturales y debe suponer que el mundo es obra de ese ser divino, causa primera de todas las cosas. Pero el politeísta vulgar, lejos de admitir esa idea, deifica cada parte del universo y piensa que todos los productos visibles de la naturaleza son ellos mismos otras tantas divinidades reales. El Sol, la Luna y las estrellas son todos dioses según este sistema. Las fuentes están habitadas por ninfas y los árboles por hamadriadas\*. Incluso los monos, los perros, los gatos y otros animales se tornan con frecuencia en seres sagrados a sus ojos y producen en ellos una veneración religiosa. Y, de este modo, por muy fuerte que sea la inclinación de los hombres a creer en un poder invisible e inteligente en la naturaleza, igualmente poderosa es su tendencia a fijar la atención en los objetos visibles y sensibles. Y con el fin de reconciliar esas inclinaciones opuestas, se ven llevados a unir el poder invisible con algún objeto visible.

También la distribución de los distintos dominios entre las diversas divinidades es adecuada para lograr que algunas alegorías, tanto físicas como morales, entren a formar parte de los sistemas vulgares del politeísmo. El dios de la guerra será representado naturalmente como furioso, cruel e impetuoso; el dios de la poesía, como elegante, educado y amistoso; el dios del comercio, especialmente en los primeros tiempos, como ladrón y engañador. Admito que las alegorías que aparecen en Homero y otros mitólogos han sido a menudo tan forzadas que los hombres con sentido bien pueden rechazarlas por completo y considerarlas como una mera producción de la fantasía e invención de críticos y comentaristas. Pero no puede negarse que la alegoría tiene realmente un lugar en la mitología pagana, incluso con un mínimo de reflexión. Cupido es el hijo de Venus; las Musas, las hijas de la Memoria. Prometeo, el hermano listo y Epimeteo, el tonto. Higía, diosa de la salud, desciende de Esculapio, dios de la Medicina. ¿Quién no ve en estos y en otros muchos ejemplos, las claras huellas de la alegoría? Cuando se supone que un dios rige una pasión, un acontecimiento o un conjunto de acciones, es casi inevitable atribuirle una genealogía, atributos y aventuras adecuados a sus supuestos poderes e influencia y continuar con esas semejanzas y comparaciones que son naturalmente tan gratas a la mente humana.

Ciertamente, no deberíamos esperar que las alegorías fueran totalmente perfectas, pues son producto de la ignorancia y de la superstición; no hay obra de ingenio que requiera mejor mano o que se

\* [Ninfas de los árboles. Nacen con el árbol que protegen y comparten su destino. Se pensaba, incluso, que morían con él.]

cuted with success. That *Fear* and *Terror* are the sons of Mars is just; but why by Venus?<sup>31</sup> That *Harmony* is the daughter of Venus is regular; but why by Mars?<sup>32</sup> That *Sleep* is the brother of *Death* is suitable; but why describe him as enamoured of one of the Graces?<sup>33</sup> And since the ancient mythologists fall into mistakes so gross and palpable, we have no reason surely to expect such refined and longspun allegories, as some have endeavoured to deduce from their fictions.

Lucretius was plainly seduced by the strong appearance of allegory, which is observable in the pagan fictions. He first addresses himself to Venus as to that generating power, which animates, renews, and beautifies the universe: But is soon betrayed by the mythology into incoherencies, while he prays to that allegorical personage to appease the furies of her lover Mars: An idea not drawn from allegory, but from the popular religion, and which Lucretius, as an Epicurean, could not consistently admit of.

The deities of the vulgar are so little superior to human creatures, that, where men are affected with strong sentiments of veneration or gratitude for any hero or public benefactor, nothing can be more natural than to convert him into a god, and fill the heavens, after this manner, with continual recruits from among mankind. Most of the divinities of the ancient world are supposed to have once been men, and to have been beholden for their *apotheosis* to the admiration and affection of the people. The real history of their adventures, corrupted by tradition, and elevated by the marvellous, became a plentiful source of fable; especially in passing through the hands of poets, allegorists, and priests, who successively improved upon the wonder and astonishment of the ignorant multitude.

Painters too and sculptors came in for their share of profit in the sacred mysteries; and furnishing men with sensible representations of their divinities, whom they cloathed in human figures, gave great encrease to the public devotion, and determined its object. It was probably for want of these arts in rude and barbarous ages, that men deified plants, animals, and even brute, unorganized matter; and rather than be without a sensible object of worship, affixed divinity to such ungainly forms. Could any statuary of Syria in

31. Hesiod. *Theog.* l. 935.

32. Id. *ibid.* & Plut. *in vita Pelop.* 19.

33. *Iliad.* xiv. 267.

haya llevado a cabo con éxito en menos ocasiones. Que el *Miedo* y el *Terror* sean los hijos de Marte resulta apropiado. Pero ¿por qué de Venus?<sup>31</sup>. Que la *Armonía* sea la hija de Venus parece lógico, pero ¿por qué de Marte?<sup>32</sup>. Resulta adecuado que el *Sueño* sea hermano de la *Muerte*, pero ¿por qué describirle como enamorado de una de las *Gracias*?<sup>33</sup>. Y, puesto que los antiguos mitólogos caen en equivocaciones tan torpes y palpables, no existe, sin duda, razón para que esperemos de ellos alegorías tan refinadas y compuestas con detenimiento como algunos han intentado obtener de sus ficciones.

Lucrecio fue claramente seducido por la fuerte apariencia de alegoría que se observa en las ficciones paganas. Se dirige primero a Venus como a ese poder generador que anima, renueva y embellece el universo; pero pronto es traicionado por la mitología y llevado a incoherencias cuando ruega a ese personaje alegórico que aplaque la furia de Marte, su amante: una idea no obtenida de la alegoría, sino de la religión popular y que Lucrecio, como epicúreo que era, no podía admitir siendo coherente.

Las deidades del vulgo superan en tan poco a las criaturas humanas que cuando los hombres se ven afectados por tan fuertes sentimientos de veneración o gratitud hacia un héroe o benefactor público, nada hay más natural que convertirlo en un dios y, de este modo, llenar el cielo con continuas levas hechas entre los humanos. Se supone que la mayoría de las divinidades del mundo antiguo fueron antes seres humanos y que deben su *apotheosis* a la admiración y al afecto de la gente. La historia real de sus aventuras, trastocada por la tradición y ensalzada fantasiosamente, se convirtió en una fuente inagotable de fábulas, especialmente al pasar por las manos de los poetas, autores de alegorías, y sacerdotes, quienes de forma sucesiva acrecentaron la admiración y el asombro de la muchedumbre ignorante.

También los pintores y los escultores fueron partícipes de los beneficios que proporcionan los sagrados misterios y suministrando a los hombres representaciones sensibles de sus divinidades, a las que revistieron de figura humana, produjeron un gran aumento de la devoción pública y concretaron su objeto. Fue probablemente por la carencia de tales artes en las épocas bárbaras y primitivas por lo que los hombres deificaron las plantas, los animales e incluso la materia bruta y desorganizada y, mejor que encontrarse sin un objeto sensible de adoración, atribuyeron carácter divino a tan torpes formas. Si

31. Hesíodo, *Teogonía*, vv. 933-935.

32. *Ibíd.*, vv. 936-37. Plutarco, «Pelópidas», 19.

33. Homero, *Ilíada*, XIV, vv. 263 ss.

early times, have formed a just figure of Apollo, the conic stone, Heliogabalus, had never become the object of such profound adoration, and been received as a representation of the solar deity<sup>34</sup>.

Stilpo was banished by the council of Areopagus, for affirming that the Minerva in the citadel was no divinity; but the workmanship of Phidias, the sculptor<sup>35</sup>. What degree of reason must we expect in the religious belief of the vulgar in other nations; when Athenians and Areopagites could entertain such gross conceptions?

These then are the general principles of polytheism, founded in human nature, and little or nothing dependent on caprice and accident. As the *causes*, which bestow happiness or misery, are, in general, very little known and very uncertain, our anxious concern endeavours to attain a determinate idea of them; and finds no better expedient than to represent them as intelligent voluntary agents, like ourselves; only somewhat superior in power and wisdom. The limited influence of these agents, and their great proximity to human weakness, introduce the various distribution and division of their authority; and thereby give rise to allegory. The same principles naturally deify mortals, superior in power, courage, or understanding, and produce hero-worship; together with fabulous history and mythological tradition, in all its wild and unaccountable forms. And as an invisible spiritual intelligence is an object too refined for vulgar apprehension, men naturally affix it to some sensible representation; such as either the more conspicuous parts of nature, or the statues, images, and pictures, which a more refined age forms of its divinities.

34. Herodian. lib. v. 3, 10. Jupiter Ammon is represented by Curtius as a deity of the same kind, lib. iv. cap. 7. The Arabians and Pessinuntians adored also shapeless unformed stones as their deity. Arnob. lib. vi 496 A. So much did their folly exceed that of the Egyptians.

35. Diod. Laert. lib. ii. 116.

algún estatuario de Siria, en tiempos remotos, hubiera creado una representación fiel de Apolo, la piedra cónica, Heliogábalo\*, nunca se hubiera convertido en objeto de tan profunda adoración ni hubiera sido aceptada como representación de la divinidad solar<sup>34</sup>.

Estilpo fue desterrado por el consejo del Areópago por afirmar que la Minerva de la ciudadela no era una divinidad, sino la obra de Fidias, el escultor<sup>35</sup>. ¿Qué grado de sensatez debemos esperar de las creencias religiosas del vulgo en otras pueblos si los atenienses y los areopagitas mantuvieron tan burdas ideas?

Éstos son, por tanto, los principios generales del politeísmo, que tienen su fundamento en la naturaleza humana y dependen poco o nada del capricho o de la casualidad. Como las causas que proporcionan la felicidad o la desgracia son, en general, muy poco conocidas y muy inciertas, nuestra angustiada preocupación se esfuerza por lograr una idea determinada de ellas; y no encuentra otro procedimiento mejor que representárselas como agentes inteligentes y dotados de voluntad, igual que nosotros, sólo que algo superiores en poder y sabiduría. La influencia limitada de esos agentes y su gran proximidad a la debilidad humana dan lugar a la variada distribución y división de su autoridad y de ese modo surgen las alegorías. Los mismos principios naturalmente convierten en dioses a los mortales superiores en poder, valor o entendimiento y originan la adoración de los héroes, juntamente con las narraciones de fábulas y la tradición mitológica en todas sus disparatadas e inexplicables formas. Y como una inteligencia invisible y espiritual es un objeto demasiado refinado para la comprensión del vulgo, los hombres espontáneamente le asocian cierta representación sensible, como las partes más llamativas de la naturaleza, o las estatuas, las imágenes y los cuadros en los que plasman a sus divinidades en una época más refinada.

\* [Nombre que recibía una piedra negra, a la que se adoraba como representación del dios solar en Emesa (Siria). Sexto Vario Avito Basiano (204-222), emperador romano, conocido como Heliogábalo, fue, desde muy temprana edad, sumo sacerdote de dicha divinidad. La legión romana de Emesa lo proclamó agosto a la edad de catorce años. Una vez emperador, proclamó al Baal de Emesa dios supremo del Imperio y depositó la piedra negra en el Palatino.]

34. Herodiano, *Historia del Imperio después de Marco Aurelio*, V, 3, 3-5. Quinto Curcio Rufo representa a Júpiter Amón como una deidad del mismo tipo: IV, 7. Los árabes y pesinuncianos adoraban también piedras sin forma como si fueran deidades. Arnobio, *Los siete libros contra los paganos*, VI, 11 [VI, 510b]. Hasta tal punto su locura superó a la de los egipcios.

35. Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*, II, 11, «Estilpo», 116.

Almost all idolaters, of whatever age or country, concur in these general principles and conceptions; and even the particular character and provinces, which they assign to their deities, are not extremely different<sup>36</sup>. The Greek and Roman travellers and conquerors, without much difficulty, found their own deities every where; and said, This is Mercury, that Venus; this Mars, that Neptune; by whatever title the strange gods might be denominated. The goddess Hertha of our Saxon ancestors seems to be no other, according to Tacitus<sup>37</sup>, than the *Mater Tellus* of the Romans; and his conjecture was evidently just.

## Sect. VI

## ORIGIN OF THEISM FROM POLYTHEISM

The doctrine of one supreme deity, the author of nature, is very ancient, has spread itself over great and populous nations, and among them has been embraced by all ranks and conditions of men: But whoever thinks that it has owed its success to the prevalent force of those invincible reasons, on which it is undoubtedly founded, would show himself little acquainted with the ignorance and stupidity of the people, and their incurable prejudices in favour of their particular superstitions. Even at this day, and in Europe, ask any of the vulgar, why he believes in an omnipotent creator of the world; he will never mention the beauty of final causes, of which he is wholly ignorant: He will not hold out his hand, and bid you contemplate the suppleness and variety of joints in his fingers, their bending all one way, the counterpoise which they receive from the thumb, the softness and fleshy parts of the inside of his hand, with all the other circumstances, which render that member fit for the use, to which it was destined. To these he has been long accustomed; and he beholds them with listlessness and unconcern. He will tell you of the sudden and unexpected death of such a one: The fall and bruise of such another: The excessive drought of this season: The cold and rains of another. These he ascribes to the immediate operation of providence: And such events, as, with good

36. See Caesar of the religion of the Gauls, *De bello Gallico*, lib. vi 17.

37. *De moribus Germ.* 40.

Casi todos los idólatras, de cualquier época o país, coinciden en estos principios e ideas generales, e incluso las características y dominios que asignan a sus deidades no son muy diferentes<sup>36</sup>. Los viajeros y conquistadores griegos y romanos encontraban sin gran dificultad sus propias deidades en todas partes y decían: éste es Mercurio; ésa, Venus; éste, Marte; aquél, Neptuno, independientemente de la denominación que recibiesen los dioses foráneos. La diosa Herta de nuestros antepasados sajones parece, según Tácito<sup>37</sup>, no ser otra que la *Mater Tellus* [Madre Tierra] de los romanos; y su conjetura estaba, sin lugar a dudas, en lo cierto.

## Sección VI

### ORIGEN DEL TEÍSMO A PARTIR DEL POLITEÍSMO

La doctrina de una deidad suprema única, autora de la naturaleza, es muy antigua y se ha ido extendiendo por naciones grandes y populosas, siendo abrazada en ellas por hombres de toda clase y condición. Pero quienquiera que piense que ha debido su éxito a la poderosa fuerza de las razones invencibles sobre las que sin duda se funda, mostraría ser poco conocedor de la ignorancia y estupidez de la gente y de sus prejuicios irremediables a favor de sus particulares supersticiones. Incluso en la actualidad y en Europa, preguntada a cualquier persona corriente por qué cree en la existencia de un creador omnipotente del mundo. Nunca mencionará la belleza de las causas finales, de las que se halla por completo ignorante. No extenderá su mano invitándoos a contemplar la flexibilidad y diversidad de las articulaciones de los dedos, cómo se comban todos hacia el mismo lado, el contrapeso que reciben del pulgar, las partes suaves y carnosas del interior de la mano, con todas las demás circunstancias que hacen a dicho miembro tan adecuado para el fin al que ha sido destinado. A todo esto está acostumbrado desde hace mucho tiempo, y lo contempla con indiferencia y sin interés. Pero os hablará de la muerte repentina e inesperada de alguien, de la caída y contusión de tal otro; de la sequía excesiva de una estación del año; del frío y de la lluvia de otra. Todo esto lo atribuye a la acción inmediata de la providencia. Y precisamente esos aconteci-

36. Véase César, «Acerca de la religión de los galos», en *La guerra de las Galias*, VI, 16-17.

37. Tácito, *Germania*, 40, 2.

reasoners, are the chief difficulties in admitting a supreme intelligence, are with him the sole arguments for it.

Many theists, even the most zealous and refined, have denied a *particular* providence, and have asserted, that the Sovereign mind or first principle of all things, having fixed general laws, by which nature is governed, gives free and uninterrupted course to these laws, and disturbs not, at every turn, the settled order of events by particular volitions. From the beautiful connexion, say they, and rigid observance of established rules, we draw the chief argument for theism; and from the same principles are enabled to answer the principal objections against it. But so little is this understood by the generality of mankind, that, wherever they observe any one to ascribe all events to natural causes, and to remove the particular interposition of a deity, they are apt to suspect him of the grossest infidelity. *A little philosophy, says lord Bacon, makes men atheists: A great deal reconciles them to religion.* For men, being taught, by superstitious prejudices, to lay the stress on a wrong place; when that fails them, and they discover, by a little reflection, that the course of nature is regular and uniform, their whole faith totters, and falls to ruin. But being taught, by more reflection, that this very regularity and uniformity is the strongest proof of design and of a supreme intelligence, they return to that belief, which they had deserted; and they are now able to establish it on a firmer and more durable foundation.

Convulsions in nature, disorders, prodigies, miracles, though the most opposite to the plan of a wise superintendent, impress mankind with the strongest sentiments of religion; the causes of events seeming then the most unknown and unaccountable. Madness, fury, rage, and an inflamed imagination, though they sink men nearest to the level of beasts, are, for a like reason, often supposed to be the only dispositions, in which we can have any immediate communication with the Deity.

We may conclude, therefore, upon the whole, that, since the vulgar, in nations, which have embraced the doctrine of theism, still build it upon irrational and superstitious principles, they are never led into that opinion by any process of argument, but by a certain train of thinking, more suitable to their genius and capacity.

mientos que, entre los que razonan bien, constituyen las dificultades principales para admitir la existencia de una inteligencia suprema, se convierten para él en los únicos argumentos para hacerlo.

Muchos teístas, incluso los más celosos y cultos, han negado una providencia *particular* y han afirmado que la mente soberana o primer principio de todas las cosas, tras haber establecido unas leyes generales que gobiernan la naturaleza, deja que sigan su curso libre e ininterrumpidamente, sin alterar a cada momento el orden establecido de los acontecimientos por medio de disposiciones especiales. Dicen que el principal argumento a favor del teísmo lo obtenemos de la hermosa conexión y rígida observancia de las reglas establecidas y, basándose en idénticos principios, son capaces de dar respuesta a las principales objeciones en contra de él. Pero esto es tan poco comprendido por la mayoría de los hombres que dondequiera que observan que alguien atribuye todos los acontecimientos a causas naturales y prescinde de una deidad particular intermediaria, tienden a considerarle sospechoso de la más grave infidelidad. *Un poco de filosofía*, dice Lord Bacon, *hace a los hombres ateos; mucha, les reconcilia con la religión*. Pues los hombres que, debido a prejuicios supersticiosos, han aprendido a poner el énfasis en el sitio equivocado, cuando esto les falla y descubren, reflexionando un poco, que el curso de la naturaleza es regular y uniforme, toda su fe se tambalea y sucumbe. Pero cuando una mayor reflexión les enseña que precisamente esa regularidad y uniformidad son las pruebas más sólidas de un designio y de una inteligencia suprema, retornan a esa creencia que habían abandonado y son ahora capaces de basarla en una fundamentación más firme y más duradera.

Las perturbaciones que ocurren en la naturaleza, los desastres, los prodigios, los milagros, aun siendo lo más opuesto a los planes de un supervisor inteligente, producen en la humanidad los más fuertes sentimientos religiosos, pues las causas de los acontecimientos les parecen totalmente desconocidas e inexplicables. Se supone a menudo que la locura, la furia, la cólera y una imaginación calenturienta, a pesar de que hundan al hombre hasta, prácticamente, el nivel de los animales, son, por las mismas razones, las únicas disposiciones por medio de las cuales podemos establecer una comunicación inmediata con la Deidad.

De todo lo anterior podemos concluir que, como el vulgo, en las naciones que han abrazado la doctrina del teísmo, se basa todavía en unos principios irracionales y supersticiosos, no llega nunca a tal opinión siguiendo un proceso racional, sino a través de una secuencia de pensamientos más acorde con sus dotes naturales y su capacidad.

It may readily happen, in an idolatrous nation, that though men admit the existence of several limited deities, yet is there some one God, whom, in a particular manner, they make the object of their worship and adoration. They may either suppose, that, in the distribution of power and territory among the gods, their nation was subjected to the jurisdiction of that particular deity; or reducing heavenly objects to the model of things below, they may represent one god as the prince or supreme magistrate of the rest, who, though of the same nature, rules them with an authority, like that which an earthly sovereign exercises over his subjects and vassals. Whether this god, therefore, be considered as their peculiar patron, or as the general sovereign of heaven, his votaries will endeavour by every art, to insinuate themselves into his favour; and supposing him to be pleased, like themselves, with praise and flattery, there is no eulogy or exaggeration, which will be spared in their addresses to him. In proportion as men's fears or distresses become more urgent, they still invent new strains of adulation; and even he who outdoes his predecessor in swelling up the titles of his divinity, is sure to be outdone by his successor in newer and more pompous epithets of praise. Thus they proceed; till at last they arrive at infinity itself, beyond which there is no farther progress: And it is well, if, in striving to get farther, and to represent a magnificent simplicity, they run not into inexplicable mystery, and destroy the intelligent nature of their deity, on which alone any rational worship or adoration can be founded. While they confine themselves to the notion of a perfect being, the creator of the world, they coincide, by chance, with the principles of reason and true philosophy; though they are guided to that notion, not by reason, of which they are in a great measure incapable, but by the adulation and fears of the most vulgar superstition.

We often find, amongst barbarous nations, and even sometimes amongst civilized, that, when every strain of flattery has been exhausted towards arbitrary princes, when every human quality has been applauded to the utmost; their servile courtiers represent them, at last, as real divinities, and point them out to the people as objects of adoration. How much more natural, therefore, is it, that a limited deity, who at first is supposed only the immediate author of the particular goods and ills in life, should in the end be represented as sovereign maker and modifier of the universe?

Even where this notion of a supreme deity is already established; though it ought naturally to lessen every other worship, and

Puede fácilmente ocurrir que, en un pueblo idólatra, aunque los hombres admitan la existencia de varias deidades limitadas, exista, con todo, un Dios a quien, de modo especial, conviertan en objeto de veneración y adoración. Pueden suponer que al distribuirse el poder y el territorio entre los dioses, su país quedó sometido a la jurisdicción de esa deidad en concreto; o rebajando los objetos celestiales al modelo de las cosas de aquí abajo, pueden representarse a un Dios como el principal o el supremo magistrado de los demás, quien, aun siendo de su misma naturaleza, los gobierna con una autoridad similar a la que un soberano ejerce en la tierra sobre sus súbditos y vasallos. Tanto si este dios es considerado como su patrono particular o como soberano general del cielo, sus devotos tratarán por cualquier medio de lograr sus favores. Y como suponen que se siente complacido, igual que les ocurre a ellos, con las alabanzas y los halagos, no escatimarán elogios o exageraciones al dirigirse a él. A medida que los miedos o aflicciones se hacen más apremiantes, los hombres van inventando nuevos procedimientos de adulación. Y ocurre, incluso, que quien sobrepasa a su predecesor en inflar los títulos otorgados a su divinidad, con seguridad será sobrepasado por su sucesor en nuevos y más pomposos epítetos de alabanza. Y proceden de este modo hasta que, por fin, llegan a la infinitud, más allá de la cual no es posible el progreso. Y todo va bien si, en su esfuerzo por ir más lejos y representarse una simplicidad magnífica, no acaban topándose con un misterio inexplicable y destruyen la naturaleza inteligente de la deidad, que es lo único en que puede basarse cualquier forma de veneración o adoración racional. Mientras se limitan a la noción de un ser perfecto, creador del mundo, coinciden, por casualidad, con los principios de la razón y de la verdadera filosofía, aunque lleguen a esa idea no razonando, de lo que en gran medida son incapaces, sino por la adulación y los miedos propios de la superstición más vulgar.

A menudo encontramos que entre los pueblos bárbaros, e incluso entre los civilizados, cuando toda alabanza y adulación dirigidas a príncipes arbitrarios se han agotado, cuando todas sus cualidades humanas han sido exaltadas al máximo, sus serviles cortesanos les representan, finalmente, como divinidades reales y se los muestran a la gente como objetos de adoración. ¿Cuánto más natural es que una deidad limitada, a la que en un principio sólo se supone autora inmediata de los bienes y males particulares de la vida, sea finalmente representada como la soberana hacedora y modificadora del Universo?

Incluso donde ya se encuentra establecida esta idea de una deidad suprema, aunque naturalmente debería reducirse cualquier otra

abase every object of reverence, yet if a nation has entertained the opinion of a subordinate tutelary divinity, saint, or angel; their addresses to that being gradually rise upon them, and encroach on the adoration due to their supreme deity. The Virgin Mary, ere checked by the reformation, had proceeded, from being merely a good woman, to usurp many attributes of the Almighty: God and St. Nicholas go hand in hand, in all the prayers and petitions of the Muscovites.

Thus the deity, who, from love, converted himself into a bull, in order to carry off Europa; and who, from ambition, dethroned his father, Saturn, became the Optimus Maximus of the heathens. Thus, the God of Abraham, Isaac, and Jacob, became the supreme deity or Jehovah of the Jews.

The Jacobins, who denied the immaculate conception, have ever been very unhappy in their doctrine, even though political reasons have kept the Romish church from condemning it. The Cordeliers have run away with all the popularity. But in the fifteenth century, as we learn from Boulainvilliers<sup>38</sup>, an Italian *Corde-lier* maintained, that, during the three days, when Christ was interred, the hypostatic union was dissolved, and that his human nature was not a proper object of adoration, during that period. Without the art of divination, one might foretell, that so gross and impious a blasphemy would not fail to be anathematized by the people. It was the occasion of great insults on the part of the Jacobins; who now got some recompense for their misfortunes in the war about the immaculate conception.

Rather than relinquish this propensity to adulation, religionists, in all ages, have involved themselves in the greatest absurdities and contradictions.

Homer, in one passage, calls Oceanus and Tethys the original parents of all things, conformably to the established mythology and tradition of the Greeks: Yet, in other passages, he could not forbear complimenting Jupiter, the reigning deity, with that magnificent appellation; and accordingly denominates him the father of gods and men. He forgets, that every temple, every street was full of the ancestors, uncles, brothers, and sisters of this Jupiter; who was in reality nothing but an upstart parricide and usurper. A like contradiction is observable in Hesiodo; and is so much the less excusable, as his professed intention was to deliver a true genealogy of the gods.

38. *Histoire abrégée*, p. 499.

forma de adoración y despreciarse cualquier otro objeto de reverencia, con todo, si un pueblo ha mantenido la idea de una divinidad tutelar subordinada, santo o ángel, poco a poco empieza a elevar sus peticiones a ese ser y a suprimir la adoración debida a la deidad suprema. La Virgen María, antes de que la Reforma lo impidiera, había pasado de ser simplemente una mujer buena a usurpar muchos atributos del Todopoderoso. Dios y San Nicolás van a la par en las oraciones y súplicas de los moscovitas.

Así, la deidad que por amor se convirtió en un toro para raptar a Europa y que por ambición destronó a su padre Saturno, llegó a ser el Óptimus Máximus de los paganos. De ese modo, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob se convirtió en la divinidad suprema o Jehová de los judíos. Los dominicos, que negaron la Inmaculada Concepción, han sido siempre muy desafortunados con su doctrina, incluso aunque por razones políticas la Iglesia de Roma se ha abstenido de condenarla. Los franciscanos recoletos han acaparado toda la popularidad. Pero en el siglo XV, como sabemos por Boulainvilliers<sup>38</sup>, un franciscano recoleto italiano mantuvo que, durante los tres días en que Cristo estuvo enterrado, se disolvió la unión hipostática y su naturaleza humana no constituyó un objeto de adoración adecuado durante ese tiempo. No hace falta tener facultades adivinatorias para predecir que una blasfemia tan enorme e impía no dejaría de ser anatematizada por la gente. Fue motivo de grandes insultos contra ellos por parte de los dominicos, quienes lograron así alguna recompensa por sus desventuras en la polémica sobre la Inmaculada Concepción.

Antes que abandonar esta propensión a la adulación, los fanáticos religiosos de todas las épocas se han enredado en los mayores absurdos y contradicciones.

Homero en un pasaje llama a Océano y a Tetis primeros padres de todas las cosas, conforme a la mitología aceptada y a la tradición griegas. Con todo, en otros pasajes no puede por menos que elogiar a Júpiter, la deidad reinante, con esa magnífica denominación, y, de acuerdo con ello, le denomina padre de los dioses y de los hombres. Olvida que todos los templos y todas las calles estaban llenos de los antepasados, tíos, hermanos y hermanas de este Júpiter, quien no era, en realidad, más que un parricida arribista y un usurpador. Una contradicción similar se observa en Hesíodo, y en este caso es mucho menos excusable, pues su intención manifiesta era la de ofrecer una genealogía verdadera de los dioses.

38. Quizá Comte Henri de Boulainvilliers, *Abrégé chronologique de l'histoire de France*, 3 vols., Paris, 1733.

Were there a religion (and we may suspect Mahometanism of this inconsistency) which sometimes painted the Deity in the most sublime colours, as the creator of heaven and earth; sometimes degraded him nearly to a level with human creatures in his powers and faculties; while at the same time it ascribed to him, suitable infirmities, passions, and partialities, of the moral kind: That religion, after it was extinct, would also be cited as an instance of those contradictions, which arise from the gross, vulgar, natural conceptions of mankind, opposed to their continual propensity towards flattery and exaggeration. Nothing indeed would prove more strongly the divine origin of any religion, than to find (and happily this is the case with Christianity) that it is free from a contradiction, so incident to human nature.

## Sect. VII

## CONFIRMATION OF THIS DOCTRINE

It appears certain, that, though the original notions of the vulgar represent the Divinity as a limited being, and consider him only as the particular cause of health or sickness; plenty or want; prosperity or adversity; yet when more magnificent ideas are urged upon them, they esteem it dangerous to refuse their assent. Will you say, that your deity is finite and bounded in his perfections; may be overcome by a greater force; is subject to human passions, pains, and infirmities; has a beginning, and may have an end? This they dare not affirm; but thinking it safest to comply with the higher encomiums, they endeavour, by an affected ravishment and devotion, to ingratiate themselves with him. As a confirmation of this, we may observe, that the assent of the vulgar is, in this case, merely verbal, and that they are incapable of conceiving those sublime qualities, which they seemingly attribute to the Deity. Their real idea of him, notwithstanding their pompous language, is still as poor and frivolous as ever.

That original intelligence, say the Magians, who is the first principle of all things, discovers himself *immediately* to the mind and understanding alone; but has placed the sun as his image in the visible universe; and when that bright luminary diffuses its beams

Si existiese una religión (y podemos sospechar que el mahometismo cae en esta inconsistencia) que a veces pintase a la Deidad con los más sublimes colores, como creadora de cielos y tierra, que otras veces la degradase casi al nivel de las criaturas humanas en lo concerniente a sus poderes y facultades, y que al mismo tiempo le atribuyese las consiguientes flaquezas, pasiones y parcialidades de tipo moral: esa religión, una vez desaparecida, se citaría como ejemplo de esas contradicciones que surgen de las ideas toscas, vulgares y espontáneas de la humanidad, opuestas a su permanente propensión a la adulación y exageración. Nada, en verdad, probaría con mayor fuerza el origen divino de cualquier religión que encontrar (y esto es lo que afortunadamente ocurre con el cristianismo) que se halla libre de contradicciones, algo tan propio de la naturaleza humana.

## Sección VII

### CONFIRMACIÓN DE ESTA DOCTRINA

Parece cierto que, aunque las nociones primeras de la gente vulgar representan a la Divinidad como un ser limitado y lo consideran sólo como causa particular de la salud o de la enfermedad, de la abundancia o de la carencia, de la prosperidad o de la adversidad; con todo, cuando se les sugieren ideas más grandiosas, consideran peligroso denegarle su asentimiento. ¿Dirán que su deidad es finita y limitada en sus perfecciones, que puede ser vencida por una fuerza mayor, que está sujeta a pasiones, dolores y enfermedades humanos, que tiene un principio y puede que tenga un final? Esto no se atreven a afirmarlo, pero pensando que lo más seguro es realizar los más encendidos elogios, se esfuerzan por medio del éxtasis y de la devoción fingidos, en congraciarse con ella. Como confirmación de lo anterior podemos observar que el asentimiento del vulgo es, en este caso, puramente verbal y que es incapaz de concebir esas sublimes cualidades que aparentemente atribuye a la Deidad. Su idea real de ella, a pesar de su pomposo lenguaje, es tan pobre y tan frívola como siempre.

Esta inteligencia original, dicen los magos\*, primer principio de todas las cosas, se manifiesta *inmediatamente* sólo a la mente y al entendimiento, pero ha puesto al Sol como imagen suya en el mundo visible y cuando esa luminaria brillante difunde sus rayos sobre la

\* [Miembros de la antigua casta sacerdotal persa.]

over the earth and the firmament, it is a faint copy of the glory, which resides in the higher heavens. If you would escape the displeasure of this divine being, you must be careful never to set your bare foot upon the ground, nor spit into a fire, nor throw any water upon it, even though it were consuming a whole city<sup>39</sup>. Who can express the perfections of the Almighty? say the Mahometans. Even the noblest of his works, if compared to him, are but dust and rubbish. How much more must human conception fall short of his infinite perfections? His smile and favour renders men for ever happy; and to obtain it for your children, the best method is to cut off from them, while infants, a little bit of skin, about half the breadth of a farthing. Take two bits of cloth<sup>40</sup>, say the *Roman catholics*, about an inch or an inch and a half square, join them by the corners with two strings or pieces of tape about sixteen inches long, throw this over your head, and make one of the bits of cloth lie upon your breast, and the other upon your back, keeping them next your skin: There is not a better secret for recommending yourself to that infinite Being, who exists from eternity to eternity.

The Getes, commonly called immortal, from their steady belief of the soul's immortality, were genuine theists and unitarians. They affirmed Zamolxis, their deity, to be the only true god; and asserted the worship of all other nations to be addressed to mere fictions and chimeras. But were their religious principles any more refined, on account of these magnificent pretensions? Every fifth year they sacrificed a human victim, whom they sent as a messenger to their deity, in order to inform him of their wants and necessities. And when it thundered, they were so provoked, that, in order to return the defiance, they let fly arrows at him, and declined not the combat as unequal. Such at least is the account, which Herodotus gives of the theism of the immortal Getes<sup>41</sup>.

39. Hyde *de Relig. veterum Persarum*.

40. Called the Scapulaire.

41. Lib. iv. 94.

Tierra y el firmamento, es sólo una débil copia de su gloria, que se encuentra en los elevados cielos. Si queréis evitar ofender a este ser divino, deberéis tener cuidado de no poner los pies descalzos en el suelo, ni escupir en el fuego, ni arrojar agua en él, aunque estuviera destruyendo una ciudad entera<sup>39</sup>. ¿Quién puede expresar las perfecciones del Todopoderoso?, dicen los mahometanos. Aun las más nobles de sus obras, si las comparamos con Él, son sólo polvo y basura. ¡Cuánto más alejadas deben estar las ideas humanas de sus perfecciones infinitas! Su sonrisa y su favor hacen a los hombres felices para siempre. Y para lograr aquellos beneficios para vuestros hijos, el mejor procedimiento consiste en cortar un pedacito de piel, de un tamaño insignificante, como de un octavo de penique, cuando son bebés\*. Tomad dos pedacitos cuadrados de tela<sup>40</sup>, dicen los *católicos romanos*, de una pulgada o pulgada y media, unid ambos por las esquinas con dos cordones o trozos de cinta de unas dieciséis pulgadas de largo, ponéoslo por la cabeza y colocad uno de los trocitos de tela sobre vuestro pecho y el otro en la espalda, manteniéndolos en contacto con la piel: no existe un secreto mejor para encomendarse uno a ese Ser infinito que existe desde la eternidad por toda la eternidad.

Los getas, comúnmente llamados inmortales por su firme creencia en la inmortalidad del alma, fueron auténticos teístas y unitarios. Afirmaban que Zalmoxis, su deidad, era el único dios verdadero y aseguraban que la adoración que realizaban todos los demás pueblos estaba dirigida a meras ficciones y quimeras. Pero ¿eran sus principios religiosos más refinados debido a estas extraordinarias pretensiones? Cada cinco años sacrificaban una víctima humana, a quien enviaban como mensajera a su divinidad, con el fin de informarla de sus deseos y necesidades. Y cuando tronaba se sentían tan irritados que, para devolver el desafío, lanzaban flechas contra ella y no rehusaban entrar en combate al no considerarlo desigual. Tal es, al menos, el relato que nos ofrece Herodoto del teísmo de los getas inmortales<sup>41</sup>.

39. Thomas Hyde, *Historia de la religión de los antiguos persas y de los magos; vida de Zoroastro, etc.* Oxford, 1700.

\* [Hume alude aquí a la circuncisión.]

40. Llamado escapulario.

41. IV, 94.

## Sect. VIII

FLUX AND REFLUX  
OF POLYTHEISM AND THEISM

It is remarkable, that the principles of religion have a kind of flux and reflux in the human mind, and that men have a natural tendency to rise from idolatry to theism, and to sink again from theism into idolatry. The vulgar, that is, indeed, all mankind, a few excepted, being ignorant and uninstructed, never elevate their contemplation to the heavens, or penetrate by their disquisitions into the secret structure of vegetable or animal bodies; so far as to discover a supreme mind or original providence, which bestowed order on every part of nature. They consider these admirable works in a more confined and selfish view; and finding their own happiness and misery to depend on the secret influence and unforeseen concurrence of external objects, they regard, with perpetual attention, the *unknown causes*, which govern all these natural events, and distribute pleasure and pain, good and ill, by their powerful, but silent, operation. The unknown causes are still appealed to on every emergence; and in this general appearance or confused image, are the perpetual objects of human hopes and fears, wishes and apprehensions. By degrees, the active imagination of men, uneasy in this abstract conception of objects, about which it is incessantly employed, begins to render them more particular, and to clothe them in shapes more suitable to its natural comprehension. It represents them to be sensible, intelligent beings, like mankind; actuated by love and hatred, and flexible by gifts and entreaties, by prayers and sacrifices. Hence the origin of religion: And hence the origin of idolatry or polytheism.

But the same anxious concern for happiness, which begets the idea of these invisible, intelligent powers, allows not mankind to remain long in the first simple conception of them; as powerful, but limited beings; masters of human fate, but slaves to destiny and the course of nature. Men's exaggerated praises and compliments still swell their idea upon them; and elevating their deities to the utmost bounds of perfection, at last beget the attributes of unity

## Sección VIII

FLUJO Y REFLUJO  
DEL POLITEÍSMO Y DEL TEÍSMO

Merece destacarse que los principios de la religión tienen una especie de flujo y reflujo en la mente humana y que los hombres tienen una tendencia natural a elevarse de la idolatría al teísmo para luego, desde el teísmo, volver a hundirse en la idolatría. El vulgo, o, lo que es lo mismo, la totalidad de la humanidad, salvo escasas excepciones, ignorante y sin instrucción, nunca eleva su contemplación a los cielos ni penetra por medio de sus disquisiciones en la estructura secreta de los organismos vegetales o animales hasta el punto de descubrir una mente suprema o una providencia original que estableció un orden en todas las partes de la naturaleza. Consideran estas obras admirables desde un punto de vista más limitado y egoísta; y como encuentran que su propia felicidad y desgracia dependen de la influencia secreta y de la concurrencia imprevista de objetos externos, consideran con atención incesante las *causas desconocidas* que gobiernan todos esos sucesos naturales y que distribuyen placer y dolor, bien y mal, por medio de su poderosa, aunque callada, operación. Se recurre a las causas desconocidas en cualquier emergencia; y en esta apariencia general o cuadro confuso están los objetos permanentes de las esperanzas y miedos humanos, de sus deseos y aprensiones. Gradualmente, la activa imaginación de los hombres, incómoda en esta concepción abstracta de los objetos que incesantemente la ocupan, empieza a convertirlos en algo más particular, y los reviste de formas más adecuadas a su capacidad natural de comprensión. Se los representa como seres sensibles e inteligentes, como los humanos, que actúan movidos por el amor y el odio, y dúctiles ante las dádivas y las súplicas, ante las oraciones y los sacrificios. De ahí el origen de la religión y de ahí el origen de la idolatría o del politeísmo.

Pero la misma preocupación ansiosa por la felicidad que da origen a la idea de esos poderes invisibles e inteligentes no permite que la humanidad mantenga por mucho tiempo esa primera idea tan sencilla de ellos como seres poderosos, pero limitados, dueños de la suerte de los hombres, pero esclavos del destino y del curso de la naturaleza. Las exageradas súplicas y lisonjas de los hombres engrandecen aún más su idea de ellos y, al elevar a dichas deidades hasta los límites supremos de la perfección, surgen finalmente los atributos de

and infinity, simplicity and spirituality. Such refined ideas, being somewhat disproportioned to vulgar comprehension, remain not long in their original purity; but require to be supported by the notion of inferior mediators or subordinate agents, which interpose between mankind and their supreme deity. These demi-gods or middle beings, partaking more of human nature, and being more familiar to us, become the chief objects of devotion, and gradually recal that idolatry, which had been formerly banished by the ardent prayers and panegyrics of timorous and indigent mortals. But as these idolatrous religions fall every day into grosser and more vulgar conceptions, they at last destroy themselves, and by the vile representations, which they form of their deities, make the tide turn again towards theism. But so great is the propensity, in this alternate revolution of human sentiments, to return back to idolatry, that the utmost precaution is not able effectually to prevent it. And of this, some theists, particularly the Jews and Mahometans, have been sensible; as appears by their banishing all the arts of statuary and painting, and not allowing the representations, even of human figures, to be taken by marble or colours; lest the common infirmity of mankind should thence produce idolatry. The feeble apprehensions of men cannot be satisfied with conceiving their deity as a pure spirit and perfect intelligence; and yet their natural terrors keep them from imputing to him the least shadow of limitation and imperfection. They fluctuate between these opposite sentiments. The same infirmity still drags them downwards, from an omnipotent and spiritual deity, to a limited and corporeal one, and from a corporeal and limited deity to a statue or visible representation. The same endeavour at elevation still pushes them upwards, from the statue or material image to the invisible power; and from the invisible power to an infinitely perfect deity, the creator and sovereign of the universe.

## Sect. IX

### COMPARISON OF THESE RELIGIONS, WITH REGARD TO PERSECUTION AND TOLERATION

Polytheism or idolatrous worship, being founded entirely in vulgar traditions, is liable to this great inconvenience, that any practice or opinion, however barbarous or corrupted, may be authorized by it;

unidad, infinitud, simplicidad y espiritualidad. Tales ideas refinadas, al ser algo desproporcionadas para la comprensión del vulgo, permanecen poco tiempo en su pureza original y requieren apoyarse en la noción de mediadores inferiores o agentes subordinados que se interponen entre la humanidad y su deidad suprema. Estos semidioses o seres intermedios, por compartir muchos aspectos de la naturaleza humana y sernos más familiares, se convierten en los principales objetos de devoción, y se vuelve a caer en la idolatría que anteriormente había sido desterrada por las preces ardientes y los panegíricos de los mortales temerosos e indigentes. Pero como esas religiones idólatras caen siempre en concepciones más burdas y vulgares, acaban destruyéndose a sí mismas y debido a las representaciones infames que se forman de sus deidades, hacen que tal corriente retorne al teísmo. Pero en esta alternancia de sentimientos humanos, es tan grande la propensión a retornar a la idolatría que la máxima precaución no es capaz de evitarla efectivamente. Y algunos teístas, en concreto los judíos y los mahometanos, se han dado cuenta, como puede verse por su proscripción de todas las artes relacionadas con la estatuaria y la pintura y por su rechazo de las representaciones, incluso de figuras humanas, en mármol o por medio de colores, por miedo a que la debilidad común de la humanidad haga surgir de ello la idolatría. La débil capacidad de comprensión de los seres humanos no puede satisfacerse concibiendo la deidad como un espíritu puro y una inteligencia perfecta. Y, sin embargo, sus terrores innatos hacen que no le atribuyan la más leve sombra de limitación e imperfección. Fluctúan entre estos sentimientos opuestos. Esa misma debilidad les hace descender desde una deidad omnipotente y espiritual hasta una limitada y corpórea; y de una deidad corpórea y limitada a una estatua o representación visible. Ese mismo esfuerzo les lleva, al elevarse, de la estatua o imagen material al poder invisible, y del poder invisible a una deidad infinitamente perfecta, el creador y soberano del universo.

## Sección IX

### COMPARACIÓN DE ESTAS RELIGIONES EN LO REFERENTE A LA PERSECUCIÓN Y A LA TOLERANCIA

El politeísmo o culto idolátrico, al estar basado por completo en tradiciones vulgares, está sujeto a un gran inconveniente: puede autorizar cualquier práctica u opinión, por bárbara y depravada que sea. Y

and full scope is given, for knavery to impose on credulity, till morals and humanity be expelled the religious systems of mankind. At the same time, idolatry is attended with this evident advantage, that, by limiting the powers and functions of its deities, it naturally admits the gods of other sects and nations to a share of divinity, and renders all the various deities, as well as rites, ceremonies, or traditions, compatible with each other<sup>42</sup>. Theism is opposite both in its advantages and disadvantages. As that system supposes one sole deity, the perfection of reason and goodness, it should, if justly prosecuted, banish every thing frivolous, unreasonable, or inhuman from religious worship, and set before men the most illustrious example, as well as the most commanding motives, of justice and benevolence. These mighty advantages are not indeed over-balanced (for that is not possible), but somewhat diminished, by inconveniencies, which arise from the vices and prejudices of mankind. While one sole object of devotion is acknowledged, the worship of other deities is regarded as absurd and impious. Nay, this unity of object seems naturally to require the unity of faith and ceremonies, and furnishes designing men with a pretence for representing their adversaries as profane, and the objects of divine as well as human vengeance. For as each sect is positive that its own faith and worship are entirely acceptable to the deity, and as no one can conceive, that the same being should be pleased with different and opposite rites and principles; the several sects fall naturally into animosity, and mutually discharge on each other that sacred zeal and rancour, the most furious and implacable of all human passions.

The tolerating spirit of idolaters, both in ancient and modern times, is very obvious to any one, who is the least conversant in the writings of historians or travellers. When the oracle of Delphi was asked, what rites or worship was most acceptable to the gods?

42. Verrius Flacus, cited by Pliny, lib. xxviii. cap. 2. affirmed, that it was usual for the Romans before they laid siege to any town, to invoke the tutelar deity of the place, and by promising him greater honours than those he at present enjoyed, bribe him to betray his old friends and votaries. The name of the tutelar deity of Rome was for this reason kept a most religious mystery; lest the enemies of republic should be able, in the same manner, to draw him over to their service. For without the name, they thought, nothing of that kind could be practised. Pliny says, that the common form of invocation was preserved to his time in the ritual of the pontiffs. And Macrobius has transmitted a copy of it from the secret things of Sammonicus Serenus.

la situación es propicia para que la bellaquería se imponga sobre la credulidad hasta conseguir que la moralidad y el humanitarismo sean expulsados de los sistemas religiosos de la humanidad. Al mismo tiempo, la idolatría va acompañada de una ventaja evidente, a saber, que al limitar los poderes y funciones de sus deidades, admite naturalmente que los dioses de otras sectas y pueblos compartan la divinidad y hace compatibles entre sí las distintas deidades, así como sus ritos, ceremonias y tradiciones<sup>42</sup>. El teísmo es todo lo contrario, tanto en los aspectos favorables como en los desfavorables. Como este sistema supone la existencia de una sola deidad, perfección de la razón y la bondad, si se siguiese con rigor, se debería desterrar cualquier aspecto frívolo, irracional o inhumano del culto religioso y se deberían proponer a los seres humanos los más ilustres ejemplos, al igual que los motivos más poderosos, de justicia y benevolencia. Estas poderosas ventajas no son de hecho sobrevaloradas (pues eso no es posible), sino algo devaluadas debido a los inconvenientes que surgen de los vicios y prejuicios de la humanidad. Cuando se reconoce un único objeto de devoción, la adoración de otras deidades se considera algo burdo e impío. Ciertamente esta unidad de objeto parece requerir naturalmente unidad de fe y de ritos, y dota a los hombres intrigantes de un pretexto para representar a sus adversarios como seres profanos y objetos de la venganza tanto divina como humana. Porque cuando cada secta está segura de que su propia fe o adoración son absolutamente gratas a la divinidad, y ni puede concebirse siquiera que a ese mismo ser le agraden ritos y principios diferentes y opuestos, las diversas sectas caen naturalmente en la animosidad y descargan unas sobre otras su sagrado celo y rencor, las más furiosas e implacables de todas las pasiones humanas.

El espíritu tolerante de los idólatras, tanto en la antigüedad como en la época moderna, resulta del todo obvio para cualquiera que esté mínimamente al tanto de los escritos de los historiadores o viajeros. Cuando se preguntó al oráculo de Delfos qué ritos o formas de

42. Verrio Flaco, citado por Plinio en la *Historia natural*, XXVIII, 4, 4, afirmaba que entre los romanos era corriente invocar a la deidad tutelar del lugar antes de asediar una ciudad, y prometiéndole honores mayores que los que disfrutaba en ese momento la sobornaban para que traicionase a sus antiguos amigos y devotos. Por esta razón se mantuvo el nombre de la divinidad tutelar de Roma en el más religioso de los misterios, con el fin de que los enemigos de la república no fueran capaces de ponerla a su servicio del mismo modo. Pues pensaban que sin conocer su nombre no podría lograrse nada de esto. Plinio dice que la forma común de invocación estaba preservada en el ritual de los pontífices. Y Macrobio nos ha transmitido una copia de ella obtenida de los asuntos secretos de Sereno Sammónico [*Saturnalia*, III, 9].

Those which are legally established in each city, replied the oracle<sup>43</sup>. Even priests, in those ages, could, it seems, allow salvation to those of a different communion. The Romans commonly adopted the gods of the conquered people; and never disputed the attributes of those local and national deities, in whose territories they resided. The religious wars and persecutions of the Egyptian idolaters are indeed an exception to this rule; but are accounted for by ancient authors from reasons singular and remarkable. Different species of animals were the deities of the different sects among the Egyptians; and the deities being in continual war, engaged their votaries in the same contention. The worshippers of dogs could not long remain in peace with the adorers of cats or wolves<sup>44</sup>. But where that reason took not place, the Egyptian superstition was not so incompatible as is commonly imagined; since we learn from Herodotus<sup>45</sup>, that very large contributions were given by Amasis towards rebuilding the temple of Delphi.

The intolerance of almost all religions, which have maintained the unity of God, is as remarkable as the contrary principle of polytheists. The implacable narrow spirit of the Jews is well known. Mahometanism set out with still more bloody principles; and even to, this day, deals out damnation, though not fire and faggot, to all other sects. And if, among Christians, the English and Dutch have embraced the principles of toleration, this singularity has proceeded from the steady resolution of the civil magistrate, in opposition to the continued efforts of priests and bigots.

The disciples of Zoroaster shut the doors of heaven against all but the Magians<sup>46</sup>. Nothing could more obstruct the progress of the Persian conquests, than the furious zeal of that nation against the temples and images of the Greeks. And after the overthrow of that empire we find Alexander, as a polytheist, immediately reestablishing the worship of the Babylonians, which their former princes, as monotheists, had carefully abolished<sup>47</sup>. Even the blind and devoted

43. Xenoph. *Memor.* lib. i, 3, l.

44. Plutarch, *de Isid & Osiride.* c. 72.

45. Lib. ii. 180.

46. Hyde *de Relig. vet. Persarum.*

47. Arrian. *de Exped.*, lib.iii. 16. Id. lib. vii. 17.

veneración eran más gratos a los dioses, el oráculo respondió<sup>43</sup> que los legalmente establecidos en cada ciudad. Parece que incluso los sacerdotes de tales épocas podían aceptar la salvación de aquellos que tenían distinta comunión. Los romanos, por lo común, adoptaban los dioses de los pueblos conquistados y nunca cuestionaban los atributos de las deidades locales y nacionales en cuyos territorios residían. Las guerras de religión y las persecuciones de los idólatras egipcios son, en verdad, una excepción a esta regla. Pero los autores antiguos nos dan una explicación de ella basándose en razones sorprendentes y notables. Diversas especies de animales fueron las deidades de distintas sectas entre los egipcios. Y como las deidades estaban en continua guerra unas contra otras, comprometían a sus devotos en la misma contienda. Los adoradores de perros no podían estar en paz con los adoradores de gatos o lobos<sup>44</sup>. Pero donde no se esgrimíó esta razón, la superstición egipcia no era tan incompatible [con la religión romana] como se cree comúnmente, pues sabemos por Herodoto<sup>45</sup> que Amosis concedió donativos muy generosos para reconstruir el templo de Delfos.

La intolerancia de casi todas las religiones que han sostenido la creencia en la unicidad de Dios es tan digna de señalar como el principio opuesto mantenido por los politeístas. La implacable estrechez de espíritu de los judíos es bien conocida. El mahometismo se puso en marcha con principios más sangrientos e incluso en la actualidad castiga con la condenación, aunque no con fuego y leña, a todas las demás sectas. Y si, entre los cristianos, los ingleses y los holandeses han abrazado los principios de la tolerancia, esta singularidad tiene su origen en la firme resolución de magistrados civiles, en oposición a los esfuerzos continuos de los clérigos y de los fanáticos.

Los discípulos de Zoroastro cerraron las puertas del cielo a todos excepto a los magos<sup>46</sup>. Nada podía dificultar más el avance de las conquistas persas que el furioso celo de ese pueblo contra los templos y las imágenes de los griegos. Y después de la caída de ese imperio nos encontramos con que Alejandro, como politeísta que era, restableció de inmediato el culto de los babilonios, que los príncipes anteriores, como monoteístas, habían abolido cautelosamente<sup>47</sup>. Y ni siquiera la

43. Jenofonte, *Memorables*, I, 3, 1.

44. Plutarco, «Isis y Osiris», 72.

45. Herodoto, X, II, 180.

46. Hyde, *Historia de la religión de los antiguos persas y de los magos; vida de Zoroastro, etc.*, Oxford, 1700.

47. Arriano, *Anábasis de Alejandro*, III, 16, 3-5. Vid. también VII, 17.

attachment of that conqueror to the Greek superstition hindered not but he himself sacrificed according to the Babylonish rites and ceremonies<sup>48</sup>.

So sociable is polytheism, that the utmost fierceness and antipathy, which it meets with in an opposite religion, is scarcely able to disgust it, and keep it at a distance. Augustus praised extremely the reserve of his grandson, Caius Caesar, when this latter prince, passing by Jerusalem, deigned not to sacrifice according to the Jewish law. But for what reason did Augustus so much approve of this conduct? Only, because that religion was by the Pagans esteemed ignoble and barbarous<sup>49</sup>.

I may venture to affirm, that few corruptions of idolatry and polytheism are more pernicious to society than this corruption of theism<sup>50</sup>, when carried to the utmost height.

The human sacrifices of the Carthaginians, Mexicans, and many barbarous nations<sup>51</sup>, scarcely exceed the inquisition and persecutions of Rome and Madrid. For besides, that the effusion of blood may not be so great in the former case as in the latter; besides this, I say, the human victims, being chosen by lot, or by some exterior signs, affect not, in so considerable a degree, the rest of the society. Whereas virtue, knowledge, love of liberty, are the qualities, which call down the fatal vengeance of inquisitors; and when expelled, leave the society in the most shameful ignorance, corruption, and bondage. The illegal murder of one man by a tyrant is more pernicious than the death of a thousand by pestilence, famine, or any undistinguishing calamity.

In the temple of Diana at Aricia near Rome, whoever murdered the present priest, was legally entitled to be installed his successor<sup>52</sup>. A very singular institution! For, however barbarous and bloody

48. Id. *ibid.*

49. Sueton. *in vita Aug.* c. 93.

50. *Corruptio optimi pessima.*

51. Most nations have fallen into this guilt of human sacrifices; though, perhaps, this impious superstition has never prevailed very much in any civilized nation, unless we except the Carthaginians. For the Tyrians soon abolished it. A sacrifice is conceived as a present; and any present is delivered to their deity by destroying it and rendering it useless to men; by burning what is solid, pouring out the liquid, and killing the animate. For want of a better way of doing him service, we do ourselves an injury; and fancy that we thereby express, at least, the heartiness of our good-will and adoration. Thus our mercenary devotion deceives ourselves, and imagines it deceives the deity.

52. Strabo, lib. v. 239. Sueton. *in vita Cal.* 35.

adhesión ciega y devota a la superstición griega por parte de aquel conquistador le impidió realizar él mismo sacrificios según los ritos y ceremonias de los babilonios<sup>48</sup>.

Tan conciliador es el politeísmo que la suma ferocidad y antipatía que encuentra en una religión opuesta apenas puede causarle disgusto alguno ni mantenerlo a distancia. Augusto alabó en gran manera la reserva de su nieto Cayo César cuando este último príncipe no se dignó, al pasar por Jerusalén, hacer un sacrificio según la ley judía. Pero ¿por qué razón aprobó Augusto esta conducta? Sólo porque esa religión era considerada innoble y bárbara por los paganos<sup>49</sup>.

Puedo aventurarme a afirmar que pocas corrupciones de la idolatría y del politeísmo son más perniciosas para la sociedad que esta corrupción del teísmo<sup>50</sup> cuando se lleva a su más alto grado. Los sacrificios humanos de los cartagineses, mejicanos y muchos otros pueblos bárbaros<sup>51</sup> apenas sobrepasan a la inquisición y a la persecución de Roma y de Madrid. Además, el derramamiento de sangre quizás no fuera tan grande en los primeros casos como en los últimos; más aún, afirmo que al ser elegidas las víctimas humanas por sorteo o por algunos signos externos, no afecta en un grado tan considerable al resto de la sociedad. Mientras que la virtud, el conocimiento, el amor a la libertad son las cualidades que claman la venganza fatal de los inquisidores, y, cuando se las destierra, la sociedad queda sumida en la ignorancia, corrupción y esclavitud más vergonzosas. El asesinato ilegal de un solo hombre por un tirano es más pernicioso que la muerte de mil por la peste, el hambre o cualquier otra calamidad de las que no hacen distinciones.

En el templo de Diana en Aricia, cerca de Roma, quien asesinase al sacerdote existente en un momento dado estaba legalmente autorizado para instalarse como sucesor suyo<sup>52</sup>. ¡Una institución muy

48. Íd., *ibid.*, III, 16, 5.

49. Suetonio, «Augusto», 93, 1.

50. *La corrupción de lo óptimo, pésima*.

51. La mayoría de los pueblos han sido culpables de realizar sacrificios humanos, aunque, quizá, esta impía superstición nunca prevaleció en gran manera en ninguna nación civilizada, con la excepción de los cartagineses. Pues los tirios pronto la abolieron. Un sacrificio es concebido como un don, y cualquier regalo se ofrece a la deidad destruyéndolo y convirtiéndolo en algo inútil para los hombres: quemando lo que es sólido, derramando lo líquido e inmolando lo animado. Por carecer de un modo mejor de servirla, nos hacemos daño a nosotros mismos y nos imaginamos que de este modo expresamos, por lo menos, la sinceridad de nuestra benevolencia y adoración. Por eso nuestra devoción mercenaria nos engaña e imagina que engaña a la deidad.

52. Estrabón, *Geografía*, V, 3, 12. Suetonio, «Calígula», 35, 3.

the common superstitions often are to the laity, they usually turn to the advantage of the holy order.

## Sect. X

## WITH REGARD TO COURAGE OR ABASEMENT

From the comparison of theism and idolatry, we may form some other observations, which will also confirm the vulgar observation, that the corruption of the best things gives rise to the worst.

Where the deity is representad as infinitely superior to mankind, this belief, though altogether just, is apt, when joined with superstitious terrors, to sink the human mind into the lowest submission and abasement, and to represent the monkish virtues of mortification, penance, humility, and passive suffering, as the only qualities which are acceptable to him. But where the gods are conceived to be only a little superior to mankind, and to have been, many of them, advanced from that inferior rank, we are more at our ease in our addresses to them, and may even, without profaneness, aspire sometimes to a rivalry and emulation of them. Hence activity, spirit, courage, magnanimity, love of liberty, and all the virtues which aggrandize a people.

The heroes in paganism correspond exactly to the saints in popery and holy dervises in Mahometanism. The place of Hercules, Theseus, Hector, Romulus, is now supplied by Dominic, Francis, Anthony, and Benedict. Instead of the destruction of monsters, the subduing of tyrants, the defence of our native country; whippings and fastings, cowardice and humility, abject submission and slavish obedience, are become the means of obtaining celestial honours among mankind.

One great incitement to the pious Alexander in his warlike expeditions was his rivalry of Hercules and Bacchus, whom he justly pretended to have excelled<sup>53</sup>. Brasidas, that generous and noble Spartan, after falling in battle, had heroic honours paid him

53. Arrian *passim*.

singular! Pues, por bárbaras y sangrientas que resulten las supersticiones comunes para los laicos, generalmente resultan muy ventajosas para los que pertenecen al orden sagrado.

## Sección X

[COMPARACIÓN DE ESTAS RELIGIONES]

POR LO QUE AL VALOR O A LA HUMILLACIÓN SE REFIERE

A raíz de la comparación del teísmo con la idolatría, podemos realizar algunas otras observaciones que confirmarán también la observación del vulgo de que la corrupción de las cosas mejores da lugar a las peores.

La representación de la deidad como infinitamente superior a la humanidad, a pesar de ser una creencia del todo correcta, es capaz, cuando va unida a terrores supersticiosos, de hundir la mente humana en la sumisión y humillación más bajas y de conseguir que se represente las virtudes monacales de la mortificación, la penitencia, la humildad y el sufrimiento pasivo como las únicas cualidades que le resultan aceptables. Pero cuando los dioses se conciben sólo como escasamente superiores a los seres humanos y se piensa que muchos de ellos sólo han llegado a serlo como consecuencia de un ascenso desde ese rango inferior, nos sentimos más cómodos al dirigirnos a ellos e incluso podemos, sin irreverencia, aspirar a veces a ser sus rivales y a emularlos. Y de ahí surgen la actividad, la energía, el valor, la magnanimidad, el amor a la libertad y todas esas virtudes que engrandecen a un pueblo.

Los héroes del paganismo se corresponden exactamente con los santos del papismo y con los venerables derviches de la religión mahometana. El lugar que antes ocupaban Hércules, Teseo, Héctor y Rómulo lo ocupan ahora Domingo, Francisco, Antonio y Benito. En lugar de destruir a los monstruos, sojuzgar a los tiranos y defender nuestro país natal, la flagelación y el ayuno, la cobardía y la humildad, la sumisión abyecta y la obediencia servil se convierten entre los humanos en los medios para obtener los honores celestiales.

Un gran aliciente para el piadoso Alejandro en sus expediciones guerreras fue su rivalidad con Hércules y Baco, a quienes con razón pretendía haber superado<sup>53</sup>. A Brasidas, aquel generoso y noble espartano, los habitantes de Anfípolis, a cuya defensa se había entrega-

53. Arriano, *passim*. [Vid. especialmente IV, 10, 5-7.]

by the inhabitants of Amphipolis, whose defence he had embraced<sup>54</sup>. And in general, all founders of states and colonies among the Greeks were raised to this inferior rank of divinity, by those who reaped the benefit of their labours.

This gave rise to the observation of Machiavel<sup>55</sup>, that the doctrines of the Christian religion (meaning the catholic; for he knew no other) which recommend only passive courage and suffering, had subdued the spirit of mankind, and had fitted them for slavery and subjection. An observation, which would certainly be just, were there not many other circumstances in human society which controul the genius and character of a religion.

Brasidas seized a mouse, and being bit by it, let it go. *There is nothing so contemptible*, said he, *but what may be safe, if it has but courage to defend itself*<sup>56</sup>. Bellarmine patiently and humbly allowed the fleas and other odious vermin to prey upon him. *We shall have heaven*, said he, *to reward us for ours sufferings: But these poor creatures have nothing but the enjoyment of the present life*<sup>57</sup>. Such difference is there between the maxims of a Greek hero and a Catholic saint.

## Sect. XI

### WITH REGARD TO REASON OR ABSURDITY

Here is another observation to the same purpose, and a new proof that the corruption of the best things begets the worst. If we examine, without prejudice, the ancient heathen mythology, as contained in the poets, we shall not discover in it any such monstrous absurdity, as we may at first be apt to apprehend. Where is the difficulty in conceiving, that the same powers or principles, whatever they were, which formed this visible world, men and animals, produced also a species of intelligent creatures, of more refined substance and greater authority than the rest? That these creatures may be capricious, revengeful, passionate, voluptuous, is easily conceived; nor is any circumstance more apt, among ourselves, to engender such vices, than the licence of absolute authority. And in short, the

54. Thucyd. lib. v. 11.

55. *Discorsi*, lib. vi.

56. Plut. *Apophth.*

57. Bayle, Article «Bellarmine».

do, le concedieron honores de héroe después de que sucumbiera en combate<sup>54</sup>. Y en general, entre los griegos, todos los fundadores de Estados y colonias fueron elevados a ese grado inferior de la divinidad por quienes obtuvieron el beneficio de sus esfuerzos.

Esto dio lugar a la observación de Maquiavelo<sup>55</sup> de que las doctrinas de la religión cristiana (refiriéndose a la católica, pues no conocía otra) que aconsejan sólo el valor y el sufrimiento pasivo habían doblegado el vigor de la humanidad haciendo a sus miembros idóneos para la esclavitud y el sometimiento. Una observación que sería ciertamente exacta si no existiesen muchas otras circunstancias en la sociedad humana que controlan el espíritu y el carácter de una religión.

Brasidas cogió un ratón y, al ser mordido por él, lo dejó escapar. *No existe nada tan despreciable —dijo— pero puede ponerse a salvo con sólo el valor suficiente para defenderse a sí mismo*<sup>56</sup>. Belarmino, paciente y humildemente, permitía que las pulgas y otros destestables insectos le atacasen. *Alcanzaremos el cielo —decía— como recompensa por nuestros sufrimientos, pero estas pobres criaturas sólo tienen el disfrute de la vida presente*<sup>57</sup>. Tal es la diferencia existente entre las máximas de un héroe griego y las de un santo católico.

## Sección XI

### [COMPARACIÓN DE ESTAS RELIGIONES] RESPECTO DE LO RACIONAL O LO ABSURDO

He aquí otra observación a propósito del mismo tema y una nueva prueba de que la corrupción de las cosas mejores produce las peores. Si examinamos sin prejuicios la antigua mitología pagana tal como aparece en los poetas no encontraremos en ella absurdos tan monstruosos como podríamos, en principio, estar inclinados a pensar. ¿Qué dificultad existe en concebir que los mismos poderes o principios, sean los que sean, que formaron este mundo visible, a los hombres y a los animales, produjeran también una especie de criaturas inteligentes de una sustancia más refinada y de una autoridad mayor que el resto? Que esas criaturas puedan ser caprichosas, vengativas,

54. Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, V, 11.

55. *Discursos*, II, 2, 6-7.

56. Plutarco, *Moralía*, «Dichos de reyes y jefes militares»; Brasidas, I.

57. Bayle, Pierre, *Dictionnaire historique et critique*, artículo «Belarmino».

whole mythological system is so natural, that, in the vast variety of planets and worlds, contained in this universe, it seems more than probable, that, somewhere or other, it is really carried into execution.

The chief objection to it with regard to this planet, is, that it is not ascertained by any just reason or authority. The ancient tradition, insisted on by heathen priests and theologers, is but a weak foundation; and transmitted also such a number of contradictory reports, supported, all of them, by equal authority, that it became absolutely impossible to fix a preference amongst them. A few volumes, therefore, must contain all the polemical writings of pagan priests: And their whole theology must consist more of traditional stories and superstitious practices than of philosophical argument and controversy.

But where theism forms the fundamental principle of any popular religion, that tenet is so conformable to sound reason, that philosophy is apt to incorporate itself with such a system of theology. And if the other dogmas of that system be contained in a sacred book, such as the Alcoran, or be determined by any visible authority, like that of the Roman pontiff, speculative reasoners naturally carry on their assent, and embrace a theory, which has been instilled into them by their earliest education, and which also possesses some degree of consistence and uniformity. But as these appearances are sure, all of them, to prove deceitful, philosophy will soon find herself very unequally yoked with her new associate; and instead of regulating each principle, as they advance together, she is at every turn perverted to serve the purposes of superstition. For besides the unavoidable incoherences, which must be reconciled and adjusted; one may safely affirm, that all popular theology, especially the scholastic, has a kind of appetite for absurdity and contradiction. If that theology went not beyond reason and common sense, her doctrines would appear too easy and familiar. Amazement must of necessity be raised: Mystery affected: Darkness and obscurity sought after: And a foundation of merit afforded to the devout votaries, who desire an opportunity of subduing their rebellious reason, by the belief of the most unintelligible sophisms.

Eclesiastical history sufficiently confirms these reflections. When a controversy is started, some people always pretend with

apasionadas o voluptuosas, se concibe fácilmente, pues entre nosotros la circunstancia más propicia para producir tales vicios no es otra que el desenfreno de una autoridad absoluta. Y, en pocas palabras, la totalidad del sistema mitológico es tan natural que, en la enorme variedad de planetas y mundos contenidos en este universo, parece más que probable que, en un lugar u otro, se lleve realmente a efecto.

La principal objeción a lo anterior, por lo que se refiere a nuestro planeta, es que no ha sido resultado de ningún razonamiento lógico ni de una autoridad competente. La tradición antigua, que se empeñan en mantener sacerdotes y teólogos paganos, no es más que una base poco sólida, y nos ha transmitido también un número tal de relatos contradictorios, basados todos ellos en una autoridad similar, que ha llegado a ser totalmente imposible establecer una preferencia entre ellos. Unos cuantos volúmenes, por tanto, tienen que contener todos los escritos polémicos de los sacerdotes paganos. Y toda su teología tiene que consistir más en relatos tradicionales y prácticas supersticiosas que en argumentaciones y controversias filosóficas.

Pero donde el teísmo constituye el principio fundamental de una religión popular, esa doctrina está tan de acuerdo con una razón sólida que la filosofía puede incorporarse a tal sistema de teología. Y si los otros dogmas de ese sistema están contenidos en un libro sagrado, como el Corán, o son establecidos por una autoridad visible, como la del Romano Pontífice, quienes razonan especulativamente les conceden de forma natural su asentimiento y aceptan una teoría que les ha sido inculcada en las primeras etapas de su educación y que posee, además, un cierto grado de consistencia y uniformidad. Pero como esas apariencias son, con seguridad, todas engañosas, la filosofía pronto se encuentra en una situación de fuerte desequilibrio en la unión con su nueva socia; y en vez de regular cada principio a medida que avanzan juntas, se desvía a cada momento para ponerse al servicio de la superstición. Pues, además de las inevitables incoherencias que deben ser reconciliadas y adaptadas, se puede afirmar con seguridad que toda teología popular, especialmente la escolástica, tiene una especie de querencia por lo absurdo y la contradicción. Si esa teología no fuera más allá de la razón y del sentido común, sus doctrinas parecerían demasiado fáciles y familiares. El asombro tiene que surgir necesariamente; el misterio, fingirse; las tinieblas y la oscuridad deben desearse fervientemente. Y se debe impulsar a hacer méritos a los piadosos fanáticos que desean una oportunidad para someter su rebelde razón aceptando la creencia en los más ininteligibles sofismas.

La historia eclesiástica confirma suficientemente estas reflexiones. Cuando se inicia una controversia, siempre hay alguien que

certainty to foretell the issue. Whichever opinion, say they, is most contrary to plain sense is sure to prevail; even where the general interest of the system requires not that decision. Though the reproach of heresy may, for some time, be bandied about among the disputants, it always rests at last on the side of reason. Any one, it is pretended, that has but learning enough of this kind to know the definition of Arian, Pelagian, Erastian, Socinian, Sabellian, Eutychian, Nestorian, Monothelite, &c. not to mention Protestant, whose fate is yet uncertain, will be convinced of the truth of this observation. It is thus a system becomes more absurd in the end, merely from its being reasonable and philosophical in the beginning.

To oppose the torrent of scholastic religion by such feeble maxims as these, that *it is impossible for the same thing to be and not not to be*, that *the whole is greater than a part*, that *two and three make five*; is pretending to stop the ocean with a bull rush. Will you set up profane reason against sacred mystery? No punishment is great enough for your impiety. And the same fires, which were kindled for hereties, will serve also for the destruction of philosophers.

## Sect. XII

### WITH REGARD TO DOUBT OR CONVICTION

We meet every day with people so sceptical with regard to history, that they assert it impossible for any nation ever to believe such absurd principles as those of Greek and Egyptian paganism; and at the same time so dogmatical with regard to religion, that they think the same absurdities are to be found in no other communion. Cambyzes entertained like prejudices; and very impiously ridiculed, and even wounded, Apis, the great god of the Egyptians, who appeared to his profane senses nothing but a large spotted bull. But Herodotus<sup>58</sup> judiciously ascribes this sally of passion to a real madness or disorder of the brain: Otherwise, says the historian, he never would have openly affronted any established worship. For on that head,

58. lib. iii. c. 38.

pretende conocer de antemano el resultado con certeza. Dicen que la opinión que más se oponga al sentido común será con seguridad la que prevalezca, incluso donde el interés general del sistema no requiera esa decisión. Aunque la acusación de herejía pueda, en algunas ocasiones, pasar de unos a otros entre los que disputan, siempre se quedará al final en el bando de la razón. Se pretende que cualquiera que tenga la suficiente cultura como para conocer la definición de arriano, pelagiano, erastiano, sociniano, sabeliano, eutiquiano, nestoriano, monotelita\*, etc., por no mencionar la de protestante, cuya suerte aún es incierta, se convencerá de la verdad de esta observación. Es así como un sistema acaba siendo más absurdo, simplemente por haber sido razonable y filosófico en sus comienzos.

Oponerse al torrente de la religión escolástica con máximas tan débiles como que *es imposible para una misma cosa ser y no ser, que el todo es mayor que la parte, que dos más tres son cinco*, es pretender detener el océano con un haz de juncos. ¿Queréis instaurar la razón profana frente a los misterios sagrados? No existe un castigo lo suficientemente grande para vuestra impiedad. Y las mismas hogueras que fueron encendidas para los herejes servirán también para la destrucción de los filósofos.

## Sección XII

### [COMPARACIÓN DE ESTAS RELIGIONES] EN LO REFERENTE A LA DUDA O A LA CONVICCIÓN

Todos los días nos encontramos con gentes tan escépticas respecto a la historia que afirman que es imposible que algún pueblo haya creído en principios tan absurdos como los del paganismo griego y egipcio; y al mismo tiempo son tan dogmáticos por lo que a la religión se refiere que piensan que esos mismos absurdos no se encuentran en ninguna otra fe. Cambises tuvo prejuicios semejantes y de modo muy poco piadoso ridiculizó e incluso hirió a Apis, el gran dios de los egipcios, quien ante sus sentidos profanos aparecía simplemente como un gran buey con manchas. Pero Herodoto<sup>58</sup> juiciosamente atribuye este estallido pasional a una verdadera locura o a un desorden de su cerebro; de otro modo, dice el historiador, nunca hubiera infligido una afrenta de forma tan manifiesta a ningún culto estable-

\* [Hume enumera aquí a los defensores de distintos tipos de herejías.]  
58. III, 38. [El incidente de Apis lo narra antes, en los capítulos 29 y 30.]

continues he, every nation are best satisfied with their own, and think they have the advantage over every other nation.

It must be allowed, that the Roman Catholics are a very learned sect; and that no one communion, but that of the church of England, can dispute their being the most learned of all the Christian churches: Yet Averroes, the famous Arabian, who, no doubt, had heard of the Egyptian superstitions, declares, that, of all religions, the most absurd and nonsensical is that, whose votaries eat, after having created, their deity.

I believe, indeed, that there is no tenet in all paganism, which would give so fair a scope to ridicule as this of the *real presence*: For it is so absurd, that it eludes the force of all argument. There are even some pleasant stories of that kind, which, though somewhat profane, are commonly told by the Catholics themselves. One day, a priest, it is said, gave inadvertently, instead of the sacrament, a counter, which had by accident fallen among the holy wafers. The communicant waited patiently for some time, expecting it would dissolve on his tongue: But finding that it still remained entire, he took it off. *I wish*, cried he to the priest, *you have not committed some mistake: I wish you have not given me God the Father: He is so hard and tough there is no swallowing him.*

A famous general, at that time in the Muscovite service, having come to Paris for the recovery of his wounds, brought along with him a young Turk, whom he had taken prisoner. Some of the doctors of the Sorbonne (who are altogether as positive as the dervises of Constantinople) thinking it a pity, that the poor Turk should be damned for want of instruction, solicited Mustapha very hard to turn Christian, and promised him, for his encouragement, plenty of good wine in this world, and paradise in the next. These allurements were too powerful to be resisted; and therefore, having been well instructed and catechized, he at last agreed to receive the sacraments of baptism and the Lord's supper. The priest, however, to make every thing sure and solid, still continued his instructions and began the next day with the usual question, *How many Gods are there? None at all*, replies Benedict; for that was his new name. *How! None at all!* cries the priest. *To be sure*, said the honest proselyte. *You have told me all along that there is but one God: And yesterday I eat him.*

Such are the doctrines of our brethren the Catholics. But to these doctrines we are so accustomed, that, we never wonder at

cido. Pues en este asunto, continúa diciendo, todos los pueblos están muy satisfechos con los suyos y piensan que están por encima de todos los demás.

Debe admitirse que los católicos romanos son una secta muy ilustrada y que ninguna otra comunión religiosa, a no ser la iglesia de Inglaterra, puede disputarle el ser la más culta de todas las iglesias cristianas. Y, sin embargo, Averroes, el famoso árabe que sin duda había oído hablar de las supersticiones egipcias, declara que, de todas las religiones, la más absurda y sin sentido es aquella en la que sus devotos, después de haber creado a su deidad, se la comen.

Creo que no existe ninguna afirmación en todo el paganismo que ofrezca una posibilidad tan adecuada para hacer el ridículo como la que afirma la *presencia real* [de Cristo en la Eucaristía]: es tan absurdo que escapa a la fuerza de todo argumento. Hay incluso algunas historias divertidas sobre este tema y que, aunque algo irreverentes, son narradas frecuentemente por los propios católicos. Se dice que un día un sacerdote dio inadvertidamente, en lugar del sacramento, una ficha que había caído por casualidad entre las sagradas formas. El comulgante esperó pacientemente durante algún tiempo a que se disolviese en la lengua. Pero al ver que seguía entera, se la sacó de la boca. *¡Ojalá no se hubiera equivocado!*, gritó al sacerdote. *¡Ojalá no me hubiese dado a Dios Padre: es tan duro y resistente que no hay quien se lo trague!*

Un famoso general que estaba en aquella época al servicio de Moscú llegó a París para recuperarse de sus heridas y trajo con él a un joven turco, a quien había hecho prisionero. Algunos doctores de la Sorbona (que son tan categóricos como los derviches de Constantinopla), pensando que sería una pena que el pobre turco se condenase por falta de instrucción, pidieron a Mustafá con mucha insistencia que se convirtiese al cristianismo y le prometieron, para animarle, vino bueno y abundante en este mundo y el paraíso en el otro. Estos alicientes fueron demasiado poderosos para resistirse. Y por ello, después de haber sido bien instruido y catequizado, estuvo finalmente de acuerdo en recibir los sacramentos del Bautismo y de la Cena del Señor. El sacerdote, sin embargo, para asegurar y consolidar todo bien, continuó todavía su enseñanza y empezó al día siguiente con la pregunta habitual: *¿Cuántos dioses hay?* *Ninguno*, contestó Benito, pues ése era su nuevo nombre. *¡Cómo!* *¡Ninguno!*, gritó el sacerdote. *¡Segurísimo!*, dijo el honrado prosélito. *Siempre me ha dicho que no existe más que un solo Dios, y ayer me lo comí.*

Tales son las doctrinas de nuestros hermanos los católicos. Pero estamos tan acostumbrados a estas doctrinas que nunca nos causan

them: Though in a future age, it will probably become difficult to persuade some nations, that any human, two legged creature could ever embrace such principles. And it is a thousand to one, but these nations themselves shall have something full as absurd in their own creed, to which they will give a most implicit and most religious assent.

I lodged once at Paris in the same *hotel* with an ambassador from Tunis, who, having passed some years at London, was returning home that way. One day I observed his Moorish excellency diverting himself under the porch, with surveying the splendid equipages that drove along; when there chanced to pass that way some *Capucin* friars, who had never seen a Turk; as he, on his part, though accustomed to the European dresses, had never seen the grotesque figure of a *Capucin*: And there is no expressing the mutual admiration, with which they inspired each other. Had the chaplain of the embassy entered into a dispute with these Franciscans, their reciprocal surprize had been of the same nature. Thus all mankind stand staring at one another; and there is no beating it into their heads, that the turban of the African is not just as good or as bad a fashion as the cowl of the European. *He is a very honest man*, said the prince of Sallee, speaking of de Ruyter. *It is a pity he were a Christian*.

How can you worship leeks and onions? we shall suppose a Sorbonnist to say to a priest of Sais. If we worship them, replies the latter; at least, we do not, at the same time, eat them. But what strange objects of adoration are cats and monkies? says the learned doctor. They are at least as good as the relics or rotten bones of martyrs, answers his no less learned antagonist. Are you not mad, insists the Catholic, to cut one another's throat about the preference of a cabbage or a cucumber? Yes, says the pagan; I allow it, if you will confess, that those are still madder, who fight about the preference among volumes of sophistry, ten thousand of which are not equal in value to one cabbage or cucumber<sup>59</sup>.

59. It is strange that the Egyptian religion, though so absurd, should yet have borne so great a resemblance to Jewish, that ancient writers even of the greatest genius were not able to observe any difference between them. For it is very remarkable that both Tacitus and Suetonius, when they mention that decree of the senate, under Tiberius, by which the Egyptians and Jewish proselytes were banished from Rome, expressly treat these religions as the same; and it appears, that even the decree itself was founded on that supposition. «Actum & de sacris Aegyptiis Judaicisque pellendis; factumque patrum consultum, ut quatuor millia libertini generis *ea superstitione* infecta, quis ido-

asombro, aunque en una época futura resultará probablemente difícil persuadir a algunas naciones de que un ser humano, una criatura bípeda, haya podido abrazar alguna vez tales principios. Y apuesto mil contra uno a que esas mismas naciones tendrán algo exactamente igual de absurdo en su propio credo, a lo que darán el más fiel y absoluto asentimiento.

Me alojé una vez en París en el mismo *hotel* que un embajador de Túnez, quien, después de pasar algunos años en Londres, regresaba a su patria por esa ruta. Un día en que observaba cómo su excelencia mora se divertía viendo desde el porche los espléndidos carruajes que pasaban, acertaron a pasar por allí unos frailes capuchinos que nunca habían visto a un turco; éste, por su parte, aunque estaba acostumbrado a las vestimentas europeas, nunca había visto la figura grotesca de un capuchino. No existe forma de expresar la admiración que mutuamente se inspiraron. Si el capellán de la embajada hubiera comenzado una discusión con dichos franciscanos, su recíproca sorpresa hubiera sido de la misma naturaleza. Todos los seres humanos se quedan mirándose unos a otros con extrañeza y no hay forma de meterles en la cabeza que el turbante del africano es una moda tan buena o tan mala como la capucha del europeo. *Es un hombre muy honrado*, dijo el príncipe de Salé\*, refiriéndose a de Ruyter, *ilástima que sea cristiano!*

¿Cómo podéis venerar puerros y cebollas?, podemos suponer que dice un doctor de la Sorbona a un sacerdote de Saís. Si los veneramos, respondería este último, al menos no nos los comemos también. Pero ¿qué extraños objetos de adoración son los gatos y monos?, diría el ilustrado doctor. Son al menos tan buenos como las reliquias o huesos putrefactos de los mártires, contestaría su no menos ilustrado antagonista. ¿No está usted loco, insiste el católico, cuando degüella a otro por preferir un repollo o un pepino? Sí, dice el pagano, lo admito, si usted confiesa que aún están más locos quienes pelean por preferir unos tomos de sofisterías a otros, diez mil de los cuales no valen siquiera lo que un repollo o un pepino<sup>59</sup>.

\* [Ciudad de Marruecos.]

59. Es extraño que la religión egipcia, aunque tan absurda, se asemeje tanto a la judía que los escritores antiguos de la mayor inteligencia no fueran capaces de observar ninguna diferencia entre ellas. Pues es muy digno de destacar que cuando, bajo el imperio de Tiberio, tanto Tácito como Suetonio mencionan ese decreto del Senado por el cual los prosélitos egipcios y judíos eran desterrados de Roma, traten de forma expresa esas dos religiones como si fueran la misma. Y parece que el propio decreto se basaba en esa suposición. «Se trató también de proscribir los cultos religiosos egipcios y judaicos, y se promulgó un edicto del Senado para que cuatro mil libertos infectados

Every by-stander will easily judge (but unfortunately the by-standers are few) that, if nothing were requisite to establish any popular system, but exposing the absurdities of other systems, every voter of every superstition could give a sufficient reason for his blind and bigotted attachment to the principles in which he has been educated. But without so extensive a knowledge, on which to ground this assurance (and perhaps, better without it), there is not wanting a sufficient stock of religious zeal and faith among mankind. Diodorus Siculus<sup>60</sup> gives a remarkable instance to this purpose, of which he was himself an eye-witness. While Egypt lay under the greatest terror of the Roman name, a legionary soldier having inadvertently been guilty of the sacrilegious impiety of killing a cat, the whole people rose upon him with the utmost fury; and all the efforts of the prince were not able to save him. The senate and people of Rome, I am persuaded, would not, then, have been so delicate with regard to their national deities. They very frankly, a little after that time, voted Augustus a place in the celestial mansions; and would have dethroned every god in heaven, for his sake, had he seemed to desire it. *Praesens divus habebitur* Augustus, says Horace. That is a very important point: And in other nations and other ages, the same circumstance has not been deemed altogether indifferant<sup>61</sup>.

Notwithstanding the sanctity of our holy religion, says Tully<sup>62</sup>, no crime is more common with us than sacrilege: But was it ever heard of, that an Egyptian violated the temple of a cat, an ibis, or a crocodile? There is no torture, an Egyptian would not undergo,

nea aetas, in insulam Sardiniam veherentur, coercendis illic latrociniis; & si ob gravitatem coeli interissent, *vile damnum*: Ceteri cederent Italia, nisi certam ante diem profanos ritus exuissent» (Tacit. *ann.* lib. ii. c. 85). Externas caeremonias, Aegyptios Judaicosque ritus compescuit; coactis qui *superstitione ea* tenebantur, religiosas vestes cum instrumento omni comburere, &c. (Sueton. *Tiber.* c. 36. These wise heathens, observing something in the general air, and genius, and spirit of two religions to be the same, esteemed the differences of their dogmas too frivolous to deserve any attention.

60. Lib. i. 83.

61. When Louis XIVth took on himself the protection of the Jesuits College of Clermont, the society ordered the king's arms to be put up over the gate, and took down the cross in order to make way for it: Which gave occasions to the following epigram:

Sustulit hinc Christi, posuitque insignia Regis:

Impia gens, alium nescit habere Deum.

62. *De nat. Deor.* i. 29.

Un simple espectador juzgará fácilmente (aunque por desgracia los simples espectadores son pocos) que si el único requisito para establecer un sistema popular fuera poner de manifiesto los absurdos de otros sistemas, todo devoto de cualquier forma de superstición podría dar una razón suficiente de su ciega e intolerante adhesión a los principios en los que ha sido educado. Pero sin tan extenso conocimiento sobre el que basar su certeza (y quizá mejor sin él), no falta una provisión suficiente de celo religioso y de fe entre la humanidad. Diodoro Sículo<sup>60</sup> nos da un ejemplo notable de esto, del que él mismo fue testigo. Cuando Egipto se encontraba bajo la más terrorífica dominación romana, un legionario fue hallado culpable de haber cometido inadvertidamente la impiedad de matar un gato. Todo el pueblo se levantó contra él con grandísima furia y todos los esfuerzos del príncipe no fueron capaces de salvarle. Estoy convencido de que el Senado y el pueblo romanos no hubieran sido tan delicados con sus deidades nacionales. Un poco después de que ocurriera este hecho, concedieron espontáneamente por votación a Augusto un lugar en las mansiones celestiales y hubieran destronado a cualquier dios del cielo por él sólo con que pareciera que lo deseaba. *Augusto será considerado siempre divino*, dice Horacio\*. Éste es un punto muy importante. Y en otras naciones y en épocas distintas la misma circunstancia no se ha considerado por completo indiferente<sup>61</sup>.

A pesar de la santidad de nuestra sagrada religión, dice Tulio<sup>62</sup>, no existe entre nosotros delito más común que el sacrilegio. Pero ¿se ha oído alguna vez que un egipcio violase el templo de un gato, una ibis o un cocodrilo? Un egipcio soportaría cualquier tortura antes

por *esa superstición*, y que estaba en edad idónea, fueran conducidos a Cerdeña para dedicarlos a la represión del bandidaje; y que si pereciesen por la inclemencia del clima, sería un *daño insignificante*; los demás dejarían Italia, salvo que hubiesen renunciado a sus impíos ritos antes de una fecha determinada» (Tácito, *Anales*, II, 85). «Abolió las ceremonias extranjeras de culto, así como los ritos egipcios y judaicos, siendo obligados los que estaban dominados por *esa superstición* a quemar sus indumentarias religiosas junto con todos los instrumentos de culto» (Suetonio, «Tiberio», 36). Esos sabios paganos, al observar cierta coincidencia en el aspecto general, en el carácter y el espíritu de las dos religiones, consideraron que las diferencias entre sus dogmas eran demasiado triviales (intrascendentes) para merecer atención alguna.

60. I, 83, 8-9.

\* [Odas, 3, 5, 2.]

61. Cuando Luis XIV tomó bajo su protección el colegio jesuita de Clermont, la Compañía ordenó que se colocaran las armas reales sobre la puerta y se quitase la cruz para hacerles sitio, lo que dio lugar al siguiente epigrama: «Quitó de aquí las insignias de Cristo y puso las del Rey. Este pueblo impío no sabe reconocer otro Dios».

62. Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, I, 29, 81-82.

says the same author in another place<sup>63</sup>, rather than injure an ibis, an aspic, a cat, a dog, or a crocodile. Thus it is strictly true, what Dryden observes,

Of whatso'er descent their godhead be,  
 Stock, stone, or other homely pedigree,  
 In his defence his servants are as bold  
 As if he had been born of beaten gold.

*Absalom and Achitophel*

Nay, the baser the materials are, of which the divinity is composed, the greater devotion is he likely to excite in the breasts of his deluded votaries. They exult in their shame, and make a merit with their deity, in braving, for his sake, all the ridicule and contumely of his enemies. Ten thousand Crusaders enlist themselves under the holy banners; and even openly triumph in those parts of their religion, which their adversaries regard as the most reproachful.

There occurs, I own, a difficulty in the Egyptian system of theology; as indeed, few systems of that kind are entirely free from difficulties. It is evident, from their method of propagation, that a couple of cats, in fifty years, would stock a whole kingdom; and if that religious veneration were still paid them, it would, in twenty more, not only be easier in Egypt to find a god than a man, which Petronius says was the case in some parts of Italy; but the gods must at last entirely starve the men, and leave themselves neither priests nor votaries remaining. It is probable, therefore, that this wise nation, the most celebrated in antiquity for prudence and sound policy, foreseeing such dangerous consequences, reserved all their worship for the full-grown divinities, and used the freedom to drown the holy spawn or little sucking gods, without any scruple or remorse. And thus the practice of warping the tenets of religion, in order to serve temporal interests, is not, by any means, to be regarded as an invention of these later ages.

The learned, philosophical Varro, discoursing of religion, pretends not to deliver any thing beyond probabilities and appearances: Such was his good sense and moderation! But the passionate, the zealous Augustin, insults the noble Roman on his scepticism and reserve, and professes the most thorough belief and assuran-

63. *Tusc. Quaest. lib. v. 27.*

que hacer daño a una ibis, un áspid, un gato, un perro o un cocodrilo, dice el mismo autor en otro lugar<sup>63</sup>. Por eso es estrictamente verdadero lo que Dryden observa:

Cualquiera que sea el origen de su divinidad,  
leño, piedra u otro sencillo linaje,  
en su defensa sus servidores son tan animosos  
como si hubiera nacido del oro batido.

(*Absalón y Ajitófel*)

Cierto que cuanto más inferiores sean los materiales de los que está compuesta la divinidad mayor es quizá la devoción que suscitan en el pecho de sus ilusos devotos. Se hallan exultantes en su vergüenza y consideran meritorio ante su divinidad el desafiar, por amor a ella, todas las burlas e injurias de sus enemigos. Diez mil cruzados se alistan bajo los estandartes sagrados e incluso triunfan claramente en aquellos aspectos de su religión que sus adversarios consideran como los más dignos de reproche.

Debo reconocer que existe una dificultad en el sistema de teología egipcio, pues, ciertamente, pocos son los sistemas de esta clase que están totalmente libres de dificultades. Es evidente, debido al modo en que se multiplican, que una pareja de gatos en cincuenta años poblaría un reino entero. Y si se les siguiera otorgando veneración religiosa, pasados veinte años, no sólo sería más fácil encontrar en Egipto un dios que un hombre (lo que Petronio dice que era el caso en algunos lugares de Italia), sino que los dioses finalmente harían que los hombres muriesen de hambre y se quedarían de este modo sin sacerdotes ni devotos. Es probable, por tanto, que esta sabia nación, la más celebrada en la antigüedad por su prudencia y su sólida política, previendo tan peligrosas consecuencias, reservase su adoración sólo a las divinidades adultas y se tomase la libertad de ahogar a la prole sagrada o a las crías divinas, sin ningún escrúpulo o remordimiento. Y por eso la práctica de distorsionar los principios de la religión con el fin de ponerlos al servicio de intereses temporales no debe, de ningún modo, ser considerado como un invento de estas últimas épocas.

El culto y filosófico Varrón, disertando sobre religión, intenta no decir nada que vaya más allá de las probabilidades y las apariencias, tal era su buen sentido y moderación. Pero el apasionado y entusiasta Agustín insulta al noble romano por su escepticismo y su reserva y

63. Cicerón, *Disputaciones tusculanas*, V, 27, 78.

ce<sup>64</sup>. A heathen poet, however, contemporary with the saint, absurdly esteems the religious system of the latter so false, that even the credulity of children, he says, could not engage them to believe it<sup>65</sup>.

Is it strange, when mistakes are so common, to find every one positive and dogmatical? And that the zeal often rises in proportion to the error? *Moverunt*, says Spartian, *& ea tempestate, Judaei bellum quod vetabantur mutilare genitalia*<sup>66</sup>.

If ever there was a nation or a time, in which the public religion lost all authority over mankind, we might expect, that infidelity in Rome, during the Ciceronian age, would openly have erected its throne, and that Cicero himself, in every speech and action, would have been its most declared abettor. But it appears, that, whatever sceptical liberties that great man might take, in his writings or in philosophical conversation; he yet avoided, in the common conduct of life, the imputation of deism and profaneness. Even in his own family, and to his wife Terentia, whom he highly trusted, he was willing to appear a devout religionist; and there remains a letter, addressed to her, in which he seriously desires her to offer sacrifice to Apollo and Aesculapius, in gratitude for the recovery of his health<sup>67</sup>.

Pompey's devotion was much more sincere: In all his conduct, during the civil wars, he paid a great regard to auguries, dreams, and prophesies<sup>68</sup>. Augustus was tainted with superstition of every kind. As it is reported of Milton, that his poetical genius never flowed with ease and abundance in the spring; so Augustus observed, that his own genius for dreaming never was so perfect during that season, nor was so much to be relied on, as during the rest of the year. That great and able emperor was also extremely uneasy, when he happened to change his shoes, and put the right foot shoe on the left foot<sup>69</sup>. In short it cannot be doubted, but the votaries of

64. *De civitate Dei*, l. iii. c. 17.

65. *Claudii Rutilii Numitiani iter*, lib. i. l. 394.

66. *In vita Adriani*, 14.

67. Lib. xiv. epist. 7.

68. Cicero *de Divin.* lib. ii. c. 24.

69. Sueton Aug. cap. 90, 91, 92. Plin. lib. ii. cap. 5.

profesa la fe y la certeza más absolutas<sup>64</sup>. Sin embargo, un poeta pagano contemporáneo del santo considera, absurdamente, que el sistema religioso de este último es tan falso que incluso la credulidad de los niños no será suficiente para creer en él<sup>65</sup>.

¿Es tan extraño, cuando los errores son tan frecuentes, encontrar a todos tan seguros y dogmáticos y ver que el celo a menudo crece en proporción al error? *En aquella época los judíos empezaron la guerra porque les prohibían mutilarse los genitales* [la circuncisión], dice Esparciano<sup>66</sup>.

Si alguna vez ha existido una nación o una época en las que la religión pública perdió toda autoridad sobre la humanidad, podríamos esperar que esa infidelidad se hubiese instalado abiertamente en Roma durante la época de Cicerón y que el propio Cicerón, en cada uno de sus discursos y actuaciones, hubiese sido su más declarado instigador. Pero parece que, fueran cuales fueran las libertades escépticas que ese gran hombre pudiera haberse tomado en sus escritos o en sus conversaciones filosóficas, con todo evitó en la conducta cotidiana cualquier cosa que permitiese acusarle de deísmo o de irreverencia. Incluso estaba deseoso de aparecer como un devoto religioso ante los miembros de su propia familia y ante su esposa Terencia, en quien confiaba en grado sumo; y nos queda una carta suya, dirigida a ella, en la que le ruega, con toda seriedad, que ofrezca un sacrificio a Apolo y a Esculapio como prueba de gratitud por haber recuperado la salud<sup>67</sup>.

La devoción de Pompeyo fue mucho más sincera: en todas sus actuaciones durante las guerras civiles tuvo en gran consideración los augurios, sueños y profecías<sup>68</sup>. Augusto estaba contaminado con toda clase de supersticiones. Se dice también que el genio poético de Milton nunca fluía con facilidad y abundancia en primavera; del mismo modo Augusto observó que su capacidad para soñar nunca funcionaba con tanta perfección, ni los sueños eran tan fiables en esa estación como en las restantes. Ese grande y hábil emperador se sentía totalmente incómodo cuando se equivocaba al ponerse los zapatos y se colocaba el derecho en el pie izquierdo<sup>69</sup>. Resumiendo,

64. *La ciudad de Dios*, III, 17.

65. Rutilio Claudio Namaciano, *Viaje de regreso a la Galia*, I, vv. 391-394.

66. Elio Esparciano, *Historia Augusta*, «Vida de Adriano», XIV, 2.

67. *Cartas a sus amigos*, XIV, 7, 1.

68. Cicerón, *Sobre la adivinación*, II, 9, 14.

69. Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, «Augusto», II, 90-92. Plinio, *Historia natural*, II, 5, 24.

the established superstition of antiquity were as numerous in every state, as those of the modern religion are at present. Its influence was as universal; though it was not so great. As many people gave their assent to it; though that assent was not seemingly so strong, precise, and affirmative.

We may observe, that, notwithstanding the dogmatical, imperious style of all superstition, the conviction of the religionists, in all ages, is more affected than real, and scarcely ever approaches, in any degree, to that solid belief and persuasion, which governs us in the common affairs of life. Men dare not avow, even to their own hearts, the doubts which they entertain on such subjects: They make a merit of implicit faith; and disguise to themselves their real infidelity, by the strongest asseverations and most positive bigotry. But nature is too hard for all their endeavours, and suffers not the obscure, glimmering light, afforded in those shadowy regions, to equal the strong impressions, made by common sense and by experience. The usual course of men's conduct belies their words, and shows, that their assent in these matters is some unaccountable operation of the mind between disbelief and conviction, but approaching much nearer to the former than to the latter.

Since, therefore, the mind of man appears of so loose and unsteady a texture, that, even at present, when so many persons find an interest in continually employing on it the chissel and the hammer, yet are they not able to engrave theological tenets with any lasting impression; how much more must this have been the case in ancient times, when the retainers to the holy function were so much fewer in comparison? No wonder, that the appearances were then very inconsistent, and that men, on some occasions, might seem determined infidels, and enemies to the established religion, without being so in reality; or at least, without knowing their own minds in that particular.

Another cause, which rendered the ancient religions much looser than the modern, is, that the former were *traditional* and the latter are *scriptural*; and the tradition in the former was complex, contradictory, and, on many occasions, doubtful; so that it could not possibly be reduced to any standard and canon, or afford any determinate articles of faith. The stories of the gods were numberless like the popish legends; and though every one, almost, believed a part of these stories, yet no one could believe or know the whole: While, at the same time, all must have acknowledged, that no one

no hay duda de que los devotos de la superstición establecida en la antigüedad fueron tan numerosos en cualquier estado como lo son en la actualidad los de la religión moderna; su influencia fue tan universal, aunque no tan grande; y mucha gente le concedió su asentimiento, aunque ese asentimiento aparentemente no fuera tan fuerte, preciso ni afirmativo.

Podemos observar que, a pesar del estilo dogmático y arrogante de toda superstición, la convicción de los fanáticos religiosos de todas las épocas es más afectada que real y apenas si se aproxima, en grado alguno, a esa sólida creencia y convicción que nos dirige en los asuntos corrientes de la vida. Los hombres no se atreven a reconocer, incluso en el fondo de su corazón, las dudas que abrigan sobre tales temas. Consideran la fe implícita como un mérito y se ocultan a sí mismos su falta de fe real con las más enérgicas aseveraciones y el fanatismo más categórico. Pero la naturaleza es demasiado resistente a todos esos esfuerzos y no tolera que la oscura y trémula luz que surge en esas zonas sombrías equivalga a las impresiones fuertes, producto del sentido común y de la experiencia. El curso habitual de la conducta humana contradice sus palabras y muestra que su asentimiento en esos asuntos es una operación inexplicable de la mente que se encuentra entre la incredulidad y la convicción, pero mucho más próxima a la primera que a la última.

Puesto que la mente humana parece tener una constitución tan insegura y poco firme, hasta el punto de que, incluso en la actualidad, cuando tantas personas están interesadas en aplicarle el cincel y el martillo, sin ser, sin embargo, capaces de grabar los dogmas teológicos con ninguna impresión verdadera, ¿cuánto más habrá tenido que ocurrir esto en épocas antiguas cuando los servidores de las funciones sagradas eran, en comparación, muchos menos? No es extraño que las apariencias fueran entonces muy poco consistentes y que los hombres, en algunas ocasiones, pudieran ser considerados infieles decididos y enemigos de la religión establecida sin serlo en realidad, o, al menos, sin conocer sus propios pensamientos al respecto.

Otra causa que hizo que las religiones antiguas fueran menos rígidas que las modernas es que las primeras eran *tradicionales*, y las últimas, *escriturales*; y la tradición en las primeras era compleja, contradictoria y, en muchas ocasiones, dudosa, de manera que no era posible reducirla a ningún modelo o canon, ni podía proporcionar unos artículos de fe determinados. Las historias sobre los dioses eran innumerables, como las leyendas de los papistas. Y, aunque casi todos creían en una parte de esas historias, sin embargo ninguno podía conocer o creer en la totalidad. Y, al mismo tiempo, todos tuvieron

part stood on a better foundation than the rest. The traditions of different cities and nations were also, on many occasions, directly opposite; and no reason could be assigned for preferring one to the other. And as there was an infinite number of stories, with regard to which tradition was nowise positive; the gradation was insensible, from the most fundamental articles of faith, to those loose and precarious fictions. The pagan religion, therefore, seemed to vanish like a cloud, whenever one approached to it, and examined it piecemeal. It could never be ascertained by any fixed dogmas and principles. And though this did not convert the generality of mankind from so absurd a faith; for when will the people be reasonable? yet it made them falter and hesitate more in maintaining their principles, and was even apt to produce, in certain dispositions of mind, some practices and opinions, which had the appearance of determined infidelity.

To which we may add, that the fables of the pagan religion were, of themselves, light, easy, and familiar; without devils, or seas of brimstone, or any object that could much terrify the imagination. Who could forbear smiling, when he thought of the loves of Mars and Venus, or the amorous frolics of Jupiter and Pan? In this respect, it was a true poetical religion; if it had not rather too much levity for the graver kinds of poetry. We find that it has been adopted by modern bards; nor have these talked with greater freedom and irreverence of the gods, whom they regarded as fictions, than the ancients did of the real objects of their devotion.

The inference is by no means just, that, because a system of religion has made no deep impression on the minds of a people, it must therefore have been positively rejected by all men of common sense, and that opposite principles, in spite of the prejudices of education, were generally established by argument and reasoning. I know not, but a contrary inference may be more probable. The less importunate and assuming any species of superstition appears, the less will it provoke men's spleen and indignation, or engage them into enquiries concerning its foundation and origin. This in the mean time is obvious, that the empire of all religious faith over the understanding is wavering and uncertain, subject to every variety of humour, and dependent on the present incidents, which strike the imagination. The difference is only in the degrees. An ancient will place a stroke of impiety and one of superstition alternately, through-

que admitir que ninguna parte estaba mejor fundamentada que el resto. Las tradiciones de las diferentes ciudades y naciones eran también, en muchas ocasiones, totalmente opuestas, y no se podía dar razón de por qué se preferían unas a otras. Y dado que existía un número infinito de historias con respecto a las cuales la tradición no era en modo alguno concluyente, se pasaba sin darse cuenta de los artículos de fe más fundamentales a esas ficciones inestables y precarias. La religión pagana, por tanto, parecía desvanecerse como una nube siempre que uno se acercaba a ella y la examinaba pormenorizadamente. Nunca pudo apoyarse en dogmas o principios fijos. Y aunque esto no apartó a la mayor parte de los hombres de tan absurda fe (pues ¿cuándo será la gente razonable?), sí les hizo más críticos y les llevó a dudar más a la hora de mantener sus principios, y fue incluso capaz de producir en personas con una cierta disposición mental prácticas y opiniones que tenían la apariencia de manifiesta infidelidad.

A lo cual podemos añadir que las fábulas de la religión pagana eran de suyo ligeras, fáciles y familiares, sin demonios, ni mares de azufre o cualquier otro objeto que pudiera producir gran terror en la imaginación. ¿Quién puede evitar sonreír al pensar en los amores de Marte y Venus o en los juegos amorosos de Júpiter y Pan? En este aspecto fue una religión verdaderamente poética, si no resultase demasiado ligera para los tipos de poesía más serios. Nos encontramos con que ha sido adoptada por los modernos bardos y que éstos no han hablado con mayor libertad e irreverencia de los dioses, a los que consideraban como ficciones, de lo que lo hicieron los antiguos con los que fueron objetos reales de su devoción.

No es de ningún modo justo concluir que, porque un sistema religioso no haya causado una profunda impresión en las mentes de la gente, tenga que haber sido rechazado categóricamente por todos los hombres con sentido común y que los principios opuestos, a pesar de los prejuicios fruto de la educación, fueron, por lo general, establecidos por medio de la argumentación y el razonamiento. No lo sé, pero puede que la conclusión contraria sea más probable. Cuanto menos agobiante y menos arrogante aparezca cualquier clase de superstición, menos aburrimiento e indignación producirá en los hombres y menos les llevará a meterse en investigaciones sobre su fundamento y origen. Es obvio que, de momento, el imperio de toda fe religiosa sobre el entendimiento es fluctuante e incierto, sujeto a cualquier cambio de humor y dependiente de los incidentes ocasionales que afecten a la imaginación. La diferencia es sólo en el grado. Un hombre de la época antigua pondrá alternativamente un toque de

out a whole discourse<sup>70</sup>: A modern often thinks in the same way, though he may be more guarded in his expression.

Lucian tells us expressly<sup>71</sup>, that whoever believed not the most ridiculous fables of paganism was deemed by the people profane and impious. To what purpose, indeed, would that agreeable author have employed the whole force of his wit and satire against the national religion, had not that religion been generally believed by his countrymen and contemporaries?

Livy<sup>72</sup> acknowledges as frankly, as any divine would at present, the common incredulity of his age; but then he condemns it as severely. And who can imagine, that a national superstition, which could delude so ingenious a man, would not also impose on the generality of the people?

The Stoics bestowed many magnificent and even impious epithets on their sage; that he alone was rich, free, a king, and equal to the immortal gods. They forgot to add, that he was not inferior in prudence and understanding to an old woman. For surely nothing can be more pitiful than the sentiments, which that sect entertain with regard to religious matters; while they seriously agree with the common augurs, that, when a raven croaks from the left, it is a good omen; but a bad one, when a rook makes a noise from the same quarter. Panaetius was the only Stoic, among the Greeks, who so much as doubted with regard to auguries and divination<sup>73</sup>. Marcus Antoninus<sup>74</sup> tells us, that he himself had received many admonitions from the gods in his sleep. It is true, Epictetus<sup>75</sup> forbids us to regard the language of rooks and ravens; but it

70. Witness this remarkable passage of Tacitus: «Praeter multiplices rerum humanarum casus caelo terraque prodigia & fulminum monitus & futurorum praesagia, laeta tristia, ambigua manifesta. Nec enim unquam atrocioribus populi Romani cladibus, magisve justis indiciis approbatum est, non esse curae Diis securitatem nostram, esse ultionem» (*Hist.* lib. i. 3). Augustus's quarrel with Neptune is an instance of the same kind. Had not the emperor believed Neptune to be a real being, and to have dominion over the sea, where had been the foundation of his anger? And if he believed it, what madness to provoke still farther that deity? The same observation may be made upon Quintilian's exclamation, on account of the death of his children (lib. vi. Praef.).

71. *Philopseudes.* 3.

72. Lib. x, cap. 40.

73. Cicero *de Divin.* lib. i. cap. 3 & 7.

74. Lib. i. § 17.

75. *Ench.* § 17.

impiedad y otro de superstición a lo largo de su discurso<sup>70</sup>. Un hombre moderno piensa a menudo de la misma manera, aunque pueda ser más cauto en su expresión.

Luciano nos dice explícitamente<sup>71</sup> que quien no creía las más ridículas fábulas del paganismo era considerado por la gente sacrílego e impío. ¿Con qué fin habría empleado este agradable autor toda la fuerza de su ingenio y su sátira contra la religión nacional si sus paisanos y contemporáneos no hubiesen creído en ella?

Livio<sup>72</sup> reconoce, con la misma sinceridad con que lo haría un teólogo en la actualidad, la incredulidad generalizada de su época, pero luego la condena con igual severidad. Y ¿quién puede imaginar que una superstición nacional que pudo engañar a un hombre de tanto ingenio no conseguiría también imponerse sobre la mayoría de la gente?

Los estoicos otorgaron muchos epítetos magníficos e incluso impíos a quien consideraban sabio: sólo él era rico, libre, un rey e igual a los dioses inmortales. Se les olvidó añadir que no era inferior a una vieja en prudencia y entendimiento. Pues con seguridad nada puede ser más lamentable que los sentimientos que esa secta abrigó hacia los asuntos religiosos, cuando con toda seriedad afirman que están de acuerdo con los augures vulgares en que, cuando los graznidos de un cuervo llegan por la izquierda, es un buen augurio, pero, por la misma dirección, es malo si el ruido lo produce un grajo. Pánico fue el único estoico griego que tuvo muchas dudas por lo que respecta a los augurios y la adivinación<sup>73</sup>. Marco Antonino<sup>74</sup> nos dice que él mismo recibió en sueños muchas advertencias procedentes de los dioses. Es cierto que Epicteto<sup>75</sup> nos prohíbe tomar en considera-

70. Sirva de testimonio este notable pasaje de Tácito: «Además de numerosas desgracias en los asuntos humanos, aparecen prodigios en el cielo y en la tierra, y admoniciones de rayos y presagios de futuro, lo alegre se torna triste, lo ambiguo se hace manifiesto. Jamás se comprobó con más atroces calamidades del pueblo romano ni con indicios más justos que los dioses no se preocupaban de nuestra seguridad, sino de nuestro castigo» (Tácito, *Historias*, I, 3). La pelea de Augusto con Neptuno es un ejemplo de la misma clase. Si el emperador no hubiera creído que Neptuno era un ser real y que tenía dominio sobre el mar, ¿dónde hubiera estado el fundamento de su cólera? Y si lo creía, ¿qué clase de locura le llevó a provocar aún más a esa deidad? La misma observación puede hacerse respecto de la exclamación de Quintiliano por la muerte de sus hijos (*Institutio Oratoria*, lib. VI, prefacio).

71. Luciano, «El aficionado a la mentira», 3.

72. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, X, 40.

73. Cicerón, *Sobre la adivinación*, I, 3, 6 y cap. 7.

74. Marco Aurelio, *Meditaciones*, I, 17, 8.

75. *Enquiridión*, 18.

is not, that they do not speak truth: It is only, because they can fortel nothing but the breaking of our neck or the forfeiture of our estate; which are circumstances, says he, that nowise concern us. Thus the Stoics join a philosophical enthusiasm to a religious superstition. The force of their mind, being all turned to the side of morals, unbent itself in that of religion<sup>76</sup>.

Plato<sup>77</sup> introduces Socrates affirming, that the accusation of impiety raised against him was owing entirely to his rejecting such fables, as those of Saturn's castrating his father Uranus, and Jupiter's dethroning Saturn: Yet in a subsequent dialogue<sup>78</sup>, Socrates confesses, that the doctrine of the mortality of the soul was the received opinion of the people. Is there here any contradiction? Yes, surely: But the contradiction is not in Plato; it is in the people, whose religious principles in general are always composed of the most discordant parts; especially in an age, when superstition sate so easy and light upon them<sup>79</sup>.

76. The Stoics, I own, were not quite orthodox in the established religion; but one may see, from these instances, that they went a great way: And the people undoubtedly went every length.

77. *Euthyphro*. 6.

78. *Phaedo*.

79. Xenophon's conduct, as related by himself, is, at once, an incontestable proof of the general credulity of mankind in those ages, and the incoherencies, in all ages, of men's opinions in religious matters. The great captain and philosopher, the disciple of Socrates, and one who has delivered some of the most refined sentiments with regard to a deity, gave all the following marks of vulgar, pagan superstition. By Socrates's advice, he consulted the oracle of Delphi, before he would engage in the expedition of Cyrus (*De exped.* lib. iii. p. 294, ex edit. Leuncl.). Sees a dream the night after the generals were seized; which he pays great regard to, but thinks ambiguous (*Id.* p. 295). He and the whole army regard sneezing as a very lucky omen (*Id.* p. 300). Has another dream, when he comes to the river Centrites, which his fellow-general, Chirospus, also pays great regard to (*Id.* lib. iv. p. 323). The Greeks, suffering from a cold north wind, sacrifice to it; and the historian observes, that it immediately abated (*Id.* p. 329). Xenophon consults the sacrifices in secret, before he would form any resolution with himself about settling a colony (*Lib.* v. p. 359). He was himself a very skilful augur (*Id.* p. 361). Is determined by the victims to refuse the sole command of the army which was offered him (*Lib.* vi. p. 273). Cleander, the Spartan, though very desirous of it, refuses for the same reason (*Id.* p. 392). Xenophon mentions an old dream with the interpretation given him, when he first joined Cyrus (p. 373). Mentions also the place of Hercules's descent into hell as believing it, and says the marks of it are still remaining (*Id.* p. 375). Had almost starved the army, rather than lead them to the field against the auspices (*Id.* 382, 383). His friend, Euclides, the augur, would not believe that he had brought no money from the expedition till he (Euclides) sacrificed, and then he saw the matter clearly in the *Exta* (*lib.* vii. p. 425). The same philosopher,

ción el lenguaje de grajos y cuervos, pero no porque no digan la verdad, sino sólo porque no pueden presagiar otra cosa como no sea que nos vamos a romper el cuello, o a perder nuestra hacienda, que son circunstancias que, según él, en modo alguno dependen de nosotros. De este modo los estoicos unen el entusiasmo filosófico a la superstición religiosa. Su esfuerzo mental, que se centró sólo en cuestiones éticas, se dirigió luego al campo de la religión<sup>76</sup>.

Platón<sup>77</sup> presenta a Sócrates afirmando que la acusación de impiedad que se hizo contra él se debía por completo a su rechazo de fábulas tales como la de Saturno castrando a su padre Urano y la de Júpiter destronando a Saturno. Con todo, en un diálogo posterior<sup>78</sup> Sócrates confiesa que la doctrina de la mortalidad del alma era la opinión aceptada por la gente. ¿Hay en esto una contradicción? Sí, seguramente. Pero la contradicción no está en Platón, está en la gente, cuyos principios religiosos en general están constituidos siempre por las partes más discordantes, especialmente en una época en la que la superstición con tanta facilidad los llenaba y los iluminaba<sup>79</sup>.

76. Reconozco que los estoicos no eran muy ortodoxos en lo tocante a la religión establecida. Pero puede verse por estos ejemplos que llegaron muy lejos. Y la gente, sin duda, fue más lejos aún.

77. Platón, *Eutifrón*, 6 A-B.

78. *Fedón*.

79. La conducta de Jenofonte, como él mismo nos cuenta, es a la vez una prueba irrefutable de la credulidad general de la humanidad en aquellas épocas y de las incoherencias en las opiniones de los hombres sobre asuntos religiosos en todas las épocas. Ese gran capitán y filósofo, discípulo de Sócrates y uno de los que han ofrecido algunos de los más refinados sentimientos respecto de la deidad, dio las siguientes muestras de superstición vulgar y pagana. Por consejo de Sócrates, consultó al oráculo de Delfos antes de comprometerse a formar parte de la expedición de Ciro (*Anábasis*, III, 1, 5). Tiene un sueño la noche posterior al apresamiento de los generales, al que presta gran atención, pero que le parece ambiguo (*ibid.*, 11 s.). Él y todo el ejército consideran el estornudar como un augurio afortunado (*ibid.*, 2, 9). Tiene otro sueño cuando llega al río Centrites al que su compañero el general Quirisofo también concede una gran importancia (*ibid.*, IV, 3, 8). Los griegos, que soportan un frío viento del Norte, le hacen un sacrificio y el historiador observa que inmediatamente se calma (*ibid.*, 5, 3 s.). Jenofonte consulta los augurios en secreto, antes de decidir si establece una colonia (*ibid.*, V, 6, 17). Él mismo era un augur muy hábil (*ibid.*, 29). Las víctimas del sacrificio le llevan a rehusar el mando único del ejército que le había sido ofrecido (VI, I, 22-24). El espartano Cleandro, aunque también lo desea mucho, rehúsa por la misma razón (*ibid.*, 6, 36). Jenofonte menciona un antiguo sueño con la interpretación que le dieron cuando por primera vez se unió a Ciro (*ibid.*, I, 22). Menciona también el lugar en el que Hércules descendió a los infiernos como si creyera en ello y dice que todavía perduran las señales (VI, 2, 2). Casi dejó morir de hambre al ejército antes de conducirlo al campo en contra de los auspicios (*ibid.*, 4, 12-16). Su amigo, el adivino Euclides, no quería creer

The same Cicero, who affected, in his own family, to appear a devout religionist, makes no scruple, in a public court of judicature, of treating the doctrine of a future state as a ridiculous fable, to which no body could give any attention<sup>80</sup>. Sallust<sup>81</sup> represents Caesar as speaking the same language in the open senate<sup>82</sup>.

But that all these freedoms implied not a total and universal infidelity and scepticism amongst the people, is too apparent to be denied. Though some parts of the national religion hung loose upon the minds of men, other parts adhered more closely to them: And it was the chief business of the sceptical philosophers to show, that there was no more foundation for one than for the other. This is the artifice of Cotta in the dialogues concerning the *nature of the gods*. He refutes the whole system of mythology by leading the orthodox gradually, from the more momentous stories, which were believed, to the more frivolous, which every one ridiculed: From the gods to the goddesses; from the goddesses to the nymphs; from the nymphs to the fawns and satyrs. His master, Carneades, had employed the same method of reasoning<sup>83</sup>.

proposing a project of mines for the increase of the Athenian revenues, advises them first to consult the oracle (*De rat. red.* p. 392). That all this devotion was not a farce, in order to serve a political purpose, appears both from the facts themselves, and from the genius of that age, when little or nothing could be gained by hypocrisy. Besides, Xenophon, as appears from his *Memorabilia*, was a kind of heretic in those times, which no political devotee ever is. It is for the same reason, I maintain, that Newton, Locke, Clarke, &c. being Arians or Socinians, were very sincere in the creed they professed: and I always oppose this argument to some libertines, who will needs have it, that it was impossible but that these philosophers must have been hypocrites.

80. *Pro Cluentio*, cap. 61.

81. *De bello Catilin.* 51.

82. Cicero (*Tusc. Quaest.* lib. i. cap. 5, 6) and Seneca (*Epist.* 24), as also Juvenal (*Satyr.* 2. 149), maintain that there is no boy or old woman so ridiculous as to believe the poets in their accounts of a future state. Why then does Lucretius so highly exalt his master for freeing us from these terrors? Perhaps the generality of mankind were then in the disposition of Cephalus in Plato (*de Rep.* lib. i. 330 D) who while he was young and healthful could ridicule these stories; but as soon as he became old and infirm, began to entertain apprehensions of their truth. This we may observe not to be unusual even at present.

83. Sext. Empir. *advvers. Mathem.* lib. ix. 429.

El propio Cicerón, que trató de aparecer como un ferviente devoto ante su propia familia, no tiene ningún escrúpulo en referirse, ante un tribunal público de la judicatura, a la doctrina de una vida futura como una fábula ridícula a la que nadie puede prestar la más mínima consideración<sup>80</sup>. Salustio<sup>81</sup> representa a César hablando ese mismo lenguaje en una sesión pública del Senado<sup>82</sup>.

Pero que todas estas libertades no implicaron una infidelidad y escepticismo plenos y universales entre la gente es algo demasiado evidente para ser negado. Aunque algunas partes de la religión nacional flotaban dispersas en la mente de los hombres, otras se quedaron firmemente adheridas a ella. Y la principal tarea de los filósofos escépticos fue mostrar que el mismo fundamento tenían unas que otras. Éste es el artificio que emplea Cotta en sus diálogos sobre la *naturaleza de los dioses*. Refuta la totalidad del sistema de la mitología conduciendo al individuo ortodoxo gradualmente desde las historias más importantes, que eran creídas, hasta las más frívolas, que todos ridiculizaban: de los dioses a las diosas; de las diosas a las ninfas; de las ninfas a los faunos y sátiros. Su maestro Carnéades había utilizado la misma forma de razonar<sup>83</sup>.

que no había traído riquezas de la expedición hasta que [Euclides] hizo sacrificios y entonces vio el asunto con claridad en las entrañas de las víctimas sacrificiales (VII, 8, 1-3). El mismo filósofo, al proponer un proyecto de minería para aumentar las rentas públicas de Atenas, aconseja consultar primero al oráculo. «Procedimientos y medios» [*vid.*, 4 y 5 para las propuestas de Jenofonte sobre minería y 6, 2 para su consejo sobre consultas al oráculo]. Que toda esta devoción no era una farsa con vistas a servir intereses políticos se ve claro tanto por los hechos mismos como por el espíritu de la época, donde poco o nada podría ganarse con la hipocresía. Además, Jenofonte, tal como aparece en sus *Memorables*, era una especie de hereje en aquellos tiempos, cosa que nunca es un entusiasta de la política. Por esa misma razón sostengo que Newton, Locke, Clarke, etc., siendo arrianos o socinianos, fueron muy sinceros con el credo que profesaban, y siempre doy este argumento en contra de algunos libertinos que lo necesitan: que era imposible que estos filósofos fueran hipócritas.

80. *Discursos*, «En defensa de Aulo Cluencio», 61, 171.

81. *La conjuración de Catilina*, 51, 16-20.

82. Cicerón (*Disputaciones tusculanas*, I, 5-6), Séneca (*Carta 24*) y también Juvenal (*Sátira II*) sostienen que no existe chico o vieja que sean tan ridículos como para creer a los poetas en sus relatos sobre un estado futuro. ¿Por qué entonces Lucrecio exalta tanto a su maestro por habernos liberado de esos terrores? Quizás la mayor parte de la humanidad se encontraba en la misma disposición que Céfalo en la obra de Platón (*República*, lib. I, 330 D-331 A), quien cuando era joven y gozaba de buena salud se burlaba de esas historias, pero tan pronto como se volvió viejo y enfermo empezó a sospechar si no serían verdaderas. Podemos observar que esto es frecuente incluso en la actualidad.

83. Sexto Empírico, *Adversus Mathematicos*, I, 182-190.

Upon the whole, the greatest and most observable differences between a *traditional, mythological* religion, and a *systematical, scholastic* one are two: The former is often more reasonable, as consisting only of a multitude of stories, which, however groundless, imply no express absurdity and demonstrative contradiction; and sits also so easy and light on men's minds, that, though it may be as universally received, it happily makes no such deep impression on the affections and understanding.

## Sect. XIII

IMPIOUS CONCEPTIONS OF THE DIVINE NATURE  
IN POPULAR RELIGIONS OF BOTH KINDS

The primary religion of mankind arises chiefly from an anxious fear of future events; and what ideas will naturally be entertained of invisible, unknown powers, while men lie under dismal apprehensions of any kind, may easily be conceived. Every image of vengeance, severity, cruelty, and malice must occur, and must augment the ghastliness and horror, which oppresses the amazed religionist. A panic having once seized the mind, the active fancy still farther multiplies the objects of terror; while that profound darkness, or, what is worse, that glimmering light, with which we are environed, represents the spectres of divinity under the most dreadful appearances imaginable. And no idea of perverse wickedness can be framed, which those terrified devotees do not readily, without scruple, apply to their deity.

This appears the natural state of religion, when surveyed in one light. But if we consider, on the other hand, that spirit of praise and eulogy, which necessarily has place in all religions, and which is the consequence of these very terrors, we must expect a quite contrary system, of theology to prevail. Every virtue, every excellence, must be ascribed to the divinity, and no exaggeration will be deemed sufficient to reach those perfections, with which he is endowed. Whatever strains of panegyric can be invented, are immediately embraced, without consulting any arguments or phenomena: It is esteemed a sufficient confirmation of them, that they give us more magnificent ideas of the divine objects of our worship and adoration.

En conclusión, las diferencias mayores y más visibles entre una religión *tradicional y mitológica* y otra *sistemática y escolástica* son dos: la primera es, con frecuencia, más razonable, pues consiste sólo en una multiplicidad de historias que, aunque sin fundamento, no implican un absurdo manifiesto ni una contradicción demostrativa, y se asienta tan fácil y suavemente en la mente de los hombres que, aunque pueda ser aceptada de una forma tan universal, no produce, afortunadamente, una impresión profunda ni en los sentimientos, ni en el entendimiento.

### Sección XIII

#### CONCEPCIONES IMPÍAS DE LA NATURALEZA DIVINA EN LAS RELIGIONES POPULARES DE AMBOS TIPOS

La religión primera de la humanidad surge principalmente de un miedo lleno de ansiedad por los acontecimientos futuros. Y es fácil imaginar el tipo de ideas que los hombres tendrán acerca de esos poderes invisibles y desconocidos cuando se encuentran dominados por aprensiones tenebrosas de cualquier tipo. Tienen que producirse imágenes de venganza, severidad, crueldad y malicia y tiene que aumentar el espanto y el horror que oprimen al asombrado devoto. Una vez que el pánico se ha apoderado de la mente, la activa fantasía multiplicará los objetos terroríficos todavía más, mientras que esa profunda oscuridad o, lo que es peor, esa penumbra que nos rodea nos presentará los espectros de la divinidad bajo las más terribles apariencias imaginables. Y no hay idea de crueldad perversa imaginable que esos aterrorizados devotos no apliquen de inmediato, y sin escrúpulo alguno, a su deidad.

Éste parece ser el estado natural de la religión cuando se considera bajo un punto de vista. Pero si consideramos, por otra parte, ese espíritu de alabanza y elogio que necesariamente tiene su lugar en todas las religiones y que es precisamente la consecuencia de esos terrores, debemos esperar que prevalezca un sistema de teología totalmente opuesto. Toda virtud, toda excelencia debe atribuirse a la divinidad, y ninguna exageración se considerará suficiente para alcanzar esas perfecciones de las que está dotada. Cualquier forma de panegírico que pueda inventarse es inmediatamente aceptada, sin consultar ningún argumento o fenómeno. Se considerará una confirmación suficiente de ellos el que nos proporcionen ideas más grandiosas de aquellos objetos divinos de nuestra veneración y adoración.

Here therefore is a kind of contradiction between the different principles of human nature, which enter into religion. Our natural terrors present the notion of a devilish and malicious deity: Our propensity to adulation leads us to acknowledge an excellent and divine. And the influence of these opposite principles are various, according to the different situation of the human understanding.

In very barbarous and ignorant nations, such as the Africans and Indians, nay even the Japonese, who can form, no extensive ideas of power and knowledge, worship may be paid to a being, whom they confess to be wicked and detestable; though they may be cautious, perhaps, of pronouncing this judgment of him in public, or in his temple, where he may be supposed to hear their reproaches.

Such rude, imperfect ideas of the Divinity adhere long to all idolaters; and it may safely be affirmed, that the Greeks themselves never got entirely rid of them. It is remarked by Xenophon<sup>84</sup>, in praise of Socrates, that this philosopher assented not to the vulgar opinion, which supposed the gods to know some things, and be ignorant of others: He maintained, that they knew everything; what was done, said, or even thought. But as this was a train of philosophy<sup>85</sup> much above the conception of his countrymen, we need not be surprised, if very frankly, in their books and conversation, they blamed the deities, whom they worshipped in their temples. It is observable, that Herodotus in particular scruples not in many passages, to ascribe *envy* to the gods; a sentiment, of all others, the most suitable to a mean and devilish nature. The pagan hymns, however, sung in public worship, contained nothing but epithets of praise; even while the actions ascribed to the gods were the most barbarous and detestable. When Timotheus, the poet, recited a hymn to Diana, in which he enumerated, with the greatest eulogies, all the actions and attributes of that cruel, capricious goddess: *May your daughter*, said one present, *become such as the deity whom you celebrate*<sup>86</sup>.

But as men farther exalt their idea of their divinity; it is their notion of his power and knowledge only, not of his goodness,

84. *Mem. lib. i. l. 10.*

85. It was considered among the ancients, as a very extraordinary, philosophical paradox, that the presence of the gods was not confined to the heavens, but was extended every where; as we learn from Lucian. *Hermotimus sive De sectis*, 81.

86. Plutarch, *de Superstit.* 10.

Hay aquí, por lo tanto, una especie de contradicción entre los distintos principios de la naturaleza humana que forman parte de la religión. Nuestros terrores naturales nos presentan la noción de una deidad diabólica y maliciosa; nuestra propensión a la adulación nos lleva a reconocer una deidad excelente y divina. Y la influencia de estos principios opuestos varía según la situación en que se encuentre el entendimiento humano.

En pueblos muy bárbaros e ignorantes, como los africanos y los indios, e incluso entre los japoneses, que no son capaces de formarse ideas generales de poder y de conocimiento, puede rendirse culto a un ser al que reconocen malvado y detestable, aunque quizá se cuiden de juzgarle de esta manera en público, o en su templo, donde se supone que puede oír sus reproches.

Tales ideas, toscas e imperfectas, de la Divinidad se les quedan grabadas a los idólatras durante mucho tiempo. Y se puede afirmar con seguridad que ni los griegos se libraron por completo de ellas. Jenofonte señala<sup>84</sup>, en alabanza de Sócrates, que este filósofo no daba su asentimiento a la opinión del vulgo que suponía que los dioses conocían algunas cosas e ignoraban otras; sostenía que conocían todo: lo que se hacía, lo que se decía, e incluso lo que se pensaba. Pero como ésta era una forma de filosofar<sup>85</sup> mucho más elevada que las ideas de sus compatriotas, no debemos sorprendernos si, éstos, en sus libros y conversaciones, con toda franqueza culpaban a aquellas deidades a las que adoraban en los templos. Puede observarse que Herodoto en particular, en muchos pasajes, no tiene escrúpulos en atribuir *envidia* a los dioses, de todos los sentimientos el más propio de una naturaleza mezquina y diabólica. Sin embargo, los himnos paganos que se cantaban en las ceremonias del culto público, contenían sólo epítetos de alabanza, incluso cuando las acciones atribuidas a los dioses fueran las más bárbaras y detestables. Cuando el poeta Timoteo recitaba un himno a Diana en el que enumeraba, con los mayores elogios, todas las acciones y atributos de esa cruel y caprichosa diosa, uno de los presentes dijo: *¡Que tu hija llegue a ser como la deidad a la que ensalzas!*<sup>86</sup>.

Pero el modo que tienen los hombres de exaltar aún más su idea de la divinidad es mejorando sólo la noción de su poder y de su

84. *Memorables*, lib. I, cap. 1, § 19.

85. Entre los antiguos se consideraba como una paradoja muy extraordinaria, filosófica, que la presencia de los dioses no estuviese confinada a los cielos, sino que se extendiese a cualquier lugar, como sabemos por Luciano, *Obras*, «Hermótimo o sobre las sectas», especialmente 81.

86. Plutarco, *Superstición*, cap. 10, 170 A-B.

which is improved. On the contrary, in proportion to the supposed extent of his science and authority, their terrors naturally augment; while they believe, that no secrecy can conceal them, from his scrutiny, and that even the inmost recesses of their breast lie open before him. They must then be careful not to form expressly any sentiment of blame and disapprobation. All must be applause, rapture, extacy. And while their gloomy apprehensions make them ascribe to him measures of conduct, which, in human creatures, would be highly blamed, they must still affect to praise and admire that conduct in the object of their devotional addresses. Thus it may safely be affirmed, that popular religions are really, in the conception of their more vulgar votaries, a species of daemonism; and the higher the deity is exalted in power and knowledge, the lower of course is he depressed in goodness and benevolence; whatever epithets of praise may be bestowed on him by his amazed adorers. Among idolaters, the words may be false, and belie the secret opinion: But among more exalted religionists, the opinion itself contracts a kind of falsehood, and belies the inward sentiment. The heart secretly detests such measures of cruel and implacable vengeance; but the judgment dares not but pronounce them perfect and adorable. And the additional misery of this inward struggle aggravates all the other terrors, by which these unhappy victims to superstition are for ever haunted.

Lucian<sup>87</sup> observes that a young man, who reads the history of the gods in Homer or Hesiod, and finds their factions, wars, injustice, incest, adultery, and other immoralities so highly celebrated, is much surprised afterwards, when he comes into the world, to observe that punishments are by law inflicted on the same actions, which he had been taught to ascribe to superior beings. The contradiction is still perhaps stronger between the representations given us by some later religions and our natural ideas of generosity, lenity, impartiality, and justice; and in proportion to the multiplied terrors of these religions, the barbarous conceptions of the divinity are multiplied upon us<sup>88</sup>. Nothing can preserve

87. *Necyomantia*, 3.

88. Bacchus, a divine being, is represented by the heathen mythology as the inventor of dancing and the theatre. Plays were anciently even a part of public worship on the most solemn occasions, and often employed in times of pestilence, to appease

conocimiento y no la de su bondad. Por el contrario, sus terrores aumentan de forma natural en proporción a esa supuesta ampliación de su conocimiento y autoridad, pues creen que ninguna actuación secreta puede ocultarse a su escrutinio y que incluso los más profundos secretos de su corazón se encuentran manifiestos ante la divinidad. Deben, pues, tener mucho cuidado para no formar expresamente ningún sentimiento de censura o desaprobación. Todo debe ser aprobación, embeleso, éxtasis. Y aunque sus lóbregas aprensiones les llevan a atribuirle formas de conducta que en las criaturas humanas serían altamente censuradas, deben incluso fingir que elogian y admiran esas conductas cuando se producen en el ser al que dirigen su devoción. Por eso puede afirmarse con seguridad que las religiones populares son realmente, en la concepción que de ella tienen sus devotos más vulgares, una especie de demonismo; y cuanto más se ensalza el poder y el conocimiento de la deidad, más disminuidas por supuesto se encuentran su bondad y su benevolencia, sean cuales sean los epítetos de alabanza que les dediquen sus asombrados adoradores. Entre los idólatras, las palabras pueden ser falsas y contradecir lo que secretamente se opina. Pero entre los fanáticos religiosos más exaltados, la propia opinión adquiere una especie de falsedad y contradice el sentimiento interior. El corazón detesta, en secreto, tales medidas de venganza cruel e implacable, pero el entendimiento no se atreve sino a considerarlas perfectas y merecedoras de adoración. Y el sufrimiento adicional producido por este conflicto interior agrava todos los otros terrores que siempre perseguirán a estas desgraciadas víctimas de la superstición.

Luciano<sup>87</sup> observa que un joven que lea la historia de los dioses en Homero o en Hesíodo y se encuentre con que sus facciones, guerras, injusticias, incestos, adulterios y otras inmoralidades son tan altamente celebradas, se sorprenderá mucho después cuando abra sus ojos al mundo y observe los castigos que por ley se aplican a esas mismas acciones que le enseñaron a atribuir a seres superiores. La contradicción es quizá aún más fuerte entre las representaciones que nos ofrecen algunas religiones posteriores y muestras ideas naturales de generosidad, indulgencia, imparcialidad y justicia; y las concepciones bárbaras de la divinidad proliferan entre nosotros en la misma proporción en que se multiplican los horrores de esas religiones<sup>88</sup>.

87. «Menipo», 3.

88. Baco, un ser divino, es representado en la mitología pagana como el inventor de la danza y del teatro. Las representaciones teatrales fueron antiguamente incluso una parte del culto público en las ocasiones más solemnes y se utilizaron a menudo en

untainted the genuine principles of morals in our judgement of human conduct, but the absolute necessity of these principles to the

the offended deities. But they have been zealously proscribed by the godly in later ages; and the playhouse, according to a learned divine, is the porch of hell.

But in order to show more evidently, that it is possible for a religion to represent the divinity in still a more immoral and unamiable light than he was pictured by the ancients, we shall cite a long passage from an author of taste and imagination, who was surely no enemy to Christianity. It is the Chevalier Ramsay, a writer, who had so laudable an inclination to be orthodox, that his reason never found any difficulty, even in the doctrines which free-thinkers scrupule the most, the trinity, incarnation, and satisfaction: His humanity alone, of which he seems to have had a great stock, rebelled against the doctrines of eternal reprobation and predestination. He expresses himself thus: «What strange ideas», says he, «would an Indian or a Chinese philosopher have of our holy religion, if they judged by the schemes given of it by our modern free-thinkers, and pharisaical doctors of all sects? According to the odious and too *vulgar* system of these incredulous scoffers and credulous scribblers, «The God of the Jews is a most cruel, unjust, partial, and fantastical being. He created, about 6000 years ago, a man and a woman, and placed them in a fine garden of Asia, of which there are no remains. This garden was furnished with all sorts of trees, fountains, and flowers. He allowed them the uses of all the fruits of this beautiful garden, except one, that was planted in the midst thereof, and that had in it secret virtue of preserving them in continual health and vigour of body and mind, of exalting their natural powers and making them wise. The devil entered into the body of a serpent, and solicited the first woman to eat of this forbidden fruit; she engaged her husband to do the same. To punish this slight curiosity and natural desire of life and knowledge, God not only threw our first out of paradise, but he condemned all their posterity to temporal misery, and the greatest part of them to eternal pains, though the souls of these innocent children have no more relation to that of Adam than to those of Nero and Mahomet; since, according to the scholastic drivellers, fabulists, and mythologists, all souls are created pure, and infused immediately into mortal bodies, so soon as the foetus is formed. To accomplish the barbarous partial decree of predestination and reprobation, God abandoned all nations to darkness, idolatry, and superstition, without any saving knowledge or salutary graces; unless it was one particular nation, whom he chose as his peculiar people. The chosen nation was, however, the most stupid, ungrateful, rebellious and perfidious of all nations. After God had thus kept the far greater part of all the human species, during near 4000 years, in a reprobate state, he changed all of a sudden, and took a fancy for other nations beside the Jews. Then he sent his only begotten Son to the world, under a human form, to appease his wrath, satisfy his vindictive justice, and die for the pardon of sin. Very few nations, however, have heard of this gospel; and all the rest, though left in invincible ignorance, are damned without exception, or any possibility of remission. The greatest part of those who have heard of it, have changed only some speculative notions about God, and some external forms in worship: For, in other respects, the bulk of Christians have continued as

Nada puede hacer que se mantengan puros los auténticos principios de la moral a la hora de juzgar la conducta humana a no ser la ab-

épocas de peste para aplacar a las deidades ofendidas; pero han sido celosamente proscritas por los hombres piadosos en épocas más recientes, y el teatro, según un teólogo ilustre, es la antesala del infierno.

Pero con el fin de mostrar con mayor evidencia que es posible que una religión represente a la divinidad con un aspecto todavía más inmoral y menos afable que como la representaban los antiguos, citaremos un largo pasaje perteneciente a un autor de buen gusto e imaginación, que con toda seguridad no era enemigo de la cristiandad: el caballero Ramsay, un escritor que tenía una inclinación tan laudable a ser ortodoxo que su razón nunca encontró dificultad alguna, ni siquiera en aquellas doctrinas en las que los librepensadores vacilan más: la trinidad, la encarnación y la redención. Sólo su sentido humanitario, del que parece haber tenido una buena provisión, se rebeló contra las doctrinas de la condenación eterna y de la predestinación. Se expresa así: «¿Qué ideas extrañas tendría un filósofo indio o chino de nuestra santa religión si juzgara por lo que de ella han dicho nuestros modernos librepensadores y farisaicos doctores de todas las sectas? Según el método odioso y demasiado *vulgar* de estos incrédulos burles y de estos crédulos escritorzueros, «El Dios de los judíos es un ser máximamente cruel, injusto, parcial y caprichoso. Creó hace unos seis mil años a un hombre y a una mujer, y los situó en un delicioso jardín de Asia, del que no quedan restos. Este jardín estaba provisto de toda suerte de árboles, fuentes y flores. Les permitió servirse de todos los frutos, excepto de uno que se encontraba plantado en el centro del mismo y que tenía el poder secreto de conservarlos en un estado de salud y vigor permanentes tanto del cuerpo como de la mente, de exaltar sus poderes naturales y de hacerlos sabios. El demonio, bajo la forma de serpiente, invitó a la primera mujer a que comiese de esa fruta prohibida; ella indujo a su marido para que hiciera lo mismo. Para castigar esa insignificante curiosidad y ese deseo natural de vida y de conocimiento, Dios no sólo arrojó a nuestros primeros padres fuera del Paraíso, sino que condenó a toda su descendencia a males temporales y a la mayor parte de ella a penas eternas, aunque las almas de estas criaturas inocentes no tengan más relación con la de Adán que con las de Nerón o Mahoma, ya que, según los escritores de tonterías, fabulistas y mitólogos escolásticos, todas las almas son creadas puras e infundidas inmediatamente en los cuerpos mortales, tan pronto como el feto se forma. Para llevar a efecto ese decreto bárbaro e injusto de predestinación y reprobación, Dios abandonó a todos los pueblos en la oscuridad, la idolatría y la superstición, sin ningún conocimiento o gracia salvadores, a excepción hecha de un único pueblo en especial, al que Dios eligió como su propio pueblo. Este pueblo elegido fue, sin embargo, el más estúpido, desagradecido, rebelde y pérfido de todas las naciones. Después de que Dios hubiera conservado de este modo a la mayor parte de la especie humana durante cerca de cuatro mil años en ese estado de reprobación, cambió de repente de idea y se encaprichó con otros pueblos, además del pueblo judío. Entonces envió al mundo a su Hijo unigénito, bajo forma humana, para calmar su ira, satisfacer su justicia vengativa y morir por el perdón de los pecados. Muy pocas naciones, sin embargo, han oído hablar de este evangelio, y el resto, aunque abandonados a su invencible ignorancia, están condenados sin excepción y sin posibilidad de remisión. La mayoría de los que han oído hablar de él han cambiado sólo algunas de sus nociones teóricas sobre Dios y algunas formas externas de culto, pero, en otros aspectos, la mayor parte de los cristianos han seguido siendo

existence of society. If common conception can indulge princes in a system of ethics, somewhat different from that which should regulate private persons; how much more those superior beings, whose attributes, views, and nature are so totally unknown to us? *Sunt superis sua jura*<sup>89</sup>. The gods have maxims of justice peculiar to themselves.

corrupt as the rest of mankind in their morals; yea, so much the more perverse and criminal, that their lights were greater. Unless it be a very small select number, all other Christians, like the pagans, will be for ever damned; the great sacrifice offered up for them will become void and of no effect; God will take delight for ever, in their torments and blasphemies; and though he can by one *fiat* change their hearts, yet they will remain for ever unconverted and unconvertible, because he will be for ever unappeasable and irreconcilable. It is true, that all this makes God odious, a hater of souls, rather than a lover of them; a cruel, vindictive tyrant, an impotent or a wrathful daemon, rather than an all-powerful, beneficent father of spirits: Yet all this is a mystery. He has secret reasons for his conduct, that are impenetrable; and though he appears unjust and barbarous, yet we must believe the contrary, because what is injustice, crime, cruelty, and the blackest malice in us, is in him justice, mercy, and sovereign goddness». Thus the incredulous free-thinkers, the judaizing Christians, and the fatalistic doctors have disfigured and dishonoured the sublime mysteries of our holy faith; thus they have confounded the nature of good and evil; transformed the most monstrous passions into divine attributes, and surpassed the pagans in blasphemy, by ascribing to the eternal nature, as perfections, what makes the most horrid amongst men. The grosser pagans contented themselves with divinizing lust, incest, and adultery; but the predestinarian doctors have divinized cruelty, wrath, fury, vengeance, and all the blackest vices. See the Chevalier Ramsy's *philosophical principles of natural and revealed religion*, Part ii. p. 401.

The same author asserts, in other places, that the *Arminian* and *Molinist* schemes serve very little to mend the matter: And having thus thrown himself out of all received sects of Christianity, he is obliged to advance a system of his own, which is a kind of *Origenism*, and supposes the pre-existence of the souls both of men and beasts, and the eternal salvation and conversion of all men, beasts, and devils. But this notion, being quite peculiar to himself, we need not treat of. I thought the opinions of this ingenious author very curious; but I pretend not to warrant the justness of them.

89. Ovid. *Metam.* lib. ix. 499.

soluta necesidad que tenemos de esos principios para que exista la sociedad. Si el pensar común puede ser condescendiente con los príncipes y aceptar que su sistema ético sea algo diferente de las normas establecidas para regular la vida de los particulares, ¿cuánto más no lo será con esos seres superiores cuyos atributos, puntos de vista y naturaleza nos son tan absolutamente desconocidos? *Los dioses tienen sus propias leyes*<sup>89</sup>. Los dioses tienen máximas de justicia propias.

tan corruptos como el resto de la humanidad en cuestiones morales, y ciertamente más perversos y criminales que otros al tener más luces que ellos. Exceptuando a un selecto aunque muy reducido número, todos los demás cristianos, al igual que los paganos, serán condenados para siempre; el gran sacrificio ofrecido por ellos resultará inútil y sin efecto. Dios se regocijará por toda la eternidad con sus tormentos y blasfemias, y aunque con sólo un *fiat* puede cambiar sus corazones, permanecerán para siempre inconversos y sin posibilidad de convertirse, porque Dios nunca dejará de estar enojado ni existirá la posibilidad de la reconciliación. Es verdad que todo esto hace odioso a Dios, le convierte en un ser cruel y vengativo, en un demonio impotente e iracundo más que en un padre de las almas, benéfico y todopoderoso. Sin embargo, todo esto es un misterio. Existen razones secretas de su conducta que son impenetrables y aunque se muestra injusto y bárbaro, pese a ello debemos creer lo contrario, porque lo que entre nosotros es injusticia, crimen, crueldad y la malicia más abyecta, es en Él justicia, clemencia y bondad soberanas». Por eso los librepensadores incrédulos, los cristianos judaizantes y los doctores fatalistas han distorsionado y deshonrado los misterios sublimes de nuestra santa fe. Por eso han confundido la naturaleza del bien y del mal, han transformado las pasiones más monstruosas en atributos divinos y sobrepasado a los paganos en blasfemias al atribuir a la naturaleza eterna, como perfecciones, lo que entre los hombres constituye los más horrendos crímenes. Los paganos más toscos se contentaban con divinizar la lujuria, el incesto y el adulterio; pero los doctores que defienden la predestinación han divinizado la crueldad, la ira, la furia, la venganza y todos los vicios más siniestros». Véanse los principios filosóficos de la religión natural y revelada del caballero Ramsay, parte II p. 401 [Andrew Michael Ramsay, *The Philosophical Principles of Natural and Revealed Religion, Unfolded in a Geometrical Order*, 2 parts., Glasgow, 1748-1749].

El mismo autor afirma en otros pasajes que las teorías *arminianas* y *molinas* son de muy poca ayuda para arreglar el asunto. Y de este modo, al haberse negado a formar parte de ninguna de las sectas admitidas en la cristiandad, se ve obligado a formular un sistema propio que es una especie de *origenismo*, y supone la preexistencia del alma, tanto en los seres humanos como en los animales, y la salvación y conversión eternas de todos los hombres, animales y demonios. Pero no necesitamos ocuparnos de estas ideas por ser excesivamente particulares. Considero las opiniones de este ingenioso autor muy curiosas, pero no tengo intención de justificarlas.

89. Ovidio, *Metamorfosis*, IX, v. 500.

## Sect. XIV

BAD INFLUENCE OF POPULAR RELIGIONS  
ON MORALITY

Here I cannot forbear observing a fact, which may be worth the attention of such as make human nature the object of their enquiry. It is certain, that, in every religion, however sublime the verbal definition which it gives of its divinity, many of the votaries, perhaps the greatest number, will still seek the divine favour, not by virtue and good morals, which alone can be acceptable to a perfect being, but either by frivolous observances, by intemperate zeal, by rapturous extasies, or by the belief of mysterious and absurd opinions. The least part of the *Sadder*, as well as of the *Pentateuch*, consists in precepts of morality; and we may also be assured, that that part was always the least observed and regarded. When the old Romans were attacked with a pestilence, they never ascribed their sufferings to their vices, or dreamed of repentance and amendment. They never thought, that they were the general robbers of the world, whose ambition and avarice made desolate the earth, and reduced opulent nations to want and beggary. They only created a dictator<sup>90</sup>, in order to drive a nail into a door; and by that means, they thought that they had sufficiently appeased their incensed deity.

In Aegina, one faction forming a conspiracy, barbarously and treacherously assassinated seven hundred of their fellow-citizens; and carried their fury so far, that, one miserable fugitive having fled to the temple, they cut off his hands, by which he clung to the gates, and carrying him out of holy ground, immediately murdered him. *By this impiety*, says Herodotus<sup>91</sup> (not by the other many cruel assassinations), *they offended the gods, and contracted an inexpiable guilt.*

Nay, if we should suppose, what never happens, that a popular religion were found, in which it was expressly declared, that nothing but morality could gain the divine favour; if an order of priests were instituted to inculcate this opinion, in daily sermons, and with all the arts of persuasion; yet so inveterate are the people's

90. Called Dictator *clavis figendae causa* (T. Livii, l. vii. c. 3).

91. Lib. vi. 91.

## Sección XIV

LA MALA INFLUENCIA DE LAS RELIGIONES POPULARES  
EN LA MORALIDAD

No puedo por menos en este punto de observar un hecho que puede merecer la atención de aquellos que hacen de la naturaleza humana el objeto de su investigación. Es cierto que en toda religión, por sublime que sea la definición verbal que dan de su divinidad, muchos de sus fieles, quizá la mayor parte, buscarán con todo el favor divino, no por medio de la virtud o de la conducta moral, que son lo único aceptable para un ser perfecto, sino por prácticas frívolas, por medio de un celo inmoderado, gracias a éxtasis arrebatadores o por la creencia en opiniones misteriosas y absurdas. La parte más pequeña del *Sadder*, al igual que la del *Pentateuco*, está constituida por preceptos morales. Y podemos también estar seguros de que esa parte fue siempre la que menos se cumplió y menos se tuvo en consideración. Cuando los antiguos romanos eran atacados por la peste, nunca atribuían sus sufrimientos a sus vicios, ni soñaron con arrepentirse o enmendarse. Nunca pensaron que eran los principales ladrones del mundo, cuya ambición y avaricia dejaría la tierra assolada y reduciría los pueblos ricos a la penuria y a la indigencia. Se limitaron a crear un dictador<sup>90</sup> con el fin de que clavase un clavo en una puerta y consideraron que con ese procedimiento habían aplacado suficientemente a su encolerizada deidad.

En Egina una facción tramó una conspiración, asesinó de un modo brutal y alevoso a setecientos ciudadanos y llevó su furia tan lejos que a un desgraciado fugitivo que había ido a refugiarse en el templo le cortaron las manos, con las que se aferraba a las puertas, y después de arrastrarle fuera del recinto sagrado, lo asesinaron inmediatamente. *Por esta impiedad*, dice Herodoto (no por los otros muchos asesinatos crueles que habían cometido), *ofendieron a los dioses y cometieron una culpa inexpiable*<sup>91</sup>.

Incluso si supusiésemos (cosa que nunca ocurre) que se encontrase una religión popular en la que expresamente se declarara que nada excepto la moralidad puede alcanzar el favor divino, si se instituyese una clase sacerdotal para inculcar esta opinión en sus sermones diarios utilizando todas las artes de la persuasión, con todo están tan

90. Llamado *Dictator clavis figendae causa* («Dictador para clavar el clavo») (Tito Livio, VII, 3, 3-4).

91. *Historia*, VI, 91.

prejudices, that, for want of some other superstition, they would make the very attendance on these sermons the essentials of religion, rather than place them in virtue and good morals. The sublime prologue of Zaleucus's laws<sup>92</sup> inspired not the Locrians, so far as we can learn, with any sounder notions of the measures of acceptance with the deity, than were familiar to the other Greeks.

This observation, then, holds universally: But still one may be at some loss to account for it. It is not sufficient to observe, that the people, every where, degrade their deities into a similitude with themselves, and consider them merely as a species of human creatures, somewhat more potent and intelligent. This will not remove the difficulty. For there is no *man* so stupid, as that, judging by his natural reason, he would not esteem virtue and honesty the most valuable qualities, which any person could possess. Why not ascribe the same sentiment to his deity? Why not make all religion, or the chief part of it, to consist in these attainments?

Nor is it satisfactory to say, that the practice of morality is more difficult than that of superstition; and is therefore rejected. For, not to mention the excessive penances of the *Brachmans* and *Talapoins*; it is certain, that the *Rhamadan* of the Turks, during which the poor wretches, for many days, often in the hottest months of the year, and in some of the hottest climates of the world, remain without eating or drinking from the rising to the setting sun; this *Rhamadam*, I say, must be more severe than the practice of any moral duty, even to the most vicious and depraved of mankind. The four lents of the Muscovites, and the austerities of some *Roman Catholics*, appear more disagreeable than meekness and benevolence. In short, all virtue, when men are reconciled to it by ever so little practice, is agreeable: All superstition is for ever odious and burthensome.

Perhaps, the following account may be received as a true solution of the difficulty. The duties, which a man performs as a friend or parent, seem merely owing to his benefactor or children; nor can he be wanting to these duties, without breaking through all the ties of nature and morality. A strong inclination may prompt him to the performance: A sentiment of order and moral obligation joins its force to these natural ties: And the whole man, if truly

92. To be found in Diod. Sic. lib. xii. 120.

arraigados los prejuicios de la gente, que, a falta de alguna otra superstición, convertirían el escuchar esos sermones en la esencia de la religión, más que en practicar la virtud y la buena conducta. El sublime prólogo del código de Zaleuco<sup>92</sup> no inspiró a los locrianos, hasta donde nos es posible saber, ideas más razonables acerca de los criterios de aceptación de la divinidad que las que eran familiares a los otros griegos.

Esta observación tiene, pues, un valor universal, aunque aún no se sabe muy bien dar explicación de ella. No es suficiente observar que la gente, en cualquier parte, degrada a sus deidades haciéndolas semejantes a ellos mismos y las considera meramente como una especie de criaturas humanas, algo más poderosas e inteligentes. Pero esto no hará que desaparezca la dificultad. Porque no hay *nadie* tan estúpido que, haciendo uso de la razón natural, no considere la virtud y la honradez como las cualidades más valiosas que una persona pueda poseer. ¿Por qué no atribuir el mismo criterio a la divinidad? ¿Por qué no hacer que toda la religión, o al menos la parte principal de ella, consista en lograr esas cualidades?

No basta con decir que la práctica de la moralidad es más difícil que la de la superstición y que, por tanto, se rechaza. Pues, por no mencionar las penitencias excesivas de los brahmanes y de los monjes budistas, es cierto que el *Ramadán* de los turcos, durante el cual los pobres diablos permanecen sin comer ni beber desde la salida hasta la puesta del sol a lo largo de muchos días, con frecuencia en los meses más calurosos del año y en los climas más cálidos del mundo; el *Ramadán*, como iba diciendo, tiene que ser más duro que la práctica de cualquier deber moral, incluso para los hombres más viciosos y depravados. Las cuatro cuaresmas de los *moscovitas* y la austeridad de algunos *católicos romanos* parecen más desagradables que la humildad y la benevolencia. En resumen, toda virtud, cuando los hombres, a poco que la practiquen, se reconcilian con ella, resulta agradable. Y toda superstición es siempre odiosa y onerosa.

Quizá la siguiente explicación pueda aceptarse como la verdadera solución de la dificultad. Los deberes que un hombre cumple como amigo o como padre parecen ser simplemente una obligación hacia su benefactor o hacia sus hijos y no puede eludirlos sin romper todos los lazos de la naturaleza y la moralidad. Una fuerte inclinación puede impulsarle a cumplirlos. Un sentimiento de orden y de obligación moral une sus fuerzas a esos lazos naturales. Y así, un hombre cabal, si es realmente virtuoso, se ve llevado a cumplir con su deber

92. Diodoro Sículo, lib. XII, caps. 20-21.

virtuous, is drawn to his duty, without any effort or endeavour. Even with regard to the virtues, which are more austere, and more founded on reflection, such as public spirit, filial duty, temperance, or integrity; the moral obligation, in our apprehension, removes all pretension to religious merit; and the virtuous conduct is deemed no more than what we owe to society and to ourselves. In all this, a superstitious man finds nothing, which he has properly performed for the sake of his deity, or which can peculiarly recommend him to the divine favour and protection. He considers not, that the most genuine method of serving the divinity is by promoting the happiness of his creatures. He still looks out for some more immediate service of the supreme Being, in order to allay those terrors, with which he is haunted. And any practice, recommended to him, which either serves to no purpose in life, or offers the strongest violence to his natural inclinations; that practice he will the more readily embrace, on account of those very circumstances, which should make him absolutely reject it. It seems the more purely religious, because it proceeds from no mixture of any other motive or consideration. And if, for its sake, he sacrifices much of his ease and quiet, his claim of merit appears still to rise upon him, in proportion to the zeal and devotion which he discovers. In restoring a loan, or paying a debt, his divinity is nowise beholden to him; because these acts of justice are what he was bound to perform, and what many would have performed, were there no god in the universe. But if he fast a day, or give himself a sound whipping; this has a direct reference, in his opinion, to the service of God. No other motive could engage him to such austerities. By these distinguished marks of devotion, he has now acquired the divine favour; and may expect, in recompence, protection and safety in this world, and eternal happiness in the next.

Hence the greatest crimes have been found, in many instances, compatible with a superstitious piety and devotion: Hence, it is justly regarded as unsafe to draw any certain inference in favour of a man's morals, from the fervour or strictness of his religious exercises, even though he himself believe them sincere. Nay, it has been observed, that enormities of the blackest dye have been rather apt to produce superstitious terrors, and encrease the religious passion. Bomilcair, having formed a conspiracy for assassinating at once the whole senate of Carthage, and invading the liberties of his country, lost, the opportunity, from a continual regard to omens and prophecies. *Those who undertake the most criminal and most danger-*

sin ningún esfuerzo o trabajo. Incluso respecto a las virtudes que son más austeras y se fundan más en la reflexión, como el civismo, el deber filial, la templanza o la integridad, la obligación moral, tal como nosotros la entendemos, suprime toda pretensión de mérito religioso; y la conducta virtuosa se considera tan sólo como algo que debemos a la sociedad y a nosotros mismos. En todo esto un hombre supersticioso no encuentra nada que haya realizado por amor a su deidad, o que pueda conseguirle de forma especial el favor y la protección divinas. No considera que el método más apropiado para servir a la divinidad consiste en promover la felicidad de sus criaturas. Sigue buscando algún servicio aún más inmediato que prestar al Ser Supremo para disipar esos terrores que le atormentan. Y cualquier práctica que se le recomiende y que no tenga ninguna utilidad en la vida, o bien se oponga con la máxima fuerza a sus inclinaciones naturales, esa práctica la aceptará de la mejor gana en virtud de esas circunstancias que precisamente deberían llevarle a rechazarla. Su carácter parece más estrictamente religioso porque en su origen no hay ningún otro motivo o consideración. Y si por ella sacrifica una buena parte de su comodidad y tranquilidad, su pretensión de estar haciendo algo meritorio parece surgir en él en proporción al celo y la devoción que pone de manifiesto. Al devolver un préstamo o pagar una deuda, su divinidad no se siente en absoluto agradecida porque esos actos de justicia son algo que estaba obligado a realizar y que muchos habrían realizado aunque no existiese ningún dios en el universo. Pero si hace un día de ayuno o se flagela a base de bien, eso está, en su opinión, en relación directa con el servicio de Dios. Ningún otro motivo podría obligarle a tales austeridades. Gracias a esas excepcionales muestras de devoción ha logrado el favor divino y puede esperar, como recompensa, protección y seguridad en este mundo y felicidad eterna en el otro.

Todo esto explica que los mayores crímenes se hayan considerado en muchos casos compatibles con una piedad y devoción supersticiosas. Y eso justifica también lo poco seguro que es considerar como una prueba de la moral de un hombre el fervor o rigor que pone en las prácticas religiosas, aunque quien las realiza crea que son sinceras. Más aún, se ha observado que monstruosidades de la peor calaña han sido capaces de producir terrores supersticiosos y de incrementar la pasión religiosa. Bomílcar, que había tramado una conspiración para asesinar de una vez a la totalidad del Senado de Cartago y anular las libertades de su país, perdió la oportunidad por tener en cuenta de forma permanente los presagios y las profecías. *Quienes emprenden las empresas más criminales y más peligrosas son, por lo*

*ous enterprizes are commonly the most superstitious*; as an ancient historian<sup>92</sup> remarks on this occasion. Their devotion and spiritual faith rise with their fears. Catiline was not contented with the established deities and received rites of the national religion: His anxious terrors made him seek new inventions of this kind<sup>93</sup>; which he never probably had dreamed of, had he remained a good citizen, and obedient to the laws of his country.

To which we may add, that, after the commission of crimes, there arise remorse and secret horrors, which give no rest to the mind, but make it have recourse to religious rites and ceremonies, as expiations of its offences. Whatever weakens or disorders the internal frame promotes the interests of superstition: And nothing is more destructive to them than a manly, steady virtue, which either preserves us from disastrous, melancholy accidents, or teaches us to bear them. During such calm sunshine of the mind, these spectres of false divinity never make their appearance. On the other hand, while we abandon ourselves to the natural undisciplined suggestions of our timid and anxious hearts, every kind of barbarity is ascribed to the supreme Being, from the terrors with which we are agitated; and every kind of caprice, from the methods which we embrace in order to appease him. *Barbarity, caprice*; these qualities, however nominally disguised, we may universally observe, form the ruling character of the deity in popular religions. Even priests, instead of correcting these depraved ideas of mankind, have often been found ready to foster and encourage them. The more tremendous the divinity is represented, the more tame and submissive do men become to his ministers: And the more unaccountable the measures of acceptance required by him, the more necessary does it become to abandon our natural reason, and yield to their ghostly guidance and direction. Thus it may be allowed, that the artifices of men aggravate our natural infirmities and follies of this kind, but never originally beget them. Their root strikes deeper into the mind, and springs from the essential and universal properties of human nature.

93. Diod. Sic. lib. xx. 43.

94. Cic. *Catil.* i. 6. Sallust. *de bello Catil.* 22.

general, los más supersticiosos, como señala un antiguo historiador a propósito de lo anterior<sup>93</sup>. Su devoción y su fe espiritual van creciendo a la vez que sus miedos. Catilina no se contentó con las deidades establecidas, ni con los ritos recibidos de la religión nacional; sus terrores llenos de ansiedad le hicieron buscar nuevas invenciones de esta clase<sup>94</sup>, que probablemente nunca se le hubieran pasado por la imaginación si hubiera seguido siendo un buen ciudadano, obediente a las leyes de su país.

A lo cual podemos añadir que, después de cometer delitos, surgen remordimientos y terrores secretos que no dan reposo a la mente, sino que la llevan a recurrir a ritos y ceremonias religiosas como expiación de las ofensas. Cualquier cosa que debilite o altere el estado de ánimo favorece los intereses de la superstición. Y nada es más nocivo para dichos intereses que una virtud recia y firme que nos proteja de los funestos accesos de melancolía o que nos enseñe a soportarlos. Cuando la mente se encuentra en un estado de paz luminosa, esos espectros de falsas divinidades nunca hacen su aparición. Por el contrario, cuando nos abandonamos a las naturales sugerencias indisciplinadas de nuestros tímidos y ansiosos corazones, se atribuye al Ser Supremo todo tipo de barbarie, hecho que tiene su origen en los terrores que nos agitan, y le atribuimos toda clase de capricho haciendo uso de los procedimientos de los que nos servimos para apaciguarle. *Barbarie, capricho*: podemos observar que estas cualidades, aunque con denominaciones distintas, constituyen de modo universal la característica dominante de la deidad en las religiones populares. Incluso los sacerdotes, en vez de corregir esas depravadas ideas de la humanidad, a menudo se han hallado dispuestos a fomentarlas y alentarlas. Cuanto más terriblemente se represente a la divinidad, más dócil y sumisamente se conducirán los hombres con sus ministros. Y cuanto más irracionales sean los procedimientos de aceptación exigidos por ella, tanto más necesario se hace abandonar nuestra razón natural y someternos a la guía y dirección espiritual de aquéllos. Debe admitirse, por tanto, que las estratagemas de los hombres agravan nuestras debilidades naturales y las locuras de esta clase, pero que nunca las engendran originariamente. La raíz de ellas se encuentra en lo más profundo de la mente y brota de las propiedades esenciales y universales de la naturaleza humana.

93. Diodoro Sículo, XX, 43.

94. Cicerón, *Catilinarias*, I; Salustio, *La conjuración de Catilina*, 22.

## Sect. XV

## GENERAL COROLLARY

Though the stupidity of men, barbarous and uninstructed, be so great, that they may not see a sovereign author in the more obvious works of nature, to which they are so much familiarized; yet it scarcely seems possible, that any one of good understanding should reject that idea, when once it is suggested to him. A purpose, an intention, a design is evident in every thing; and when our comprehension is so far enlarged as to contemplate the first rise of this visible system, we must adopt, with the strongest conviction, the idea of some intelligent cause or author. The uniform maxims too, which prevail throughout the whole frame of the universe, naturally, if not necessarily, lead us to conceive this intelligence as single and undivided, where the prejudices of education oppose not so reasonable a theory. Even the contrarieties of nature, by discovering themselves every where, become proofs of some consistent plan, and establish one single purpose or intention, however inexplicable and incomprehensible.

Good and ill are universally intermingled and confounded; happiness and misery, wisdom and folly, virtue and vice. Nothing is pure and entire of a piece. All advantages are attended with disadvantages. An universal compensation prevails in all conditions of being and existence. And it is not possible for us, by our most chimerical wishes, to form the idea of a station or situation altogether desirable. The draughts of life, according to the poet's fiction, are always mixed from the vessels on each hand of Jupiter: Or if any cup be presented altogether pure, it is drawn only, as the same poet tells us, from the lefthanded vessel.

The more exquisite any good is, of which a small specimen is afforded us, the sharper is the evil, allied to it; and few exceptions are found to this uniform law of nature. The most sprightly wit borders on madness; the highest effusions of joy produce the deepest melancholy; the most ravishing pleasures are attended with the most cruel lassitude and disgust; the most flattering hopes make way for the severest disappointments. And, in general, no course of life has such safety (for happiness is not to be dreamed of) as the

## Sección XV

## COROLARIO GENERAL

Aunque la necesidad de los hombres, bárbaros y sin instrucción, sea tan grande que les haga incapaces de reconocer la existencia de un autor soberano en las obras de la naturaleza más evidentes, con las que están muy familiarizados, resulta casi imposible que una persona dotada de buen entendimiento rechace esa idea cuando se le sugiere. Es evidente que existe un propósito, una intención, un designio en todas las cosas y cuando nuestra comprensión se amplía hasta el punto de contemplar el origen primero de este sistema visible, tenemos que aceptar, con la más firme convicción, la idea de una causa o autor inteligente. También los principios uniformes que prevalecen en la estructura total del universo nos llevan de forma natural (si no necesariamente) a concebir esa inteligencia como única e indivisa, allí donde los prejuicios de la educación no se oponen a tan razonable teoría. Incluso los hechos discordantes que ocurren en la naturaleza, y que se descubren por todas partes, se convierten en pruebas de un proyecto coherente y son la prueba de un único propósito o intención, por inexplicable e incomprensible que sea.

El bien y el mal están universalmente entremezclados y confundidos; y del mismo modo, la felicidad y la desgracia, la sabiduría y la necesidad, la virtud y el vicio. Nada es pura y enteramente de una pieza. Todas las ventajas van acompañadas de desventajas. Una compensación universal se da en todas las maneras de ser y de existir. Y ni nuestras aspiraciones más quiméricas nos permiten formarnos la idea de una posición o situación completamente deseable. Según la ficción del poeta, los malos tragos de la vida siempre son el resultado de una mezcla de los vasos que Júpiter sostiene en cada mano, así que si una copa se presenta alguna vez totalmente pura, eso se debe a que ha sido llenada con el contenido de la mano izquierda, como el mismo poeta nos dice.

Cuanto más exquisito es el bien del que se nos ofrece una pequeña muestra, tanto más agudo es el mal asociado a él; y existen pocas excepciones de esta ley uniforme de la naturaleza. El más vivo ingenio raya en la locura; las más elevadas efusiones de alegría producen la melancolía más profunda; los placeres más atrayentes van acompañados de la más cruel lasitud y disgusto; las esperanzas más halagüeñas conducen a las más duras decepciones. Y, en general, ninguna trayectoria vital tiene una seguridad (pues no hay ni que soñar con la

temperate and moderate, which maintains, as far as possible, a mediocrity, and a kind of insensibility, in every thing.

As the good, the great, the sublime, the ravishing are found eminently in the genuine principles of theism; it may be expected, from the analogy of nature, that the base, the absurd, the mean, the terrifying will be equally discovered in religious fictions and chimeras.

The universal propensity to believe in invisible, intelligent power, if not an original instinct, being at least a general attendant of human nature, may be considered as a kind of mark or stamp, which the divine workman has set upon his work; and nothing surely can more dignify mankind, than to be thus selected from all other parts of the creation, and to bear the image or impression of the universal Creator. But consult this image, as it appears in the popular religions of the world. How is the deity disfigured in our representations of him! What caprice, absurdity, and immorality are attributed to him! How much is he degraded even below the character, which we should naturally, in common life, ascribe to a man of sense and virtue!

What a noble privilege is it of human reason to attain the knowledge of the supreme Being; and, from the visible works of nature, be enabled to infer so sublime a principle as its supreme Creator? But turn the reverse of the medal. Survey most nations and most ages. Examine the religious principles, which have, in fact, prevailed in the world. You will scarcely be persuaded, that they are any thing but sick men's dreams: Or perhaps will regard them more as the playsome whimsies of monkeys in human shape, than the serious, positive, dogmatical asseverations of a being, who dignifies himself with the name of rational.

Hear the verbal protestations of all men: Nothing so certain as their religious tenets. Examine their lives: You will scarcely think that they repose the smallest confidence in them.

The greatest and truest zeal gives us no security against hypocrisy: The most open impiety is attended with a secret dread and compunction.

No theological absurdities so glaring that they have not, sometimes, been embraced by men of the greatest and most cultivated understanding. No religious precepts so rigorous that they have not been adopted by the most voluptuous and most abandoned of men.

felicidad) como la que ofrece la vida moderada y tranquila, que apuesta, en la medida de lo posible, por un término medio y por una especie de insensibilidad en todo.

Como lo bueno, lo grande, lo sublime, lo maravilloso se encuentran eminentemente en los principios genuinos del teísmo, puede esperarse, por analogía con lo que ocurre en la naturaleza, que lo vil, lo absurdo, lo mezquino, lo aterrador se descubran igualmente en las ficciones y quimeras religiosas.

La tendencia universal a creer en un poder invisible e inteligente puede considerarse, siendo como es una tendencia que acompaña generalmente a la naturaleza humana, si no un instinto original, al menos una especie de marca o sello que el divino hacedor ha impreso en su obra. Y con seguridad no hay nada que pueda dignificar más a la humanidad que haber sido de este modo elegida entre todas las demás partes de la creación para llevar la imagen o impresión del Creador universal. Pero ved esa imagen tal como aparece en las religiones populares del mundo: ¡Cómo se desdibuja la divinidad en nuestras representaciones de ella! ¡Qué caprichos, cuántos absurdos e inmoralidades se le atribuyen! ¡Cuánto se la degrada hasta situarla incluso por debajo del carácter que atribuiríamos naturalmente, en la vida corriente, a un hombre sensato y virtuoso!

¡Qué noble privilegio es que la razón humana alcance el conocimiento del Ser Supremo y, basándose en las obras visibles de la naturaleza, sea capaz de inferir un principio tan sublime como es el de su Creador supremo! Pero veamos el reverso de la medalla. Echemos un vistazo a la mayoría de las naciones de todos los tiempos. Examinemos los principios religiosos que han prevalecido, de hecho, en el mundo: lo único que sacaréis en claro es que sólo son los sueños de unos hombres enfermos. O quizás los consideraréis más bien como las fantasías de monos con aspecto humano, y no como las afirmaciones serias, positivas y dogmáticas de un ser que se dignifica a sí mismo con la denominación de racional.

Escuchad las afirmaciones solemnes de todos los seres humanos: nada hay tan cierto como sus principios religiosos. Examinad sus vidas: apenas si podréis pensar que les otorgan la más mínima confianza.

El mayor y más auténtico celo no nos da seguridad alguna frente a la hipocresía; la impiedad más manifiesta va acompañada de un terror y remordimiento secretos.

No existen absurdos teológicos tan manifiestos que no hayan sido alguna vez aceptados por hombres del mayor y más cultivado entendimiento. No existen preceptos religiosos tan rigurosos que no

*Ignorance is the mother of Devotion:* A maxim that is proverbial, and confirmed by general experience. Look out for a people, entirely destitute of religion: If you find them at all, be assured, that they are but few degrees removed from brutes.

What so pure as some of the morals, included in some theological systems? What so corrupt as some of the practices, to which these systems give rise?

The comfortable views, exhibited by the belief of futurity, are ravishing and delightful. But how quickly vanish on the appearance of its terrors, which keep a more firm and durable possession of the human mind?

The whole is a riddle, an aenigma, an inexplicable mystery. Doubt, uncertainty, suspence of judgment appear the only result of our most accurate scrutiny, concerning this subject. But such is the frailty of human reason, and such the irresistible contagion of opinion, that even this deliberate doubt could scarcely be upheld; did we not enlarge our view, and opposing one species of superstition to another, set them a quarrelling; while we ourselves, during their fury and contention, happily make our escape into the calm, though obscure regions of philosophy.

hayan sido adoptados por los hombres más voluptuosos y más desenfrenados.

*La ignorancia es madre de la devoción:* es ésta una máxima proverbial, confirmada por la experiencia general. Buscad un pueblo totalmente desprovisto de religión. Si lo encontráis, tened por seguro que se halla a escaso nivel por encima de los animales.

¿Qué hay tan puro como algunos preceptos morales incluidos en algunos sistemas teológicos? ¿Y qué tan corrupto como algunas prácticas que tienen su origen en esos sistemas?

Las tranquilizadoras visiones que ofrece la creencia en una vida futura son embelesadoras y deliciosas. Pero ¡qué rápidamente se desvanecen cuando aparecen los terrores que se apoderan de la mente humana más firme y duraderamente!

El todo es un rompecabezas, un enigma, un misterio inexplicable. La duda, la incertidumbre, la suspensión del juicio parecen ser el único resultado de nuestra investigación más rigurosa sobre este tema. Pero es tal la fragilidad de la razón humana y tan irresistible el contagio de la opinión que incluso esta duda prudente apenas podría sostenerse. ¿No hemos ampliado nuestras miras enfrentando una clase de superstición a otra y poniéndolas a combatir? Mientras ellas se enfurecen y luchan, nos escapamos felizmente a las regiones tranquilas, aunque oscuras, de la filosofía.